

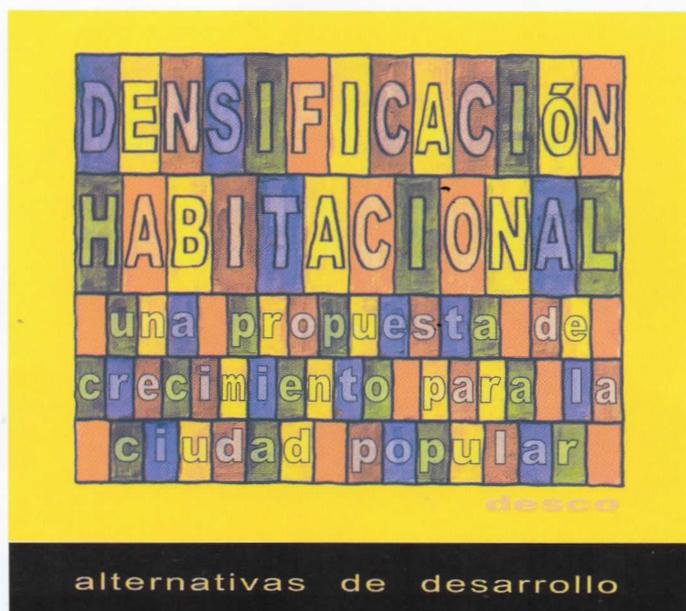
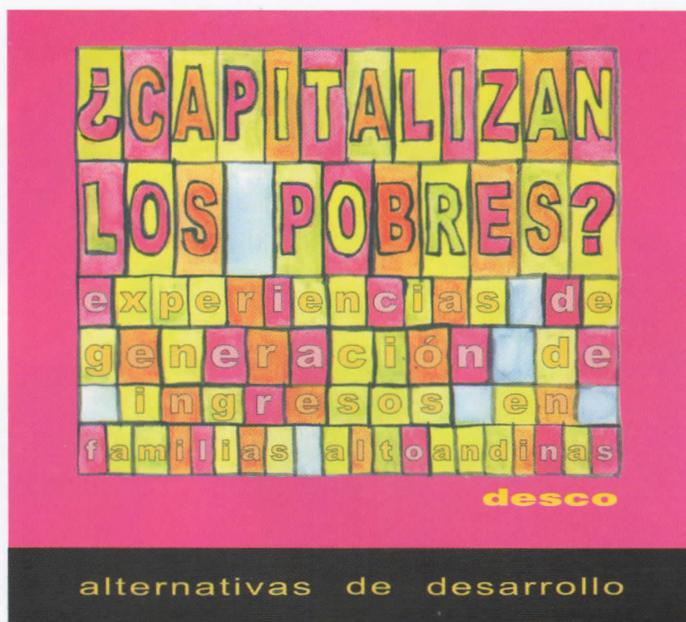
137 QUEHACER

Precio: S/. 16.-



Los heraldos negros

Publicaciones recientes



EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

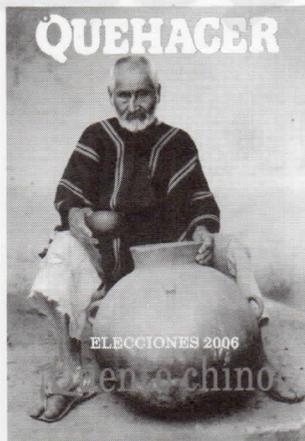
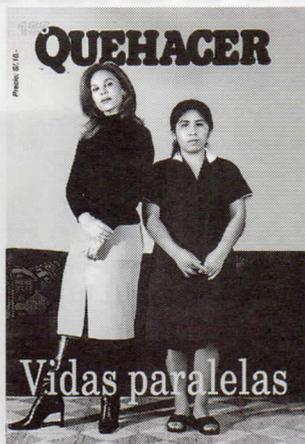
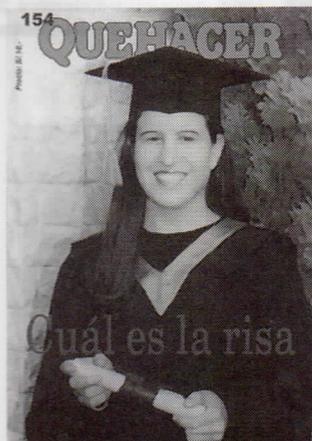
UNMSM-CEDOC

DISTRIBUYE

editorial

horizonte

QUEHACER



TARIFA ANUAL

(6 números)

NACIONAL	S/. 75.00
INTERNACIONAL	
América Latina y el Caribe	US\$ 60.00
Resto del mundo	US\$ 80.00

Deseo tomar () suscripción(es) anual(es)

A nombre de

.....

Dirección:

Ciudad: País:

Telf.: Apdo. postal

email:

Nacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte S/.

071-2568829/DESCO - Publicaciones

Internacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() International Money Order a nombre de
DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte. US\$

071-1222170/DESCO - Publicaciones

* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110, LIMA 17 - PERÚ ☎ (51-1) 613-8300. Fax (51-1) 613-8308

QUEHACER

Lima, noviembre-diciembre 2005



La elección presidencial en Chile está de vuelta y media: Michelle Bachelet y Sebastián Piñera pasan al balotaje. La candidata socialista busca la continuidad de la Concertación, mientras que Piñera y Lavín juntan sus fuerzas para conquistar La Moneda y el pinochetismo va perdiendo terreno. ¿Podrá algún día dar la cara la oculta derecha peruana?

Director: Abelardo Sánchez León

Editor fundador: Juan Larco

Redactor: Martín Paredes

Coordinación: Mónica Pradel

Corrección: Rosario Rey de Castro

Diseño de carátula y cuidado gráfico:
Anamaría McCarthy

Diseño, diagramación y composición:
Juan Carlos García M.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17, Perú. ☎ (51-1) 613-8300. Fax (51-1) 613-8308

Impresión: Litho&Arte Sac

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a nombre de DESCO

Quehacer Revista bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, **desco**

Consejo Directivo de desco

Molvina Zeballos, Presidenta; Hugo Carrillo, Mariana Llona, Alberto Rubina, Eduardo Toche, Óscar Toro

© **desco**, Fondo Editorial

QUEHACER, editada desde 1979

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal 95-0372

[http:// www.desco.org.pe](http://www.desco.org.pe)

e-mail: qh@desco.org.pe

Poder y sociedad

Los cuatro jinetes...	4
«Aplanar los Andes y enderezar los ríos» / <i>Una entrevista con Javier Iguíñiz por Abelardo Sánchez León</i>	6
Sombras nada más / <i>Eduardo Toche</i>	14
El Apra en su laberinto / <i>Una entrevista con Javier Barreda por Eduardo Toche y Martín Paredes</i>	20
Por fin un censo con seso / <i>Rafael García Melgar</i>	28

Internacional

Mundo de broncas	35
Un tsunami de refugiados / <i>Oswaldo de Rivero</i>	36
Francia: del fuego de los suburbios a la crisis de identidad / <i>Fernando Carvallo</i>	40
En Francia hay un París / <i>Jorge Luis Cruz</i>	44
Cuando París ya no es una fiesta / <i>Ruth María Timana La Rosa</i>	48
Buscando un ajedrecista para la política exterior estadounidense / <i>Omar Handabaka</i>	54

Tiempo de viaje

Viajes al ombligo del mundo / <i>Una entrevista con Rafo León por Abelardo Sánchez León</i>	60
---	----

Teatro y cine

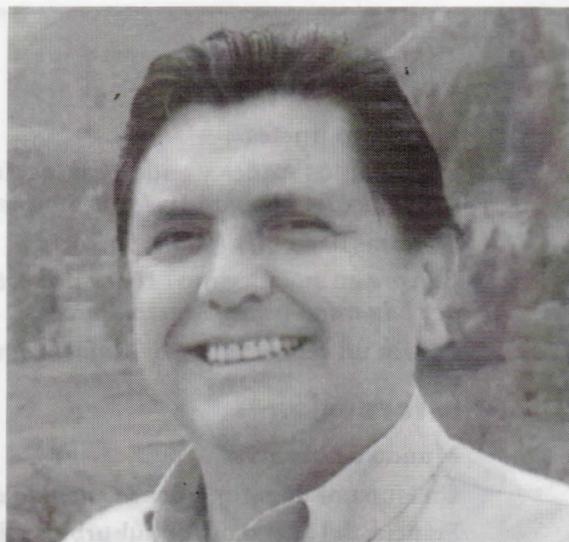
El teatro de Cancho Larco / <i>Luis Peirano</i>	71
Cine peruano: «pero se mueve...» / <i>Mariano de Andrade</i>	80
Mi recuerdo de <i>Hablemos de cine</i> / <i>Melvin Ledgard</i>	87

40 aniversario

Celebrando los 40	92
-------------------	----

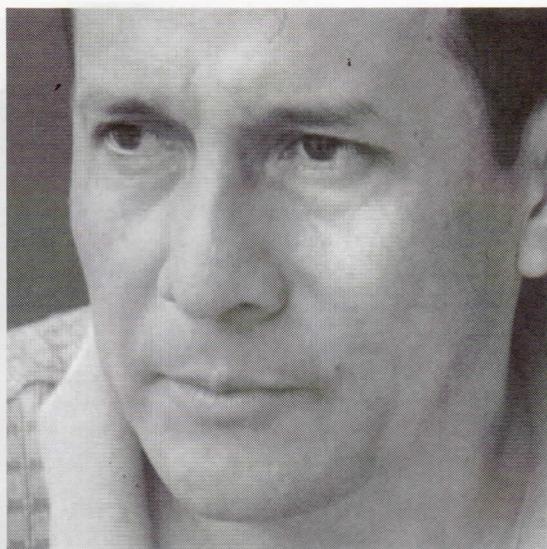
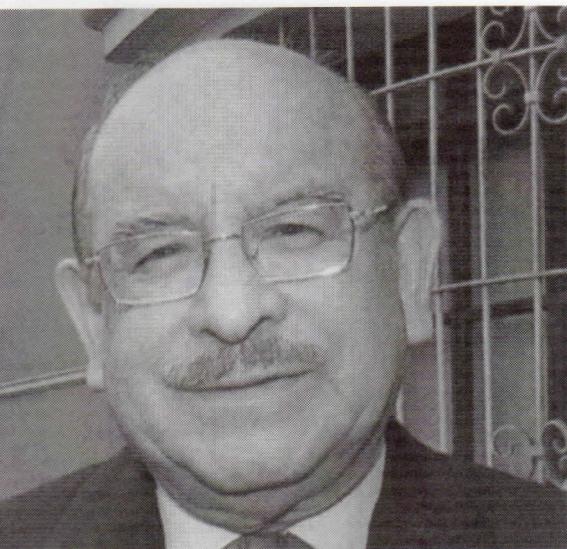
Cultura

La vida y la ficción	99
Escribir la ficción, escribir la nación: el espejo roto de Ricardo Palma / <i>Gustavo Faverón Patriau</i>	100
Las tramas del pasado: cinco notas / <i>Peter Elmore</i>	108
Perfilando a César Vallejo, el Cholo Universal / <i>Manuel Bonilla</i>	114
Bryce y la autobiografía / <i>Mariano de Andrade</i>	120
Entre la ficción y la realidad / <i>Edmundo Paz Soldán</i>	127



Los cuatro jinetes...

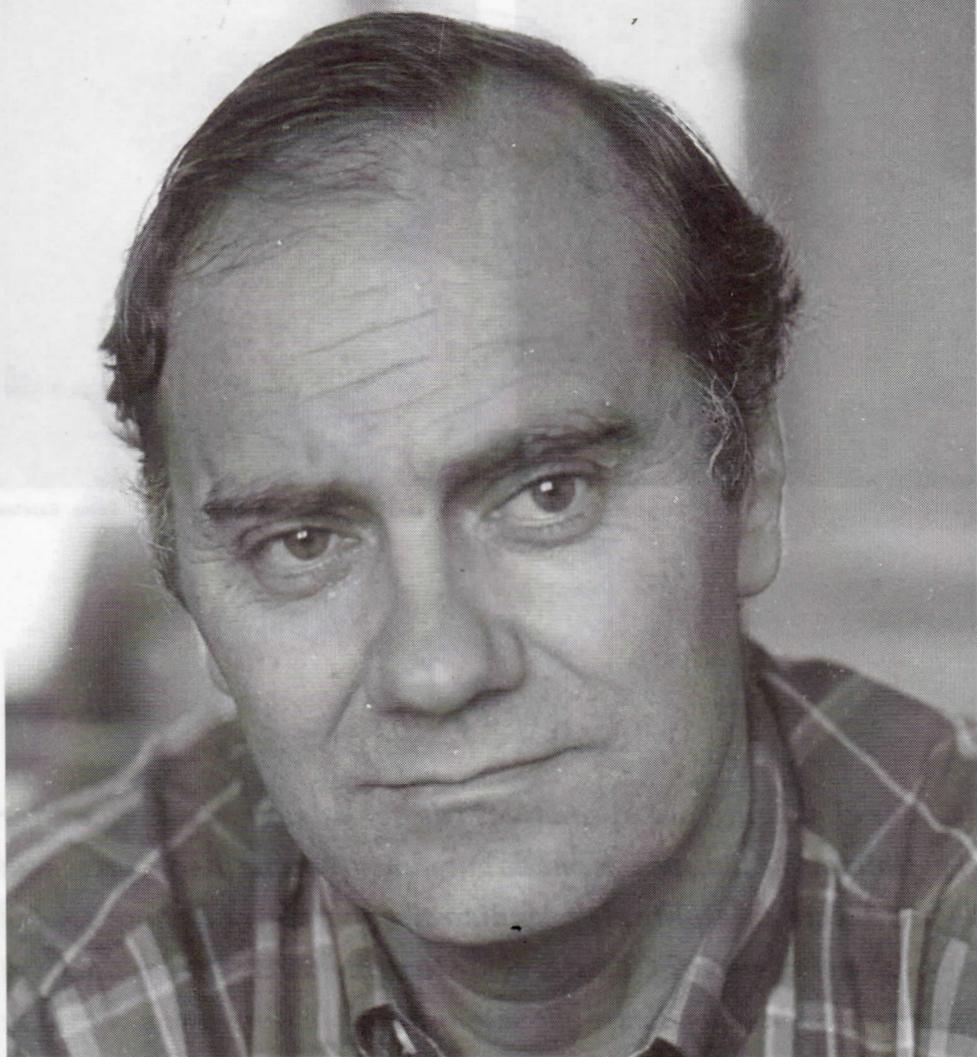
Los candidatos no le gustan a la población. La sociedad peruana no ha sido capaz de ofrecer al mercado electoral una persona que despierte simpatía, confianza. Lourdes está siempre rodeada de gente que incluso a sus simpatizantes le caen mal: Rafael Rey y Barba Caballero. Otra vez Xavier Barrón, dicen. Otra vez Flores Aráoz. Otra vez los consejos de Luis Bedoya Reyes. Ni a ellos les gusta más esa gente. Lourdes no se sacude ni se libera ni se decide a ser lo que podría ser: una candidata de la derecha empresarial moderna, al estilo de la chilena. ¿Qué le significa el apoyo de Luis Castañeda Lossio si el PPC no tiene un verdadero peso? Ni qué decir de Valentín Paniagua, convertido en una versión reciclada de Frejolito, porque, como él, no aspira, en el fondo, a ser presidente y aplica la táctica del muertito. Provinciano de cuello y corbata, abogado, señorial, calladito, Valentín invita más a



Fotos: Caretas

saludar al abuelito que al candidato de polendas capaz de alborotar el gallinero. O Alan, más quemado que nunca, porque la sola presencia del tren eléctrico le quita el pretendido aire doctoral que asume con los años. ¿Y quién queda? Ollanta, como la pieza teatral anónima. Otra vez un nuevo independiente que se manda por la libre como expresión de toda la bronca histórica que todavía anida en nuestra alma como un viejo vals.

¿Aquí termina la lista? ¿No hay más opciones? ¿La derecha tradicional y trasnochada, temerosa del Perú? ¿Un etnocacerismo o nacionalismo que no es izquierda pero que es entendida como tal y es un sancochado sin programa político? ¿Y en el ansiado centro? ¿Un desacreditado García y un timorato Valentín? Que el verano 2006 airee propuestas, programas y personalidades.



¿Qué hacer con los Andes económicamente? Si no se toman medidas concretas, no habrá inversión en el mediano plazo. (Foto de Susana Pastor)

«Aplanar los Andes y enderezar los ríos»

UNA ENTREVISTA CON JAVIER IGUÍÑIZ POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

«El anticentralismo es mucho más fuerte que la maduración de proyectos descentralistas en las regiones. Cuando uno va a las regiones no hay un liderazgo que haya pensado su ámbito con tranquilidad, macerándolo, depurándolo, constituyéndolo en un proyecto de desarrollo, en visión de largo plazo, en qué hacer con la región. Hay una deficiencia de proyectos, de visión del propio destino como entidad descentralizada. Lo que cohesiona al proceso es la convicción de que hay un elemento político descentralista, un elemento autoritario, vertical, petulante, limeño y centralista. Y eso cohesiona, porque es un común denominador en un país tan centralista como el Perú.

En el aspecto técnico, el punto que más me ha interesado pensar sobre el Ande es la desconexión entre la decisión política descentralista y la viabilidad económica. Lo que hay es un déficit de análisis sobre la viabilidad económica. No se corresponde el ansia descentralista con un proyecto. Y es ahí donde termino planteando cuatro puntos que tienen por finalidad hacer lo más viable posible la oportunidad de tener empleos adecuados en la sierra y también en la Amazonía. De ahí que el título de mis ensayos Aplanar los Andes, si fuera completo, sería Aplanar los Andes y enderezar los ríos, que era lo relativo a la Amazonía. La idea parte de lo siguiente: cualquier alternativa económica en el Perú que tome en cuenta el Ande, tiene que considerar la existencia de ese «accidente» geográfico. Mi suegro solía decir, «Dios creó el mundo en seis días, y en el séptimo destruyó el Perú». Lo decía para subrayar lo accidentado y traumático de la geografía de la sierra. Y el primer hecho es que hay que reconocer eso. En economía no se reconoce generalmente la problemática geográfica. ¿Qué hacemos con el Ande? Por supuesto que la salida más usual es construir mejores carreteras, pero eso no va muy lejos. Por lo tanto, lo que planteo es que quien quiera generar empleo en los Andes no tenga una desventaja significativa respecto del que quiera crear empleo en Chíncha. Que crear empleo en un sitio de los Andes sea como crearlo en un sitio igual de plano respecto del mercado Lima, en este caso, Chíncha, Cañete o Barranca. Aplanar los Andes es hacer que no sean un impedimento para la generación de oportunidades empresariales, de empleo. De ahí la consigna de transformar antes de transportar. Agregar valor a las cosas antes de moverlas. Adornarlas, ponerlas en un sobrecito, decir ecológico, limpiarlas como si fuesen manzanas chilenas. Aumentar el valor de lo que tú mueves por unidad de peso o

por unidad de costo de transporte hace que el accidente geográfico pierda importancia. Ese es un primer punto sobre el Ande que hay que tomar en cuenta. Hacer que el accidente geográfico no sea una fatalidad para la viabilidad de las iniciativas empresariales es que la producción en el Ande tenga alto valor unitario y el costo del transporte sea una fracción pequeña del producto. Si es papa, si es papaya, es enorme la proporción del valor del producto; pero si es fruta seca ya no. En el caso del mineral no hay problema porque vale tanto por unidad de peso que no importa en qué cerro de los Andes esté. El transporte no le hace mella a la competitividad del oro, de la plata, del cobre refinado, por eso existe La Oroya. Tomar en cuenta los Andes en la economía no es fácil. Se requiere pensar que no es la carretera lo que los salva sino la naturaleza del producto.

Otro punto del Ande con el cual la economía tiene dificultad es el de la diversidad. Porque así como es accidentado, es multiclímático, biodiverso. En economía es muy difícil graduar este punto, porque toda la teoría económica está pensada en el mundo europeo, plano, templado, a nivel del mar, con estaciones claras, las mismas en todo el país al mismo tiempo. Cuando es invierno en España, es invierno en todo el país. En el Perú no; te abrigas para ir a un sitio y te calateas para ir a otro el mismo día. Eso no ocurre en Francia o en Alemania. ¿Qué hacer con la diversidad climática, biogenética? Debemos aprovechar las escalas de producción, la amplitud de la producción, producir en gran escala para que la unidad sea más barata. En la sierra no tenemos esa opción, salvo con la alpaca. Pero, en general, en cada quebrada hay una trucha distinta, una palta distinta, una quinua distinta. Cada altura, cada cantidad de sombra y sol, cada variación de clima entre el día y la noche, crea de nuevo dificultades a la comunidad. Para mí la consigna no es producir mucho de pocas cosas sino poco de muchas cosas. Hay que diferenciar productos y sacarlos al mercado diferenciados, así como una fábrica diferencia entre sus cajetillas de cigarrillos. El Perú tiene que asumir esa realidad. La sierra no es abastecedora del supermercado estadounidense, sino de delicatessen, de cantidades pequeñas, pero de alto valor. Y como vendes poco, hay que vender caro. Hay que darle viabilidad a la sierra porque para muchos ya está desahuciada. Ahí uno está a contracorriente en economía. La educación es mala, pero simultáneamente en nuestro sistema educativo producimos gente calificada, técnicos que no usamos; la mitad de los egresados de la universidad no trabaja en lo que estudiaron. Y, sin embargo, mucho más de la mitad está estudiando lo que le gusta. Los pobres son muy aventados para estudiar lo que les gusta. ¿Qué quiere decir? Que si pudieran ejercer, terminarían siendo buenos.»

Pero hay un problema de mercado. Esas *delicatessen* se tendrían que ir fuera.

Empezando por Lima, en Wong, porque los mercados regionales son muy pobres. Ya está Ripley en Chiclayo, en Trujillo, pero no es un mercado que

compre calidad. Todavía es un mercado que compra volumen y compra por precio. Allí el precio no es secundario respecto de la calidad. El 90 por ciento de la clase media del país está en Lima, esa clase media que ya está en la etapa de pedir calidad a costa de cierto sacrificio en el



Según Javier Iguñiz, en los Andes se debe producir poco de muchos productos y no mucho de pocos. (Foto Programa Regional Sur)

precio. Yo creo que hay gente. El problema de la sierra no es que no tenga gente sino que la bota, la obliga a migrar. Hay que retener a la gente en la sierra del Perú, hay que hacer que haya posibilidad de que se quede en su tierra. En muchos lugares de la sierra hay universidades, sin embargo no tienen nada que hacer ahí.

¿Quiénes son esos líderes, esa burguesía regional, esos movimientos empresariales regionales y con proyecto?

Hay pocos. Hay que retener a la potencial burguesía de las zonas andinas en su tierra. Esas frases medio en broma medio en serio de que ya no quedan jaujinos en Jauja, ¿qué quieren decir? Que los notables, los que tenían haciendas, comercio, se han ido. Ya no hay puneños en Puno. Quiere decir que las familias italianas, vascas, que constituían el núcleo cosmopolita e ilustrado que estaba ahí a comienzos del siglo veinte, cuando la ciudad tenía 10 mil habitantes, cuando traían a la ópera de Buenos Aires, ya se fueron. Las regiones tienen que constituir una élite, pero no todas van a poder.

Ciudades hay.

La ciudad de la sierra tiene que ser más que mercado: un lugar donde el técnico, el profesional, el empresario que tiene formación y recursos considere que sus hijos no se perjudican si los educa ahí, por lo menos hasta terminar la secundaria, cosa que no siempre sucede ahora. Es la condición para que algunos se queden en su propia tierra, porque han hecho su vida afectiva más completa en su lugar de origen, y la tierra les dice algo. Pero si se han ido desde la primaria y han hecho su mundo ciudadano, afectivo, en otro lugar, eso es irreversible.

Pero esa ciudad es un mercado, esa ciudad consume.

Eso viene después. Primero la ciudad tiene que ser un ámbito de vivienda, de seguridad, de servicios. Quien quiera hacer empresa, generar oportunidades en su

lugar de origen, principalmente lo va a hacer en las ciudades.

¿Qué te dicen las ciudades de Arequipa, Huancayo y Cajamarca dentro de la imagen de los Andes?

La ciudad de la sierra es un lugar de educación formal. La ciudad es el lugar al cual se llega para educar a los hijos. Es el objetivo de la migración andina. La ciudad de la sierra es el lugar decisivo de la viabilidad económica, porque es desde esa ciudad y desde otras ciudades en el país y en el mundo que se va a reformular la actividad agrícola. Mantaro, por poner un ejemplo. Producto estrella. Es un producto para la ciudad que no tiene nada que ver con el campo. La alcachofa está esperando que hagan la interoceánica porque esta herbácea se vende en Brasilia a dólar y medio cada una. Ya es un producto *delicatessen*. En la sierra hay opciones de ese estilo.

Arequipa se ha desmantelado. No está más la cervecería, la leche Gloria.

Arequipa se ha desindustrializado.

¿Por la globalización?

Podemos ponerle esa etiqueta si la precisamos un poco. Si entendemos por globalización la apertura del mercado, y por apertura del mercado no solo que se paguen menos aranceles por importar sino que se mejore la carretera Lima-Arequipa y haces que no sea rentable seguir teniendo ahí muchas empresas.

Es una paradoja.

Claro, porque sale más barato venderle a Arequipa desde Lima si la carretera es buena, que tener la fábrica en Arequipa. Porque la fábrica en Arequipa se justifica para vender en Arequipa si es que es más barato producir ahí. Y en muchos productos ya no es más barato. Nadie se da cuenta de que la carretera no es solo para sacar productos, sino que por la carretera también vienen productos que compiten con lo que se hacía ahí.

Es un proceso que acentúa la centralización.

En muchos sitios, sí.

En el Perú no hay la noción de competencia de regiones, de ciudades, de una burguesía local que pelea por un aeropuerto.

De ahí la importancia de lo político. El primer paso de la descentralización en el Perú es político. No puede ser económi-

Los políticos suelen ser los criollos y desde Lima elaboran una mirada descentralista.

Empiezan a tenerla porque la migración a la ciudad, incluso la ciudad serrana, ha sido tan grande que ya ha generado una masa de ciudadanía descentralizada



En busca del delicatessen aún no encontrado. El valor añadido es la consigna de los Andes. (Foto de Hugo Carrillo)

co. No es como Colombia, que tiene Medellín, Cali, Bogotá, Barranquilla. Ellos han sido siempre descentralistas, porque la geografía les impidió juntarse tan rápidamente y cada uno desarrolló grandes valles, porque ahí los Andes se abren. Ahí es la economía la que lidera la política. En el Perú no: es la voluntad política descentralista.

andina —andina no solo en el sentido geográfico, sino racial, étnico y hasta lingüístico— que es muy distinta a la élite andina anterior. Ya hay una novedad por el crecimiento de las ciudades en la sierra, por el cambio en su composición social, que hace que lo político descentralizado exista. Puede venir de maneras muy diversas, por una burguesía que se

empieza a generar en Cusco con el turismo, aunque eso es lentísimo. O puede ser un Humala que expresa una vocación de poder que ve restringida en Lima y necesita su propio humus, su propia tierra.

Pero Humala estaría más con los marginados, con los olvidados, con el eslabón más alejado del mercado, no con esa burguesía andina.

Humala es expresión de mistis, no en el sentido oligárquico de la palabra sino de autoridad local, de autoridad antigua, descendiente incluso de la autoridad prehispánica. Proviene de una familia de autoridad; no es una familia de abajo.

No es que ellos lo sean, sino que convocan más a los desposeídos que a una burguesía andina.

Creo que no.

Es el elemento de violencia que acompaña su discurso.

Sí, pero los más pobres no tienen predisposición hacia la violencia. La radicalidad descentralista es una radicalidad ilustrada, porque justamente proviene de la convicción de que «yo puedo hacer eso», que no solo en Lima se puede hacer. Si no hay esa visión de uno mismo como capaz, tampoco habrá un objetivo descentralista. Ya hay una masa crítica para constituir ciudadanía descentralizada; lo que no hay todavía es una masa crítica para hacer economía descentralizada en un sentido de mercados descentralizados. La descentralización económica tiene que ser hecha en base a una producción descentralizada, pero que, en principio, se base en mercados diversos.

Pero eso no sucede. Todos piensan en producir para Lima.

Es que los mercados locales ya no lo son, nunca lo han sido en realidad; los mercados propiamente locales han sido mercados de productos urbanos indiferenciados. No hay un mercado significativo para papas distintas de la blanca. Todos los demás cientos de variedades de papas no tienen mercado. Se trata de

aquella vieja cuestión de que hay que empezar con un mercado local consistente en productos autóctonos.

El discurso de Alan García de la kiwicha en el año 85 ya no tiene nada que ver.

No como mercado local, pero sí como un mercado internacional. La viabilidad económica de la sierra no está basada en sus mercados locales. Esos son mercados de protección, de retaguardia, de defensa frente a riesgos. Eso es muy importante porque necesitas una retaguardia para aventarte.

Esa imagen urbana, que comparto contigo, de una ciudad de calidad, es muy europea, ¿no? Pero, en el caso peruano, ¿de qué vive esa gente? ¿De qué vive un joven de clase media arequipeño que hizo sus estudios escolares y universitarios en Arequipa? ¿En qué trabaja?

Para vivir bien, tiene que generar su trabajo, no hay trabajo esperando. De ahí la importancia de las Pymes. La otra opción es irse. Para vivir mal, entra de subcontratado, de peón, de amarrador de espárragos.

¿Por qué Toledo no dice que cada uno tiene que crear su propio empleo, y si no puede, tiene que irse? Nadie lo ha dicho así.

Porque no hay la sinceridad de un Churchill: sangre, sudor y lágrimas. No hay nada gratis. Es necesario decirle a la gente que hay que ubicarse, pero en una dirección promisoría. No para que se aproveche el otro, que es la historia del Perú. El independentismo de la vida familiar del hombre andino, que prefiere ser informal a ser subordinado, proviene de que su esfuerzo beneficia al otro antes que a él mismo. De ahí la mala imagen del empresariado, que demora en mejorar; el porqué hay poco empresariado indígena.

Hay que retener a la gente de la sierra. Nadie va ahí, más bien de la sierra se están yendo a la Amazonía, esa especie de colonos andinos. No hay un Antonio Brack de los Andes, que se ha convertido

en el vocero amazónico, en el guardián del bosque.

No de ese estilo. Hay gente como Mario Tapia, que desarrolla mucho la necesidad de ver el Ande como compuesto de partes muy distintas: la heterogeneidad como rasgo distintivo. Eso sí, pero de ahí a pasar a un tipo de cultivo más específico, un tipo de planta, no recuerdo una cosa equivalente a lo que hace Antonio Brack. Hace falta una cultura nueva. Hace falta ciencia de altura. Las universidades no han producido un material cultural documentado que se haya traducido en textos de enseñanza. ¿Qué descentralización puede haber si es que no hay una cultura que ponga de relieve lo propio sino que enseña en abstracto, para cualquier sitio? En el mismo momento en que empezamos la regionalización el Estado peruano decide que no vale la pena continuar elaborando la cifra del PBI de cada región, y no hay quién se queje. Es de nuevo lo político.

No es que quiera ser apocalíptico, pero la tendencia muestra que no va a haber proyectos. ¿Qué sucederá en los próximos treinta o cuarenta años si no se revierte la situación económica en los Andes? ¿Va a ser una zona en abandono?

Muchos cientos de distritos se despueblan y la gente va donde hay oportunidades; es lo racional. ¿Qué habría? Habría algunas regiones prósperas, dos o tres. En la zona del Cusco se generaría un ámbito muy urbanizado de prosperidad por el turismo, la minería, Camisea, Las Bambas, durante veinte o veinticinco años seguidos. Lo mismo ocurrirá en el valle del Mantaro. Al norte es más difícil, porque Cajamarca es muy pequeño como espacio agrario y está fuera de camino de Chiclayo, está muy aislado. Cajamarca para mí es un interrogante. Tiene mucho dinero, pero no sé en qué lo va a colocar para que genere algo más autocentrado. Entonces, la sierra bajará su población. Eso va a ser mucho más rápido por el problema de la educación que se expande en el mundo

rural, con islotes de progreso con posibilidades de vivir adecuadamente.

¿Cajamarca podría incorporarse a un ámbito costeño de Chimbote a Guayaquil?

Es difícil decirlo porque Cajamarca no tiene tanta buena tierra agrícola. La campiña termina desapareciendo: solo queda San Marcos, Cajabamba, como un vallecito precioso pero pequeño. Cajamarca corre el riesgo de estar muy descoyuntado y con su pepita de oro, su vallecito precioso, pero malogrado. Hay muchos lugares de la sierra que tienen que reformular radicalmente su vocación, para ser viables, hacia productos *delicatessen*, de alto valor unitario. Pero eso supone un alto nivel de educación y una calidad de los productos muy grande.

Ciudades como Juliaca, Chimbote, Pucallpa, ¿qué representan en relación a las otras? Económicamente son nuevas, pujantes, informales.

¿Cuánto de Juliaca se verá afectado por China? Se habla de Gamarra pero no de Juliaca. ¿Cuánto de Juliaca cambiará de importancia con una vía interoceánica? No son ciudades definitivas, todavía pueden decaer seriamente, no tienen el futuro garantizado. Las condiciones climáticas de Juliaca son muy duras para vivir; es una estepa ventosa. Es una ciudad de trabajo, para sacar adelante a la siguiente generación si quieres, pero que esa generación se quede ahí, eso no es claro. Son ciudades escuela. Ahí la gente aprende los primeros pasos de ciertas artes.

Y guerreras.

Pero a la vez no dan el siguiente paso, a una cosa más refinada, con mayor valor agregado. Ese paso no se está dando. Por eso creo que es una escuela, pero una escuela primaria de la tecnología, de la producción. Para hacer la secundaria hay que ir a otro clima cultural, a una visión basada en *software*. Quizá Arequipa tiene en eso mucha idea, porque tiene un nivel cultural y exporta todo el tiempo a Lima. ■



¿Por qué Humala, que ha crecido gracias al voto fujimorista, es considerado como un hombre de izquierda? (Foto de Caretas)

Sombras nada más

EDUARDO TOCHE*

Al cerrarse el plazo para las inscripciones de las alianzas electorales y estando próximo el de candidatos a la Presidencia, el escenario debiera estar si no definido al menos mostrando algunas aristas que permitan al elector tener elementos de juicio para ir cerniendo su opción. Más aún, cuando también se ha dado la oportunidad para que los principales aspirantes mostraran sus planes de gobierno como invitados estelares de la Conferencia Anual de Ejecutivos CADE.

Sin embargo, no es así. En medio de una persistente y profunda desconfianza hacia las instituciones, especialmente la merecida por los partidos políticos, además de una peligrosa frustración generalizada sobre los resultados del sistema democrático, la *performance* de los competidores por el sillón presidencial y de sus respectivas organizaciones al parecer solo corrobora una situación en la que los actores del sistema político no saben qué hacer frente los problemas, los propios y los de la sociedad.

De esta manera, en medio de dudas, alrededor de treinta agrupaciones inscritas, algunas de ellas ya aglutinadas en frentes electorales esperando así mejorar sus probabilidades, pareciera una oferta excesiva y riesgosa en tanto estarían fraccionando significativamente la representatividad y dificultando, por ende, la construcción de consensos. Pero esto es en teoría, porque se sabe que la inmensa mayoría de propuestas en competencia no tienen opción alguna y su intervención se define casi como un juego de azar, es decir, esperando un golpe de suerte que las encumbre inesperadamente: pasar luego por caja para recibir los dividendos y sin importarles mucho no tener nada que poner sobre una mesa de negociaciones.

Es decir, aun cuando la fortuna las elija como beneficiarias del voto popular, muchas de estas organizaciones desaparecerán antes del primer año de su mandato. Entonces, el problema existe pero está lejos de ser la mera multiplicación de organizaciones que deberá acoger el próximo Parlamento. No es cantidad sino calidad. Los congresos fujimoristas no estuvieron fraccionados y no es necesario aquí analizar el desempeño de sus patéticos operadores. Los congresos que acompañaron a Belaunde y García tuvieron una mayoría oficialista que sirvió de poco para la gobernabilidad de entonces.

Así, lo que tenemos ahora es que ni las antiguas ni las nuevas expresiones políticas tienen ideas más o menos generales que representen algo que no sean sus intereses específicos y, en ese sentido, es seguro que convertirán a la actividad congresal de 2006 hacia adelante en una

versión corregida y aumentada del vacío espectáculo que estamos presenciando actualmente y, sin duda, serán a lo sumo comparsas carnavalescas de las decisiones que se tomen.

EL CENTRO: EL GRADO CERO DE LA POLÍTICA

Sería injusto afirmar que la situación descrita se debe exclusivamente a una crisis del sistema político y sus organizaciones. Al respecto, las encuestas de opinión y los medios de comunicación también contribuyen con las distorsiones que imponen, sobresaliendo los nada sutiles intentos de sancionar un ubicuo «centro» como la prácticamente única opción política que puede ponerse en juego en el país. Aunque es cierto que estos arreglos le importan poco o nada a la inmensa mayoría de organizaciones partidarias. En realidad, ninguno de nuestros «partidos» está preocupado en precisar una identidad programática y se sienten cómodos con este artificio mediático que resalta el «centro».

El resultado de las indefiniciones es que todos tratan de asirse a la tabla salvadora que simbolizaría el «centro», un lugar neutro que evita compromisos, deja abierto el uso de la escopeta de dos cañones y permite presentar fórmulas esotéricas como «el rostro humano del mercado» o la «economía social de mercado». Por supuesto, sin que nada de esto ponga de lado la acusación nunca refutada de que el «centro» es finalmente la desgastada piel de oveja que la derecha usó siempre como expresión de pudor, sobre todo si se le asocia con los sectores dominantes, como es nuestro caso.

También se trata de la respuesta inercial de un electorado que al no ver ninguna

* Investigador de **desco**.

alternativa viable que ofrezca los cambios necesarios, refuerza su sentido conservador y prefiere que las cosas queden como están, porque en circunstancias tan imprevisibles como las peruanas toda apuesta puede terminar en una catástrofe, como lo fueron en su momento García y Fujimori. Así, el «centro» es para la gran mayoría una manera de decir que en el Perú las cosas siempre pueden ser peores.

Nadie representa mejor ese «centro» que Valentín Paniagua y su Frente de Centro, valga la redundancia, en el que lo acompañan Alberto Andrade con Somos Perú, Drago Kisic y su Coordinadora Nacional de Independientes, además de Acción Popular, el partido del ex presidente transitorio. Para lograr la «pureza» requerida, debió dejar en el camino al presidente regional de Lambayeque, Yehude Simon, y evitar que progrese el acercamiento que intentó el PDS de Susana Villarán, que hubieran obligado a un tenue y hasta elegante ladeo hacia la izquierda.

Sin exponerse y, al parecer, buscando aprovechar los previsibles deslices que en adelante puedan cometer García o Flores, Paniagua no quiere ser protagonista ni tampoco un presidente que marque para la posteridad una referencia ni para bien ni para mal. Como en el 2000, busca que el desarrollo de los acontecimientos lo hallen como la solución a los entrapamientos. Así lo dio a entender en su intervención en CADE, cuando se centró en la necesidad de reformar la Constitución Política, insistir en la reforma judicial y mejorar los canales de vigilancia y control ciudadano. Como opinaron algunos empresarios asistentes al evento, pareció un discurso de oficina.

Alan García también quiere ser «centro», pero sus motivos son diferentes a los de Paniagua. Sin posibilidad de construir alianzas con otras organizaciones políticas, aun cuando lo intentó, apostó por un indefinido «frente social» que finalmente abortó. Sin decirlo, García quiso reeditar la estrategia que desarrolló entre 1983 y 1985, que lo condujo a un arrollador

triunfo en las elecciones presidenciales de entonces. En esos años, igual que ahora, buscó atraer a diversos sectores sociales de manera que le permitieran superar el tercio electoral histórico del Apra, única forma de asegurar el triunfo. En efecto, recordemos los grandes aplausos que cosechó en el CADE de 1984 y las fluidas conversaciones que mantuvo con los entonces dirigentes de la CGTP para formarnos una idea del éxito que tuvo.

Sin embargo, la historia no se repite. Sin los ímpetus juveniles de entonces, García debe asumir el costo del desastroso gobierno que condujo y la alta desconfianza que generó entre un empresariado cuyos voceros, alguna vez, llegaron a decir que era 'el John Kennedy peruano'. Así, en un país que dejó de tener obreros y con los empresarios mostrándole las espaldas, nadie supo finalmente a quién convocaba García con su «frente social». ¿Será que sigue imaginando un país que hace tiempo dejó de existir?

A su vez, Lourdes Flores también saca manteca en el «centro». Necesita pulir su imagen de derechista y no le ha ido mal hasta ahora ofreciendo un difuso Estado inclusivo y una tenue reforma social. Encabeza las encuestas de intención de voto y, tal vez, esto se debe a que aparece como la mejor garante para dejar las cosas como están. Los empresarios están conformes con el régimen tributario regresivo, la inasible reglamentación medioambiental y el inmejorable marco jurídico «promotor de la inversión» que les regaló Fujimori. Mientras tanto, desde el lado de la sociedad, parece optarse por quien asegure que la situación no empeore.

Sin embargo, hay varias cuestiones que están pendientes en el perfil electoral de la candidata de Unidad Nacional y que, seguramente, emergerán más temprano que tarde. Una de ellas son sus aliados. Será difícil para Lourdes Flores explicar la compañía de políticos como Rafael Rey, José Barba o la gran cantidad de asesores y simpatizantes cuyos compromisos con el fujimorismo son más que

evidentes. Por otro lado, resulta inexplicable la poca exposición de otro aliado, el alcalde de Lima, Luis Castañeda Lossio, una persona que podría otorgarle esos imprescindibles toques «populares» a su candidatura. Flores tendrá que exponer muy finamente cómo podría lograr metas sociales sin minar un ápice la predominancia de la economía de mercado. En otras palabras, cómo sería «centro» sin que los peruanos corramos el peligro de una rápida y profunda corrida hacia la derecha apenas se instale en Palacio de Gobierno en julio de 2006.

LA DERECHA ANTIPOLÍTICA

Históricamente, la derecha peruana no necesitó expresarse políticamente a través de algún partido en particular. Cuando el rumbo de las cosas no le gustaba, promovía golpes de Estado, desestabilizaba o se imponía esgrimiendo un enorme poder económico capaz de hacer bajar la cabeza al Estado.

No parece haber grandes cambios en este sentido. El derechismo contemporáneo en nuestro país tiene un considerable protagonismo, aun cuando nadie dice portar sus banderas y ese lado del espectro aparezca formalmente sin representantes nítidos. En su lugar, ha construido un archipiélago de núcleos albergados en todos los partidos importantes, se expresa a través de instituciones y organizaciones que no son políticas pero que tienen una indudable influencia y muestra gran capacidad para cooptar políticos huérfanos de programas y organización, como lo demuestran el fujimorismo de la década de 1990 y el toledismo de este siglo.

Así, nadie duda de que la derecha está presente en el nacionalismo militar, el conservadurismo clerical, el neoliberalismo a rajatabla mostrado por gran parte de la tecnocracia y altos funcionarios estatales, así como en la radical defensa de la empresa privada. De igual manera, es evidente que cada una de estas líneas tiene sus defensores, por ejemplo, en el

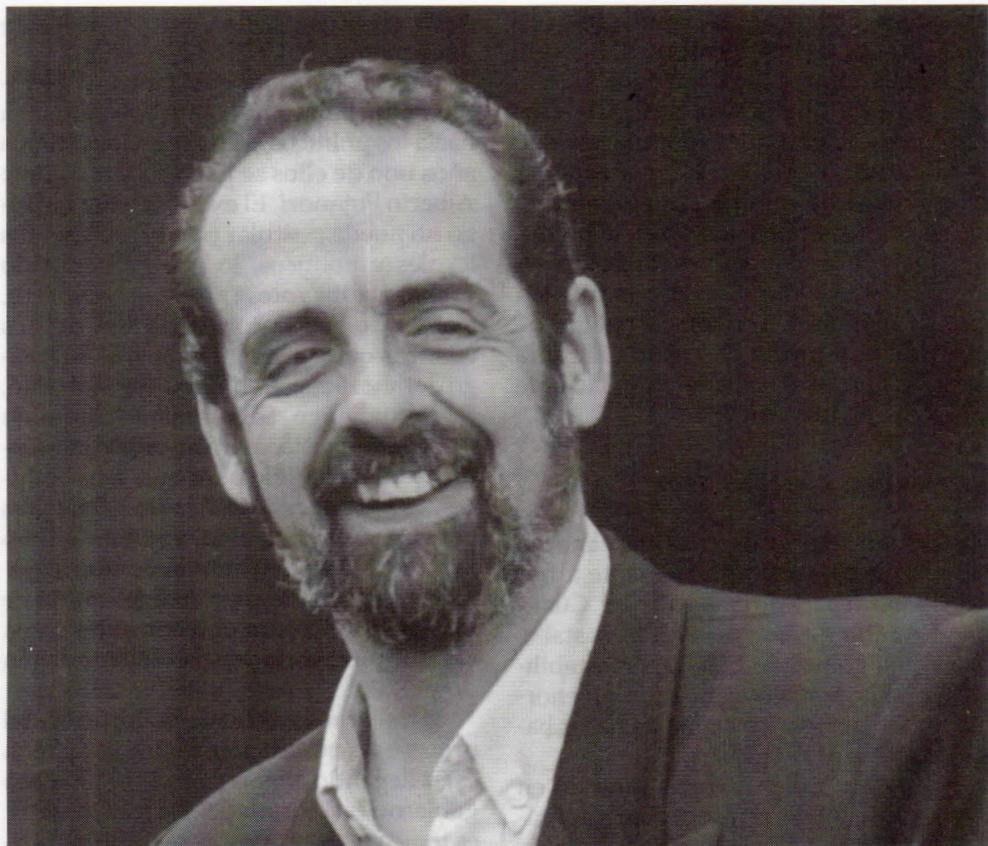
Apra, en el Frente de Centro y, más evidentemente, en Unidad Nacional.

Pero la derecha se cura en salud. Siempre ha mostrado una gran desconfianza hacia los políticos, aunque en los últimos años uno de ellos se ganó su alta estima: Alberto Fujimori. El ex presidente prófugo no puede postular por impedimentos legales y políticos, lo que ha generado problemas mayores entre sus seguidores, expresados en la formalización de dos alianzas que reclaman para sí el liderazgo del ahora preso en Chile. Sin embargo, esto es adjetivo. Seguramente, seguirán ejerciendo presión para inscribir una candidatura imposible pero que, a todas luces, es la conocida táctica de exigir más para quedarse con algo, y es esto último lo significativo. No buscan un nuevo gobierno fujimorista, sino crear el ambiente más adecuado para obtener réditos una vez que proceda la previsible extradición de su líder.

Si tomamos en cuenta la duración del proceso de extradición, Fujimori debería estar llegando al país cuando el próximo gobierno esté instalado. De esta manera, es lógico pensar que sus seguidores busquen, por un lado, que el presidente elegido tenga la más baja legitimidad posible y, por otro, intentar ganar la mayor cantidad de curules parlamentarias. De la combinación de ambas saldrá la fórmula que presentarán para negociar fundamentalmente impunidad, un asunto en el que sus amigos empresarios y militares tienen sumo interés.

LA IZQUIERDA AUSENTE

Este lado del espectro político tendrá participantes que, de una u otra manera, responden a las tres opciones clásicas que comúnmente se han expresado bajo esta denominación. Por un lado, la tradición socialcristiana a la que estaría respondiendo el frente formado por el PDS y el Movimiento Humanista de Yehude Simon. Sin un perfil definido y esforzándose en aparecer como «centro-izquierda»,



Javier Diez Canseco sigue en el intento de ser visto como alguien de izquierda, y lo hace contra viento y marea, a trancas y barrancas, y con una buena sonrisa. (Foto de Susana Pastor)

a dicho frente le será difícil ubicarse en un espacio en el que abundan competidores que a todas luces tienen mejores argumentos para posicionarse definitivamente allí.

Por otro lado, están los que encarnan actualmente la filiación comunista —Patria Roja y el PC Unidad—, pequeños, sin aspiraciones electorales salvo obtener una mínima representación parlamentaria, pero con una estructura partidaria que en medio de la «inorganicidad» generalizada de la política peruana puede ser un buen factor a su favor en vista de las circunstancias.

Finalmente, el Partido Socialista liderado por Javier Diez Canseco sería el actual resumen de lo que en el pasado se denominó la nueva izquierda. Si el bloque comunista ha preferido una suerte de

pragmatismo que le permita sobrevivir aplazando indefinidamente una puesta al día de sus planteamientos y los herederos del socialcristianismo estarían optando por no asentar un perfil nítido de izquierda, con el Partido Socialista pareciera ocurrir, al menos en la voluntad, algo diferente.

Para empezar, el cambio de nombre —de PDD a PS— remite a una filiación inequívoca de izquierda. En efecto, esta agrupación aparece dispuesta a cubrir ese amplio espacio pendiente de representación y que, sin embargo, muestra importantes simpatías en la sociedad peruana. Aun así, el proceso se le hace más difícil que lo supuesto inicialmente y, para empezar, el marco definido de izquierda que desea presentar lo ha condenado a

enfrentar el proceso electoral en soledad. Además, todo parece indicar que sus dirigentes y militantes saben de la necesidad de construir una izquierda que esté en sintonía con los retos actuales, pero hasta ahora no parecen tener claro en qué consiste esto.

En todo caso, aprovechar el escenario electoral para un sinceramiento de sus potencialidades actuales sería una buena forma de iniciar un trabajo en función de medianos y largos plazos. Si es así, la cuestión será la paciencia que puedan mostrar sus dirigentes y, también, la capacidad de sobrevivir sin depender de la presencia definitoria de su líder.

LOS DEMÁS

¿Dónde ubicamos a los Humala en este contexto? Aún presentados como siameses por las encuestas, los Humala ya no son ni siquiera gemelos sino una actualización del drama de Caín y Abel. En este sentido, Ollanta Humala es el que estaría llevando a cabo una espectacular aunque temprana irrupción por todo lo alto en las intenciones de voto, pero, al parecer, esto tiene mucho que ver con el hecho de que no se establece aún la profunda diferenciación que ha marcado con el otro Humala, Antauro, actualmente preso en el penal de Piedras Gordas por los acontecimientos de Andahuaylas y quien tiene entre sus manos la organización construida en base a afiebrados licenciados del ejército.

Pasar del espacio «antisistema» al corazón mismo de este tiene sus bemoles, y Ollanta ya ha dado muestras de que tiene mucha tela que recortar cuando, al ser requerido por los periodistas, señaló que carece de un plan de gobierno. Como es obvio, las reglas son radicalmente diferentes en uno y otro ámbito. Por lo pronto, ya utilizó de mala manera un recurso que pudo darle mejores posibilidades: la sorpresa. En algún momento, Ollanta Humala reconocerá que adelantó demasiado su exposición pública.

Por otro lado, tenemos la increíble candidatura oficialista de Jeanette Enmanuel y su rápida declinación, en medio de la generalizada conmoción en los restos que Perú Posible aún mantenía asidos luego de su casi finalizada experiencia gubernamental. Como es habitual en el partido de la chakana, no se entiende bien qué querían con la postulación de la señora Enmanuel, pero lo cierto es que todo les ha salido mal. La anunciada candidatura de Rafael Belaunde, en este contexto, no es otra cosa que la prolongación de su oportunismo y su desesperación por sobrevivir a la valla electoral.

EN SUMA

Confuso, oscuro, lleno de sospechas y con una gran cantidad de candidatos que solo generan más enredo y ninguna idea, estamos ante una situación que está lejos de ser la adecuada para un proceso electoral. Sin definiciones programáticas ni planes de gobierno que propongan soluciones realistas para enfrentar los principales problemas del país, los partidos y las alianzas parecen buscar solo un impacto mediático que les permita ganar las elecciones, pero no están preocupados por la sostenibilidad del próximo gobierno ni, mucho menos, por el fortalecimiento democrático.

Al respecto, hay quienes aseveran que todos saldremos perdiendo con ello. Sin embargo, no parece ser así. Que la política se convierta en el grotesco espectáculo que estamos presenciando no significa que no se tomen decisiones que comprometan la vida cotidiana de todos los peruanos. Es decir, mientras la política siga siendo un espacio formado por organizaciones e individuos de limitada o nula representatividad, los intereses de la sociedad seguirán teniendo graves dificultades para ser incorporados en las políticas ejecutadas por el Estado y serán más bien los grupos poderosos del país los que seguirán definiendo sus lineamientos. ■



«La década de 1990 nos enseñó que no hay lealtades en política. El Apra se hizo tan pragmática como el Perú de los noventa». (Foto de Carla Leví)

El Apra en su laberinto

UNA ENTREVISTA CON JAVIER BARREDA*
POR EDUARDO TOCHE Y MARTÍN PAREDES



Cuánto de la crisis que el aprista puede percibir en su organización responde a una lectura de su propia historia partidaria y de contrastarla con el presente?

Es difícil que un pueblo aprista y sus dirigentes traten de explicar su supuesta crisis, que en general viven todos los partidos, a partir de una autopercepción que solo su historia puede explicar. Es muy difícil que a un pueblo como el Apra le plantees que los problemas que puede tener son su propia responsabilidad. Hemos estado siempre en jaque, desde que nacimos, con la oligarquía, con los militares, con la izquierda. Entonces, en los apristas se fortaleció la idea de que los males no venían de adentro sino de afuera. Eso fortalece una identidad, cohesiona, pero tampoco es fácil plantearle procesos de modernización, de renovación. Hay esa visión de que los problemas del país no son responsabilidad del Apra sino de otros: de la oligarquía, del imperialismo, de los militares. Después de la muerte de Haya hay todo un debate sobre lo que éramos en el espectro político-ideológico nacional. Se planteó que no éramos los únicos que estábamos en la izquierda, que las relaciones con Prado y Odría eran complicadas y había que cuestionarlas. Eran cosas que no se decían. A partir de 1980 hay esa necesidad de ver lo que pasaba en el Apra, también por causa de sus propios errores. Armando Villanueva comentaba a un grupo de dirigentes de la organización que gran parte de los problemas del Apra habían surgido de una mala acción estratégica o táctica del partido en algunas coyunturas. A partir de la muerte de Haya se abre una reflexión acerca de que nuestros problemas son parte de nuestras propias acciones. Y ahora, cuando planteamos los problemas del partido, también hay que ver lo que pasó en la década de 1980, nuestra experiencia en el gobierno. Eso también es parte de nuestra reflexión: lo

los problemas del Apra en la década de 1980

* Presidente de la Comisión Nacional de Ideología y Doctrina del Partido Aprista Peruano.

que nosotros pudimos hacer por el país y no hicimos o lo hicimos a medias.

Hace unas décadas, el Apra ofertaba una idea básica que permitía identificarla políticamente sin ningún problema. En el camino el Perú ha ido cambiando, los peruanos hemos cambiado y pareciera que la dinámica del Apra no va a la par de este cambio. Ahora, desde afuera tenemos la percepción de un partido envejecido, que se quedó en el tiempo, que no tiene propuestas, que no tiene incluso posibilidad de manejar coyunturas muy difíciles en el país. Hubo varias en las que el papel del Apra fue decisivo. Lo del 56 puede leerse de diversas maneras, pero lo objetivo en este caso es que el Apra manejó la coyuntura de una determinada forma. No sé hasta qué punto hay actualmente esta capacidad. El país ha cambiado profundamente y exige nuevas formas de organización política, pero qué es lo que vemos en todos los partidos políticos, y particularmente en el Apra: sistemas altamente concentrados, centralizados, que no responden a los intereses y expectativas de la población.

Tengo una lectura distinta sobre el envejecimiento del Apra. Cuando el muro de Berlín se viene abajo, sacude a la izquierda y también en alguna medida al Apra, pero ideológicamente desde donde se han dado respuestas más sólidas con respecto a todo este discurso despolitizador del neoliberalismo y esta visión tecnocrática de la vida cotidiana y de los asuntos públicos es desde la socialdemocracia, y es donde el Apra se ha mantenido y ha consolidado su relación. Desde la transición post Fujimori hasta ahora hay una serie de hechos que demuestran que en muchos aspectos el Apra ha planteado una serie de temas de importancia. Sí creo que el Perú exige más del Apra. No considero que en la sociedad peruana exista la idea de que el Apra deba desaparecer, sino que tiene que expresar cosas novedosas. En el año 31 expresamos algo nuevo; el asunto es cómo expresamos algo nuevo en el 2005 y en adelante. No sé

hasta qué punto el Apra ha errado en las estrategias organizativas en las últimas coyunturas. Durante el gobierno de Fujimori, el Apra fue uno de los pocos partidos que desarrolló alguna acción regional de resistencia, de movilización con la sociedad civil, con los gremios. Y justamente todos los dirigentes que ahora están en las regiones son los que se han fogueado política y socialmente en esos años. ¿Quiénes son los parlamentarios más jóvenes? Son apristas. ¿Quiénes son los presidentes regionales más jóvenes? Son apristas, como Homero Burgos y Omar Quesada, más allá de sus gestiones. Yo no veo tanto un envejecimiento del Apra; creo que es un partido que convive con dos grandes elementos: uno es su vieja tradición, que nos acompaña permanentemente; y otro es una serie de expresiones de acción política y de liderazgos nuevos. La pregunta es qué hacemos con el sistema político para tener más oxígeno y mayor articulación con la sociedad. Sí, faltan cosas en materia de liderazgos, a pesar de que ha habido avances. Ahora tenemos elecciones internas en Lima para elegir la lista parlamentaria y están yendo muchos ex ministros que no deberían estar en las internas, porque van a afectar nuestra relación con el país nuevo. Estos ministros pueden tener sentencia exculpatoria del Poder Judicial, pero ¿con qué derecho les decimos no postules? ¿Qué hay que hacer? Algo difícil: internamente tenemos que plantear una renovación. El proceso es muy complicado. Qué pasa, por ejemplo, si en una región gana un ex ministro muy conocido y hay que ponerlo en la lista porque la ley de partidos así lo exige, aunque sabemos que para afuera eso es un indicador negativo de una renovación en el partido. Pero hay que respetar la democracia interna. Es difícil plantear audazmente medidas de cambio en partidos con institucionalidades no perfectas pero existentes; ello implica una serie de avances y retrocesos. En 1982, Alan García tenía una gran capacidad de trabajo y, a pesar de su

poder, no pudo prescindir de un gran sector del partido, del aparato, de la tradición, que muchas veces no permitían hacer reformas importantes en la gestión de gobierno.

En 1990 ustedes presentaron a Alva Castro como candidato; perdió pero obtuvo 22 por ciento; en 1995 Mercedes Cabanillas ya saca 4 por ciento, y en 2000 Abel Salinas uno por ciento. Si no es envejecimiento, ¿qué cosa es? Claro, pueden decir que el discurso antipartido de la aplanadora fujimorista fue terrible y que no solo los afectó a ustedes sino a todos los partidos, pero internamente cómo han evaluado la década de Fujimori y, si se trata de nuevas caras, ustedes presentaron nuevas caras y no les fue muy bien. ¿Si no es Alan García no es nadie?

Recuerdo una entrevista a Julio Cotler en marzo de 1995, en la que decía que era evidente que el Apra iba a sacar 16 por ciento. Los resultados del 95 fueron impresionantes para los dirigentes y para los militantes del Apra: en Trujillo ganó Fujimori. Fue algo terrible, un tremendo remezón: las viejas lealtades partidarias de una sociedad hacia una estructura partidaria se habían diluido rápidamente. Después de ese resultado hay un congreso partidario; el desánimo era grande. Alva Castro gana las elecciones internas en el 96 y plantea una estrategia de resistencia y recuperar espacios perdidos, como el norte. Ya no había lealtades partidarias imbatibles. Nos dimos cuenta de que el Apra misma tenía que rescatar a su viejo electorado, y para eso había que ofertar cosas interesantes. Fueron años bastante difíciles, porque hubo una gran diáspora y se quedó un núcleo muy duro, que es el que mantiene la lucha contra Fujimori. Pero el pueblo aprista se distancia y a este núcleo le toca hacer la resistencia. Mi generación no recibió un Apra optimista con relación a la gente. Nosotros recibimos el Apra en la década de Fujimori y esa coyuntura adversa nos fogueó, nos dio capacidad de respuesta,



La relación magnética que mantenía Haya de la Torre con sus partidarios fue única y quizá irremplazable. Eran otros tiempos, de luchas y prisiones.

demovilización, de reflexión. Fueron años en los que aprendimos por lo menos una cosa fundamental: el pragmatismo de nuestro propio pueblo aprista. Hemos conversado con mucha gente que regresó al partido que en el 95 votó por Pérez de Cuéllar contra Fujimori, y votaron por Toledo en el 2000. El Apra tiene que presentarle cosas viables a su propio pueblo.

Antes, Haya decía que había que votar por Prado y la gente votaba por Prado. La relación entre dirigencia partidaria, dirigencia intermedia y pueblo aprista es ahora más tensa. En 1992, después del gobierno aprista, Alan gana el congreso de Trujillo. Alan García solo pudo colocar cinco dirigentes de toda la plana. Desde fuera se ve un liderazgo todopoderoso

de García, pero dentro del partido hay mucha mediación. En el último congreso la tensión también ha sido muy fuerte para encontrar una fórmula intermedia entre dos formas de ver el país desde el Apra: una forma mucho más pragmática, la modernizadora, y una visión más social, distribucionista. Reconozco que hubo muchos errores, pero también que hay mucha mezquindad con los aportes del Apra en la lucha contra Fujimori. ¿Quién sacó las cuentas de Montesinos? Jorge del Castillo. A pesar de que yo no comparto la línea de Jorge al interior del partido, pues programáticamente me inclino por una opción mucho más social, él fue uno de los que estuvo ahí. La década de 1990 nos enseñó que no hay lealtades en política. El Apra se hizo tan pragmática como el Perú de los noventa. El pueblo aprista no podía dejar de ser también pragmático en su voto.

Un factor en la reducción del Apra a esta mínima expresión en la década de 1990 es Fujimori, pero el otro son los resultados de la gestión de García. Lo digo como una manera de introducir a García como el factor gravitante de la historia aprista en las dos últimas décadas. Así como García puede ser considerado uno de los factores que llevan a la situación crítica que vive el Apra en los noventa, también habría que explicar por qué repentinamente su regreso hace que el Apra retorne hacia su tercio electoral histórico. Vuelve a aglutinar a los apristas, regresan muchos de los que se habían apartado de la actividad partidaria. García es el gran culpable de la catástrofe que vive el aprismo durante los noventa, pero también es quien recupera posiciones para el Apra. ¿Cómo explicas eso?

¿Por qué el Apra tuvo lo que tuvo cuando estuvo en el gobierno? En 1990, con la candidatura de Alva Castro, si los apristas hubiésemos confiado más en nosotros mismos, habríamos pasado a la segunda vuelta. Los resultados del gobierno son críticos, en general nos quedamos sin

hacer muchas cosas, pero no debió ser ese el balance del gobierno aprista. En 1990 tuvimos seis de las doce regiones; tuvimos primera mayoría en diputados y en el Senado. Fujimori rompe eso. El único partido populista que podía hacer un contrapeso a un ajuste en democracia era el Apra. Cuando Fujimori da el golpe de Estado saca a García, y el Apra se debilita. Sí, creo que un factor determinante de la vigencia del Apra es Alan García. Una de las herencias de Haya fue dejar en el sentir común de los apristas que nuestra organización puede ser muy flexible, muy abierta, muy enraizada, pero el líder es gravitante; la necesidad de un continuador está en el inconsciente aprista. Cuando García regresó empalmó con eso. El factor García explica mucho en el Apra. Yo veo que García está condenado a reivindicar a su partido con el país. Recuerdo una reunión clandestina de dirigentes con Alan García en 1999, en Colombia; allí él dio una respuesta soberbia pero importante: «En el Perú el Apra no está completa, no estoy yo, no estamos completos. Cuando yo vuelva el Apra estará completa». Es una constatación de García que el Apra tiene un referente antropomórfico muy fuerte. ¿Cómo combinamos esa referencia tan fuerte hacia el líder con mecanismos institucionales internos? Sí se puede. Es difícil, pero lo estamos haciendo. No somos un cuerpo orgánico unívoco, ni todos pensamos lo mismo, y se nota. Hay dos Apras, hay dos formas de ver al país; siempre las hubo. La genialidad de Haya fue que supo, bajo su figura, darle el matiz correspondiente a cada uno de los sectores del partido. Ahora hay un Apra con matices. Pepe Murgia en Trujillo tiene una forma de articularse con la sociedad distinta de la de Homero Burgos, y Mulder y Del Castillo igual. Este país plural que ha cambiado no puede entender, creo, un partido unívoco. El partido tiene que tener estas tendencias, reconocerlas e institucionalizarlas.

Pero electoralmente el Apra no puede vivir sin Alan García.



«El Apra de ahora es mucho más mestiza, más popular, más migrante. El Apra es más chola que antes.» (Foto de Carla Leví)

Por ahora, Alan García es un candidato evidentemente importante en el partido.

¿Importante o imprescindible?

Las dos cosas.

No creo que, aparte de García, haya algún dirigente aprista capaz de atraer a los no apristas. Lo que hizo García no solo en el 85 sino en 2001 fue traer votos no apristas. Podemos reconocer muchas capacidades a Del Castillo, a Cabanillas, pero no la capacidad de convocar más allá del militante.

Por ahora no, tú lo has dicho. Efectivamente, aparte de Alan García yo tampoco veo una persona con la capacidad de

incorporar votos no apristas al Apra. Pero, a pesar de que él sabe que su liderazgo es tan fuerte o más fuerte que el Apra, plantea una serie de mecanismos de modernización del partido. Es decir, es un líder que sabe que tiene un peso gravitante, pero también que es transitorio. Siempre los movimientos populares tienen una etapa de reflujo en la que presentan al país, luego de un encantamiento carismático, algunos líderes un poco más fríos, más horizontales. No descarto que en el Apra ocurra eso en el futuro. Pero lo que rescato de García es que plantea temas importantes para el fortalecimiento del

partido después de él. Yo no he visto en el país a otro líder que haga lo mismo con su partido. García es hijo de los setenta y un político de los setenta, formado en esa década. Él tiene esa especial visión de que la política debe estar articulada a los idearios y al liderazgo; esta relación de que quien dirige tiene también que ser el ideólogo. Creo que este rezago en García es útil ahora, porque permite hacer planteamientos sobre lo que debería ser el partido en el futuro, más allá de su liderazgo concreto como candidato presidencial.

Pero el futuro está acá nomás, porque García ha declarado que si no gana esta vez la presidencia ya no volverá a postular.

Una idea importante de García es que los espacios de la política en el Apra no pueden ser obtenidos por designación. Reconozco que los de mi generación nos quejamos de que no nos dan espacio. Y en la política, los espacios se conquistan. He trabajado con García el tema de la juventud, del rejuvenecimiento de la política en el partido, hemos propuesto ideas importantes y nos cuesta. El congreso del partido aprobó que el 30 por ciento de dirigentes de todo el país sean jóvenes. Hay una especie de depuración e incorporación de jóvenes. Nos cuesta, es difícil. Si García fuera una persona autoritaria y dirigiera el Apra verticalmente hubiéramos expulsado a todos los dirigentes que no acataran esta medida. Nos ha costado convencerlos, persuadirlos. García está condenado a dejar un Apra más fuerte de la que él encontró.

Hasta hace un par de décadas era válido que el Apra se definiera como un frente de trabajadores manuales e intelectuales, pero en un país que ahora no tiene obreros y con una clase media muy acortada y casi a punto de desaparecer, ¿a quién representa el Apra?

Hace poco Alan García habló de una sociedad informal en el partido, y que expresar a esta sociedad más informal y menos estructurada, donde un ciudadano no es solo obrero, sino puede ser

obrero la mitad del tiempo y después puede ser cobrador de combi y en la noche estar en una panadería, implica remover toda la organización. Es más difícil expresar a esta sociedad orgánicamente. Es un desafío, pero considero que en las contradicciones que tiene esta sociedad entre capital-trabajo, Lima-periferia, elitismo-cultura popular, el Apra tiene que recoger aquellas demandas, sentimientos e intereses que van por lo segundo: el trabajo, las regiones y todo lo que implique la expresión popular. ¿A quién representa el Apra en el 2000 y hacia adelante? Justamente a aquellos que les va mal en el mercado, a aquellos que están excluidos. Ese es el fin del partido ahora. Tal vez en el 2 por ciento de sindicalizados es difícil plantear un partido de masas, pero hay que llevar el partido a aquellos que les ha ido mal en el sistema; ese es el fin de un partido popular. La izquierda pudo expresar eso si hubiese tenido liderazgos y gente con mayor capacidad para entenderlo; hubiésemos tenido una izquierda a la izquierda del Apra. El Apra tiene gente muy preparada, pero los intelectuales se concentraron en la izquierda, y a pesar de eso, todo el bagaje intelectual de mucha gente en el país no pudo construir un proyecto continuador de la izquierda del mariateguismo. ¿Qué es lo popular ahora? ¿Qué es el pueblo ahora? Estos informales, estos emergentes que también acumulan, que son pragmáticos. Ese es un gran desafío en el partido. A ellos hay que expresarlos.

De ahí que tengan que pelearse a este grupo social C, D, E, marginal, excluido, o lo que sea, con el fujimorismo.

Yo no veo al fujimorismo tan estructurado. Su electorado es sumamente pragmático. Y cuanto más vulnerable vean a Fujimori menos fujimoristas van a ser. En la década de 1980 nuestras clases medias eran más articuladas dentro del Apra y tenían más protagonismo. El Apra de ahora es mucho más mestiza, más popular, más migrante. Antes, Seoane, Heysen, Townsend, Borea eran

gente que expresaba una clase media informada; ahora no, el partido está expresando algo distinto. Lo ves en los rostros de los jóvenes que llegan al partido: de universidad pública, de institutos, que no estudian, excluidos del trabajo y del estudio, ves nuevas clases medias, ya no

de antes, te digo: muy poco, porque no va a ser la de antes. Lo que hubo antes ya pasó. De lo que se trata es de lo que va a hacer ahora el Apra para expresar lo popular; cómo construimos un partido con estas características, estos tipos de liderazgos que son parte del país. El Apra ya



Alan García y Ramiro Prialé. La generación de recambio en el Partido Aprista careció del peso político de la «vieja guardia». (Foto Archivo Quehacer)

es la clase media clásica; esa no está en el partido. El Apra es más popular que antes en la conformación de los líderes intermedios y de base. El Apra es más chola que antes. Expresa más universidad pública provinciana que universidad particular. Y como es más popular tiene elementos de pragmatismo, por eso mismo es más irreverente. Las propuestas de modernización del partido tienen que saberse transmitir en una «sociedad civil-aprista» mucho más complicada, mestiza, andina, práctica. Cuando preguntas qué va a hacer el Apra para ser la

no será lo que fue. Para bien o para mal. Se requiere otro proyecto aprista, otro relanzamiento del partido hacia el futuro. Ese es nuestro trabajo.

¿Qué pasa si el Apra no gana en el 2006?

Seguir. La historia nos ha llevado a ser un partido de oposición. Si el Apra no gana en el 2006, hay que fortalecer el sistema y tener frente a quien gane una posición social responsable que garantice gobernabilidad y mecanismos de distribución del ingreso en el país. Esa es nuestra labor. Ahí nos vamos a colocar. ■



Censo de 1981, de aquellos rememorados por el autor del artículo. La familia en pleno mostrando pelos y señales. (Foto de Pedro Sánchez, 1981)

Por fin un censo con seso

RAFAEL GARCÍA MELGAR*

Hace más de tres décadas, allá por junio de 1972, fui empadronador en el VII Censo Nacional de Población y II de Vivienda. Curiosa suerte de secundaria y nunca imaginé que, muchos años después, volvería a participar en un proceso similar. En aquel gris invierno limeño, yo era alumno del colegio Inmaculada. El general Velasco gobernaba el país y, una vez más, se hacía necesario saber cuantos éramos y cómo vivíamos. Llegaron a mi aula unos capacitadores —presumo que del Instituto de Estadística de entonces— y nos explicaron la labor que realizaríamos los empadronadores voluntarios en las doce horas del día escogido para el Censo. Por las instrucciones recibidas durante un poco más de una hora, me pareció que el «trabajo» resultaría sencillo.

Sin embargo, una vez en el terreno descubrí que este tipo de tareas, y en general este tipo de procesos, no son cosa fácil. Ese domingo el país estaba inmovilizado. Mi carga de trabajo correspondía al distrito de Jesús María; empecé en el parque Wiracocha. Luego de empadronar algunas viviendas, entendí que no estaba formulando bien las preguntas. Casa por casa me fui percatando de las complejidades de una entrevista larga, de cuáles eran las conexiones lógicas entre las preguntas y entendí lo mal que había hecho mi labor hasta ese momento. Recuerdo que al final de la jornada sentí que mi trabajo había quedado inconcluso e incompleto, sensación que perdura hasta hoy.

Han transcurrido más de treinta años, mucha agua ha corrido bajo los puentes, el Perú ha cambiado radicalmente y ya ni me acuerdo desde cuándo uso bigote. Durante ese tiempo he trabajado en distintas esferas de la vida privada, he

participado en muchas batallas de variada índole y ahora, por esos designios que nos hacen decir de vez en cuando que la vida da muchas vueltas, algunas de ellas insospechadas, me tocó participar en la gestión del X Censo de Población y V de Vivienda.

Un censo es una investigación estadística que comprende a toda la población de un país. Su objetivo es capturar información actualizada sobre el número de habitantes dentro de un territorio determinado —lo que incluye a los extranjeros residentes—, y el acceso y calidad de los servicios básicos que existen en sus viviendas. De acuerdo a la información que se obtenga, el Estado podrá organizarse, con un cabal conocimiento de su realidad demográfica y de vivienda, elaborar sus planes de desarrollo y tomar mejores decisiones.

Suena sencillo pero no lo es. Los Censos Nacionales 2005 - X de Población y V de Vivienda conforman un gran proceso que empezó hace más de dos años, en el que se planificó y diseñó, detalle a detalle, cada una de sus tres etapas: la etapa preparatoria o de actualización de la cartografía nacional, la del empadronamiento y la del posempadronamiento. Planeamiento que incorpora las vicisitudes e incertidumbres usuales de toda actividad que depende del presupuesto público y que, por momentos, produjo más de un sobresalto durante el diseño y también en la ejecución.

La dirección del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) se propuso introducir novedades metodológicas sustanciales en la operación censal. Una de ellas es el tiempo de duración del empadronamiento. Los peruanos estábamos acostumbrados a esperar encerrados en nuestras casas, durante un día, hasta que vinieran a tomarnos los datos. Ese día, generalmente un domingo, había orden de inamovilidad ciudadana. Para marcar la diferencia, el último Censo Nacional duró treinta días, del 18 de julio al 20 de agosto, tiempo en el que más de

* Formado como sociólogo, ha sido Gerente de **desco**. Actualmente es Coordinador Nacional del proyecto de fortalecimiento institucional entre el INEI y el Fondo de Población de Naciones Unidas.

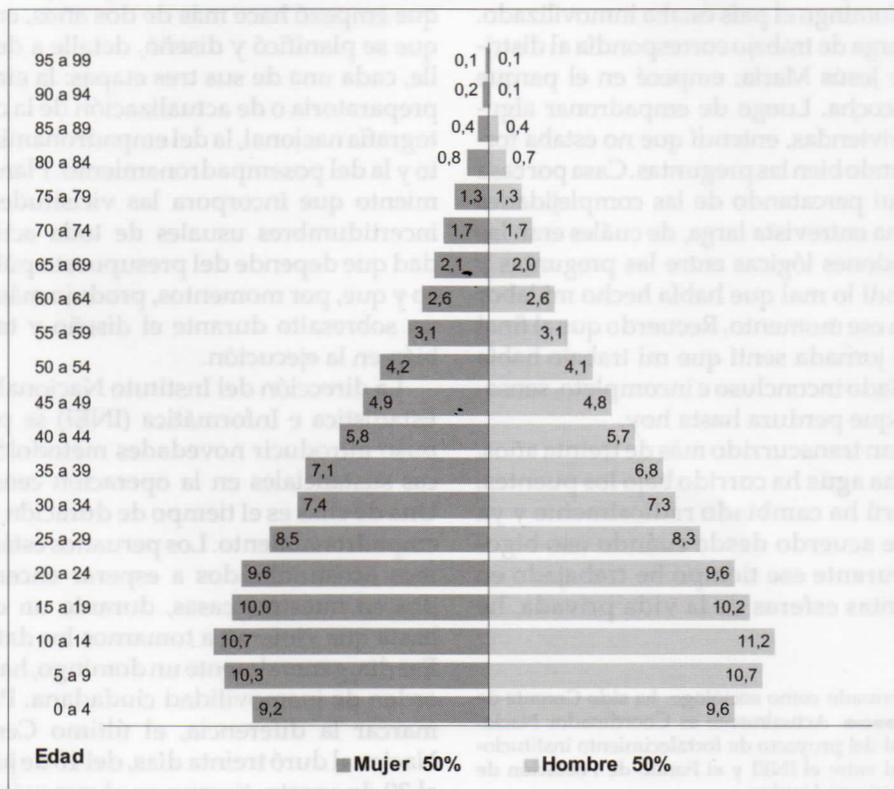
15 mil empadronadores tocaron las puertas de todas las viviendas del Perú, hasta la más escondida de nuestras frías montañas. No fue necesario pasar todo un domingo en reclusión.

Por cierto, hubo otras diferencias importantes, como, por ejemplo, la modalidad del proceso. Anteriormente, el empadronamiento era «de hecho», es decir que a uno le tomaban los datos en el lugar donde había pasado la noche anterior al censo, sin importar si se encontraba allí de manera circunstancial o por trabajo. El reciente censo fue del tipo de «derecho o jure», en el que las personas son empadronadas en el lugar donde residen habitualmente, y se recogió información incluso de las personas que no estaban en el momento del empadronamiento pero que son residentes habituales de la vivienda

visitada. En cada hogar bastó la presencia de un informante (adulto) para atender las preguntas del empadronador. A diferencia de antaño, los empadronadores fueron, en general, muchachas y muchachos, estudiantes de nivel superior o profesionales jóvenes reclutados en cada localidad del país para esta tarea. Todos ellos recibieron un entrenamiento intenso y exclusivo que culminó en una prueba que permitió contratar a los mejores en estricto orden de mérito.

Otro cambio destacable fue la aplicación de un cuestionario sencillo con veinte preguntas divididas en dos grandes áreas temáticas: población y vivienda. La información básica recogida será complementada en los años subsiguientes con la aplicación de una encuesta continua con mayor nivel de detalle a más de 380 mil hogares.

Población censada 2005 por género (Porcentajes)





En el reciente censo se usó cartografía digital en los conglomerados urbanos y se actualizaron los mapas de 22 mil centros poblados. (Foto de Hugo Carrillo)

Más allá de las recomendaciones de la experiencia internacional en la materia, lo cierto es que aunque el cuestionario aplicado era sencillo, nos propusimos la enorme tarea de minimizar, si no eliminar, el error en el acto del empadronamiento.

Se usó cartografía digital en los conglomerados urbanos y se actualizaron los mapas de más de 22 mil centros poblados; para las tareas de difusión se llamó a concurso público y una empresa de publicidad organizó la campaña de divulgación nacional; en los aspectos del procesamiento de los datos se escogió la técnica del escáner para, mediante un motor de interpretación automático, generar la base de datos de población y vivienda con niveles de reconocimiento superiores al 97 por ciento; se organizó un centro de procesamiento descentralizado en Arequipa donde en menos de cien días se validó, verificó

y aplicó controles básicos a la base de datos. Cuando este artículo vea la luz es probable que estén circulando entre los sectores oficiales y académicos —y ojalá que entre el público en general— los resultados preliminares del Censo.

Lo que de seguro no se hizo esta vez, como ha sido tradicional en muchos países, fue utilizar la oportunidad de la realización del censo para «construir la nueva sede» o para «renovar la flota vehicular» de la institución. Por ello, y además por el entusiasmo y dedicación con los que miles de mujeres y hombres realizaron las labores de campo, por el interés y el esmero con los que funcionarios/as y técnicos/as del INEI se entregaron a la tarea, por la innegable importancia de contar con información global que se complementará cada año —a partir de 2006— con la encuesta continua anual, y por la

infinidad de detalles organizativos, técnicos, logísticos y financieros que sería muy largo relatar, considero de suma importancia que todos valoremos el esfuerzo realizado, aquilatemos los resultados y, a partir de ellos, generemos la necesidad permanente de diagnosticar y estudiar la evolución de nuestra sociedad sobre la base de cifras confiables.

Quiero imaginar cómo serán los censos del futuro. Quizá ni siquiera sea necesario llevarlos a cabo si el país y sus autoridades avanzamos con seriedad y persistencia en el desarrollo de buenos y completos registros administrativos. O, quién sabe, los futuros censos podrían estar basados en operaciones de recolección e ingreso directo de datos a un servidor distante mediante mecanismos como los que usan las *palms*, lo que eliminaría toda la logística compleja del papel. O, por qué no, un censo sin empadronadores realizado directamente con registros individuales/familiares ejecutados por Internet. Pura imaginación futurista.

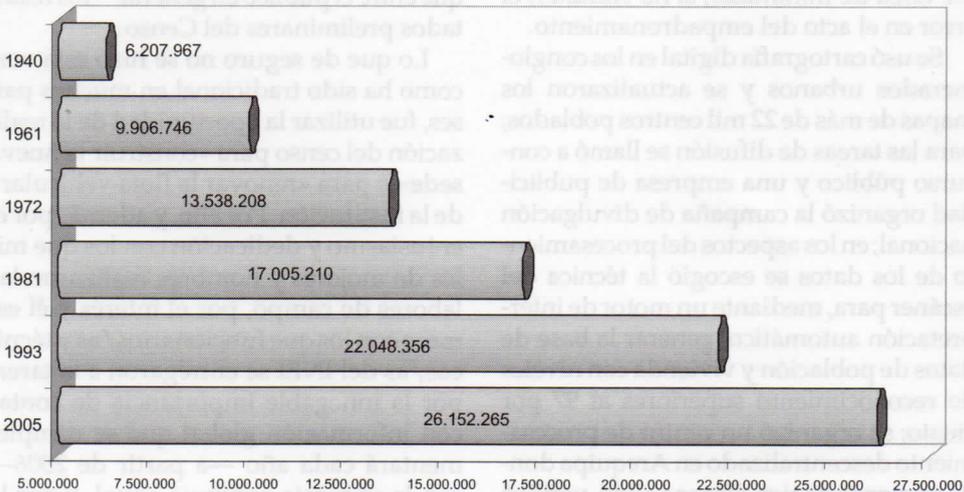
Pero de algo sí estoy seguro: mi pequeño Daniel, que hoy tiene 3 años, podrá disfrutar de los beneficios de un país

organizado y bien informado si persistimos en el esfuerzo de reconocer que, a la par que cambiamos como sociedad, mejoramos las técnicas para reconocer y cuantificar esos cambios. Y, por supuesto, vigilar que los que nos gobiernan desarrollen políticas públicas que se ajusten a las tendencias demográficas y mejoren las difíciles condiciones de vida que los datos nos muestran tercamente.

ALGUNOS INTERROGANTES QUE LA INVESTIGACIÓN DEBE DESENTRAÑAR

Los resultados definitivos del Censo estarán listos a partir del 20 de febrero de 2006, lo que constituirá un tiempo récord para este tipo de tareas. Pero desde comienzos de diciembre ya están disponibles los resultados preliminares, presentados en un formato de disco compacto con un programa especializado desarrollado por el CELADE que permite realizar múltiples cruces de variables y conteo de elementos —a gusto y necesidad del usuario— a escala departamental, provincial y hasta distrital. De este

Población censada
1940-2005





Que el censo nos muestre de cuerpo entero, compactos, en una mañana de sol radiante. (Foto de Hugo Carrillo)

material preliminar surgen las siguientes interrogantes.

Interrogante 1: la población nominalmente censada arrojó un resultado de 26 millones 152 mil personas. Si asumimos un porcentaje hipotético de omisión censal —usual en este tipo de operaciones— del orden del 3 por ciento, podríamos adelantar una población total cercana, por unos cuantos miles, a los 27 millones. Es decir, más de un millón de personas por debajo de las proyecciones con base en la población de 1993 realizadas hasta hace poco. ¿Es la emigración o el denominado crecimiento del fenómeno migratorio internacional de peruanos/as de los últimos años la explicación de tal diferencia? ¿O se trata de la combinación entre la importante disminución de la tasa de fecundidad con el proceso antes descrito?

Interrogante 2: el Censo de 1993 arrojó una población constituida en un 52 por ciento por mujeres y un 48 por ciento por varones. Los resultados preliminares del Censo actual muestran que tal desbalance habría desaparecido. También nos señalan un progresivo envejecimiento de la pirámide de edades con un achicamiento de la base. ¿Estos fenómenos forman parte del proceso de transición demográfica en el que estaríamos inmersos? ¿Cuáles serían sus características e implicancias y cuáles las oportunidades que como país no podemos desaprovechar?

Interrogante 3: una primera mirada a los datos sobre vivienda mostraría un crecimiento, en algunas provincias del país, muy por encima del crecimiento poblacional. Otro importante tema para la investigación. ■



Mundo de broncas

Desde el momento en que el barón Haussmann destruyó, en el siglo diecinueve, barrios enteros que existían desde hacía cientos de años en París y construyó los grandes bulevares como parte de un amplio sistema de planificación urbana, la gente tropezó entre sí, ricos y pobres, en aquello que se llama la experiencia de la modernidad. La aparición de la muchedumbre. La aparición de la soledad en plena muchedumbre. Aquellos bulevares de encuentros, conflictos, marchas y mítines han sido reemplazados por voraces autopistas anónimas, y la actual globalización —esa que acerca lo lejano y nos hace vivir la sensación de la simultaneidad— muestra sin reparos su lado oscuro, sórdido, tétrico, en la construcción de muros, murallas, enrejados, porque todo circula en el vasto mundo, menos las personas.

No solo Lima está enrejada. México DF es una especie de cárcel con apartamentos protegidos con dos series de rejas. Estados Unidos anda construyendo un muro que impida la migración de mexicanos desesperados hacia sus tierras. Israel levanta otro muro, uno zigzagueante, que deja a los palestinos sin contacto, asfixiados.

Las grandes urbes de los países del Norte tienen sus bolsones de miseria. Los guetos negros, latinos y mezclados, con sus broncas aparte. Ese «marrón» de Los Ángeles, con su camisa de franela a cuadros, con el único botón superior abrochado. La banlieue francesa, aquel suburbio que empezó dando cobijo a los franceses de la provincia, luego a la migración española y portuguesa, y ahora se ha convertido en el infierno de la población migrante del África negra y el Magreb.

Lima, Río, Sao Paulo, Caracas, Bogotá, el DF hierven en sus calles de asfalto y baches. Sin embargo, la violencia urbana, la llamada guerrilla urbana, ocurrió en París y los especialistas aseguran que puede, en cualquier instante, esparcirse por otras ciudades europeas y arder en la desesperación de tantos jóvenes que no son tomados en cuenta por los ciudadanos de primera categoría.



LA MIGRACIÓN EN EL SIGLO VEINTIUNO

Un tsunami de refugiados

OSWALDO DE RIVERO*

UNMSM-CEDOC

Hace más de 250 mil años, el *homo sapiens* salió caminando del África y se extendió por todos los continentes. A América llegó hace 40 mil años. Desde esta primera migración, el hombre no ha dejado de desplazarse por el planeta. Diferentes circunstancias lo han llevado a esto: en el principio, la caza y la recolección; más tarde, la búsqueda de tierras para asentarse como agricultor y crear ciudades. A pesar de este sedentarismo, el hombre no ha cesado de moverse en búsqueda de su supervivencia y bienestar.

Las grandes migraciones de la era moderna se llevaron a cabo entre el siglo dieciséis y fines del siglo diecinueve, y fueron dirigidas desde Europa hacia América, África y Asia, a través de la colonización de dichos continentes por los europeos. También en esa época, la migración se produjo de manera forzada por el traslado de más de 10 millones de esclavos del África hacia las colonias europeas en América. Esta última migración fue una verdadera hecatombe acerca de la que no se ha escrito mucho, sobre todo en América Latina, y específicamente en el Perú.

EL FRACASO DEL DESARROLLO Y LA CRISIS DEL MEDIO AMBIENTE

Hoy, el flujo migratorio es a la inversa. Va desde Asia, África y América Latina hacia Europa y Estados Unidos; pero es diferente, porque los europeos emigraban sin trabas, mientras que ahora los emigrantes de los países subdesarrollados tienen que viajar clandestinamente

para no ser rechazados, detenidos y deportados. Lo que antes representaba para los europeos una aventura colonial destinada a hacerlos prósperos, se ha convertido para los inmigrantes de los países pobres en la pesadilla de la clandestinidad, considerada hoy casi un delito. Así, una gran mayoría de los inmigrantes del siglo veintiuno vive oculta para no sufrir persecución, encarcelamiento y deportación. Cuando son detenidos, muchos de ellos no tienen un abogado de oficio, facilidad con la que sí cuentan los delincuentes del país receptor.

Las grandes dificultades que sufre el libre movimiento de los trabajadores en el mundo es la prueba más fehaciente de que la globalización económica actual está anclada en un falso liberalismo. En efecto, si Adam Smith resucitara y se le dijera que la normatividad económica global es neoliberal, se quedaría perplejo porque el único factor de la producción que tiene libre circulación global es el capital. El trabajo, el otro factor importante de la producción, no tiene libertad de movimiento. De esta manera, los trabajadores están circunscritos a vivir desempleados o con salarios bajos en sus países de origen, debido a severas leyes nacionales protectionistas de la migración global.

Hoy, la mayoría de los países desarrollados se niega a tener un régimen global que establezca la libertad de movimiento de los trabajadores. En efecto, la OMC no ha llevado a cabo ningún proceso importante para facilitar el movimiento de trabajadores. Asimismo, la Convención Internacional sobre los Derechos de los Trabajadores Inmigrantes ha sido ratificada solo por un pequeño número de países, a pesar de las recomendaciones de la Comisión de Derechos Humanos. Ello

* Embajador ante las Naciones Unidas y Representante del Perú ante el Consejo de Seguridad.

no obstante, al comenzar el tercer milenio, los hombres se siguen moviendo a través de flujos migratorios clandestinos de millones de personas al año. La causa principal de esta creciente ola migratoria no es otra que el fracaso del desarrollo en la mayoría de los Estados-Naciones subdesarrollados.

La percepción de una falta de perspectivas de desarrollo personal y nacional —a pesar de los crecimientos que pueda tener el PBI de un país subdesarrollado— es hoy el fulminante del proceso migratorio mundial. Es una suerte de hartazgo frente al desempleo y la falta de ingresos. En efecto, la migración Sur-Norte es la más contundente prueba de la creciente desigualdad social dentro de las naciones y entre las naciones, como resultado del fracaso del desarrollo nacional y del falso liberalismo que practica el actual proceso de globalización económica.

No hay que ser un gran economista para darse cuenta de que la crisis del desarrollo en la mayoría de los países mal llamados «en desarrollo» es la causa de la emigración. Nadie abandona su país si tiene ingresos suficientes. Se podría decir que los países subdesarrollados son los más democráticos del mundo, pues sus ciudadanos expresan su voto todos los días contra la estructura socioeconómica que los margina subiéndose a todo medio de transporte posible para marcharse de sus países, hartos del desempleo y la pobreza. Mientras no exista desarrollo, mientras haya 2.800 millones de personas que viven con dos dólares diarios y 1.300 millones con un dólar diario, la migración en el siglo veintiuno será imparable y, en gran parte, clandestina. En último análisis, los inmigrantes son refugiados económicos.

Las remesas hacia los países de origen de estos refugiados económicos llegan a los 150 mil millones de dólares al año; es decir, tres veces más que la ayuda al desarrollo prestada por los países

industrializados. Así, los inmigrantes contribuyen a aliviar la pobreza en los países donde el desarrollo sigue siendo tan elusivo como la búsqueda de «El Dorado». Esta contribución de los inmigrantes debería ser reconocida y reforzada. Incluso deberían tener representación política en sus países de origen.

Durante el siglo veintiuno, el deterioro del medio ambiente convergerá con la crisis del desarrollo, convirtiendo a la migración en un verdadero tsunami humano global. En efecto, a partir de 1980 se han registrado los 25 años más calientes de la Tierra. Este recalentamiento está produciendo el alza de la temperatura de los mares, originando huracanes y «Niños» más destructivos, y sobre todo grandes sequías seguidas de hambrunas. Pero no solo eso: el recalentamiento del planeta está además derritiendo las capas polares y retrayendo los glaciales de las montañas. En el primer caso, desaparecerán grandes fajas costeras e islas. En el segundo caso, se producirá gran escasez de agua. Todo ello traerá consigo damnificados, pobreza y migraciones humanas masivas, esta vez constituidas por refugiados ecológicos.

Un reciente estudio solicitado por el Pentágono, titulado «Cambio climático y seguridad», considera que el recalentamiento planetario producirá grandes sequías que afectarán la producción de alimentos, creará hambrunas y movimientos de poblaciones, originando no pocas tensiones internacionales. También, según este informe, el derretimiento de la capa ártica causará la desaparición de islas y de costas, originando enormes migraciones y turbulencias políticas.

UN DÍA SIN INMIGRANTES

Actualmente, en los países desarrollados receptores existe una preponderante percepción negativa de los inmigrantes. Se les acusa de introducir costumbres que destruyen los valores de su cultura nacional,

de quitar el empleo, de ser una carga social y de incrementar la delincuencia. Esta percepción parcializada ignora la contribución económica de los inmigrantes a los países receptores.

Una excelente película recientemente estrenada en Nueva York, titulada *Un día sin mexicanos*, demuestra con fina ironía la catastrófica paralización de negocios de bienes y servicios que se produciría en Estados Unidos si los mexicanos desaparecieran solo por un día de la economía de ese país.

Esta situación también es aplicable a Europa. Un reciente estudio sobre la inmigración en ese continente, publicado por una fundación británico-alemana, demuestra que los inmigrantes no ponen en peligro el empleo de los europeos y que, más bien, promueven la economía de estos países, haciendo funcionar muchos servicios y negocios con costos razonables. El estudio concluye que si no fuera por la inmigración en Europa, el crecimiento económico se vería cada vez más afectado como resultado del envejecimiento de la población europea.

El gran público de Estados Unidos y de Europa ignora la contribución de los inmigrantes, que constituyen ya el 12,3 por ciento de sus poblaciones. Tal desconocimiento y las tendencias xenofóbicas y racistas hacen que los inmigrantes y sus hijos nacidos en el país de recepción sean tratados muchas veces de manera hostil, sufran marginación y se refugien en guetos que más tarde explotan contra una sociedad que los margina. Ejemplos de ello ha habido en Gran Bretaña y, recientemente, en Francia.

HACIA UNA CONFERENCIA MUNDIAL DE INMIGRANTES

Para luchar contra esta percepción negativa de la inmigración, la delegación peruana a mi cargo ante las Naciones Unidas planteó el año pasado, ante el Grupo

de los 77 y China, realizar una Conferencia de Países en Desarrollo con Flujos Migratorios Importantes. La propuesta fue aceptada por el G-77 y la China y se llevará a cabo durante el primer semestre de 2006 en Lima.

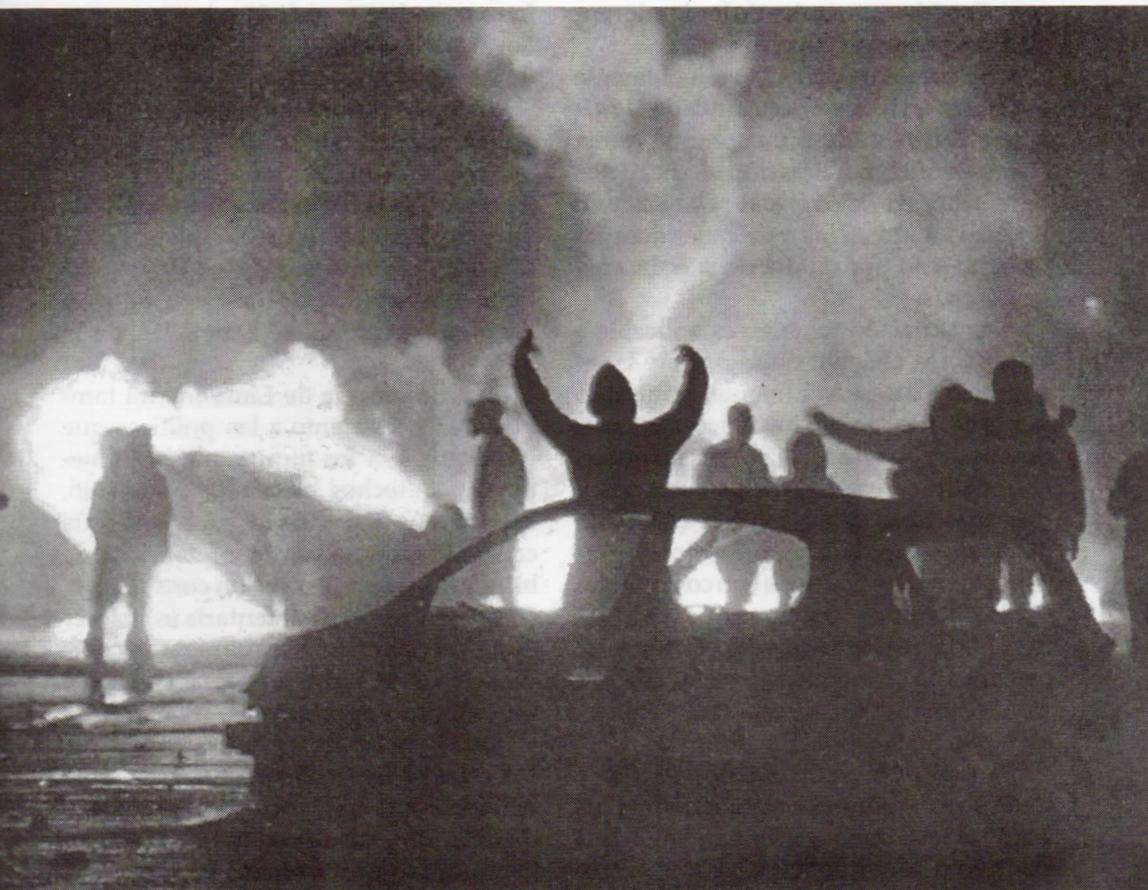
El objetivo fundamental de la conferencia será coordinar, por primera vez, una posición mundial común para hacer frente a la percepción negativa sobre los inmigrantes en las sociedades industrializadas, de suerte que se reconozca que tanto los Estados de origen como los Estados receptores se benefician de la migración.

La Conferencia de Lima tratará también de hacer frente a las políticas que criminalizan a los inmigrantes y vulneran sus derechos humanos. Asimismo, esta reunión discutiría los problemas que causan el racismo y la xenofobia, a fin de brindar la mejor protección consular posible. Finalmente, se intentaría establecer algún mecanismo de seguimiento y coordinación entre todos los países con flujos migratorios importantes.

La migración es un hecho imparable. Mientras el desarrollo fracase y el medio ambiente siga en franco y veloz proceso de deterioro, las masas humanas se moverán cada vez más hacia las zonas del planeta que les den mayor seguridad para su supervivencia y bienestar. Este tsunami no va a ser detenido por más severas que sean las políticas inmigratorias.

El *homo sapiens* es genéticamente un ser móvil. Ha marchado desde hace 250 mil años buscando mejores tierras y oportunidades. Ni imperios, ni Estados-Naciones, ni guerras, ni leyes han detenido este movimiento. Es el momento de hacerle frente, sin prejuicios y con realismo, cooperando entre los países con flujos migratorios importantes y los países receptores. La Conferencia de Lima puede ser el punto de partida para ello.

Nueva York, noviembre de 2005 ■



París en llamas. Los suburbios de la ciudad luz fueron escenario de violencia e incendios protagonizados por jóvenes hijos y nietos de inmigrantes árabes que, por su fisonomía, son motivo de discriminación y afectados por el desempleo.

Francia: del fuego de los suburbios a la crisis de identidad

FERNANDO CARVALLO*

Todo comenzó como un banal incidente de barrio. Un equipo de policías quiso proceder a un rutinario control de la identidad de tres adolescentes que se desplazaban en la ciudad de Clichy-sous-Bois, a veinte kilómetros de París. En vez de someterse a las humillaciones del tuteo y la presunción de culpabilidad en razón de sus fisonomías de hijos de inmigrantes árabes, los jóvenes prefirieron huir. Para escapar a sus perseguidores, saltaron la reja que protegía una central eléctrica y buscaron refugio entre sus complejas instalaciones. Al cabo de poco tiempo, dos de ellos morían electrocutados mientras el tercero se aferraba a la vida con quemaduras de tercer grado.

La ciudad de Clichy-sous-Bois resume todos los males que se han venido concentrando en los suburbios de las grandes ciudades. El departamento de Sena-San Denis es uno de los siete que rodean la capital francesa. Aunque existen en él vestigios de la Antigüedad y de la Edad Media (la Basílica de San Denis, donde se hallan enterrados los reyes de Francia), 80 por ciento de sus zonas urbanas han sido construidas después de la guerra. Como el resto de las ciudades del departamento, Clichy-sous-Bois acogió durante las décadas de 1960 y 1970 una masiva inmigración que aportó la mano de obra necesaria para la expansión industrial conocida como el periodo de «los treinta años gloriosos». Fueron también años de hegemonía indiscutida del Partido Comunista en la clase obrera, cuyos alcaldes concertaron con el Estado una política urbana diseñada para albergar trabajadores de bajos recursos en «ciudades dormitorio», separadas de los centros de trabajo. La primera crisis del petróleo, la aparición del desempleo a fines de la década de 1970 y la conversión del aparato productivo en una economía

de servicios cambiaron radicalmente las condiciones. Desde principios de los ochenta se instaló la extrema derecha como fuerza política permanente y después de cuatro alternancias y tres cohabitaciones, logró que su líder (Jean-Marie Le Pen) pasara a la segunda vuelta en las presidenciales del año 2002, desplazando al candidato de la izquierda (Lionel Jospin).

Aunque la aspiración a la igualdad es uno de los reflejos políticos más anclados en la sociedad francesa y figura, junto a la libertad, en la divisa republicana, todos los estudios muestran el constante crecimiento de las desigualdades. No solo respecto al monto de los salarios, sino también frente a la educación, la salud, el acceso a la vivienda y a un puesto de trabajo no precario. El antropólogo Didier Fassin, del principal centro de estudios sociales de Sena-San Denis, ha mostrado que el exitoso aumento de la esperanza de vida enmascara cifras menos honrosas: un obrero de los suburbios vive en promedio nueve años menos que un ejecutivo instalado en los barrios residenciales. Y si el desempleo gira en torno al 10 por ciento a escala nacional, en ciudades como Clichy-sous-Bois supera el 30 por ciento.

El Observatorio de las Discriminaciones ha probado que, en igualdad de calificaciones, una demanda de trabajo formulada por un joven residente de los suburbios tiene 65 por ciento menos de posibilidades de ser aceptada. Y la cifra aumenta si a una dirección «inconveniente» se añade un nombre con connotaciones árabes o africanas. Y es que los barrios que fueron concebidos para la clase obrera de una pujante sociedad industrial se han ido convirtiendo en «guetos» en los que se concentran inmigrantes, hijos y nietos de inmigrantes, afectados a la vez por el desempleo, el racismo y la exclusión. El urbanismo, la cultura de la juventud de los suburbios y las nuevas actitudes ante el «territorio» han proliferado como tema de las ciencias sociales, en un país en el que la

* Periodista de Radio France Internationale. Encargado de cursos en el Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad de París 3.

mayoría de la población no vive hoy ni en el campo ni en las ciudades, sino en ese espacio nuevo e incierto que se engloba bajo nombres equívocos, suburbio en español, *banlieue*, en francés: vieja palabra medieval que define el lugar en el que se aplica el «ban» o jurisdicción municipal. En ellos se ha venido concentrando también la comunidad musulmana más importante del Occidente. Aunque solo la minoría es practicante, el Estado ha favorecido el desarrollo de un «Islam de Francia», organizando la elección de un Consejo representativo del culto musulmán y limitando el financiamiento extranjero de las mezquitas.

Hoy se dice con frecuencia que la crisis era previsible e inevitable. Pero pocos se alarmaron de las provocaciones del ministro del Interior, Nicolas Sarkozy, quien, la víspera de las primeras violencias, prometió que «limpiaría» los suburbios con poderosos detergentes y eliminaría a la «chusma». Sarkozy es también presidente del partido oficialista, UMP, favorito de los sondeos y rival de Chirac y de su protegido, Dominique de Villepin. Nadie sabe mejor que las elecciones de 2007, asumida la resignación ante la globalización ingobernable, se jugarán en torno al tema de la seguridad ciudadana. Entonces como ahora, se hallará expuesto a la tentación de encontrar fáciles chivos expiatorios. Y de ver solo delincuentes o extranjeros expulsables donde hay también promesas incumplidas, deficiencias del Estado y justificable malestar ciudadano.

Las primeras violencias en Clichy-sous-Bois fueron una reacción directa a la muerte de los dos jóvenes perseguidos por la policía. Dos semanas después, los habitantes de más de trescientas ciudades de Francia seguían viviendo con temor la llegada de la noche, con su cortejo inevitable de autos incendiados, edificios destruidos y enfrentamientos masivos entre jóvenes y policías. Gracias al profesionalismo de las fuerzas del orden

no se produjeron víctimas mortales. A diferencia de la larga historia de revueltas populares en Francia, nunca aparecieron dirigentes ni se formularon reivindicaciones. Y acaso por primera vez no se trataba de una protesta contra el sistema, sino por no poder entrar en él. La policía detuvo en total a tres mil personas, en su gran mayoría jóvenes de nacionalidad francesa sin antecedentes judiciales. Ninguna mujer.

Frente a esta situación explosiva, una clase política desubicada y empequeñecida por su calendario electoral. El silencio ensordecedor del presidente Jacques Chirac durante los primeros días de la crisis potenció la cacofonía de las interpretaciones. Un ministro atribuyó la crisis a la persistencia de la poligamia, el neoliberal de turno culpó a los «mantenidos por el Estado providencia», 153 diputados de derecha exigieron la prohibición de los principales grupos de «rapp», algún ensayista denunció un complot del islamismo y el filósofo Alain Finkelkraut creyó ser testigo de «un progrom contra la república». Cuando Chirac habló, lo hizo para proclamar el estado de emergencia y la autorización a los prefectos de imponer el toque de queda. Se «desempolvó» para eso una ley de 1955, aprobada para hacer frente a la cruenta guerra de Argelia. La oposición de izquierda, acaparada por sus pugnas internas y desorientada ante el tema de la seguridad, no logró hacer oír su débil voz. Todavía no parece repuesta de la autocrítica de Jospin. «Pensamos equivocadamente que la reducción del desempleo implicaría automáticamente la reducción de la delincuencia».

Desde entonces el gobierno ha endurecido su política frente a la inmigración (matrimonios mixtos, acceso a la nacionalidad, reagrupamiento familiar, visas para estudiantes) y ha restablecido las medidas sociales del gobierno anterior, abolidas el 2002: policía de proximidad, empleos subvencionados para jóvenes sin diplomas, financiamiento de asociaciones,



La promesa del Ministro del Interior de «limpiar» los suburbios y eliminar a la «chusma» agudizó la violencia, al igual que lo hizo el silencio del presidente Jacques Chirac en los primeros días de la crisis.

etcétera. Jacques Chirac ha anunciado también la creación de un Servicio Civil, capaz de cimentar la cohesión y la mezcla social, como hizo durante décadas el abolido servicio militar. Cosa excepcional para el jefe de Estado de un gran país, Chirac reconoció que Francia vivía «una crisis de identidad, de sentido y de referencias». El orgullo de ser «tierra de asilo y patria de los derechos humanos», reavivado por su oposición a la segunda guerra de Irak, se ha estrellado contra un malestar de causas múltiples, ninguna gloriosa. Y la vieja idea de la «república única e indivisible», que encarna valores universales y que solo reconoce individuos, pero no comunidades, se enfrenta al surgimiento plural de identidades comunitarias. La última, el 2 de diciembre, el Cran, Consejo representativo de asociaciones de negros. Pocos dudan de que

de una manera u otra se llegará a la discriminación positiva y que la exclusividad de rostros blancos en el parlamento, las grandes empresas y la televisión, como en Gran Bretaña y Estados Unidos, tiene sus días contados.

El 7 de diciembre se hizo público un documento de los servicios secretos que excluye que las revueltas hayan sido preparadas o manipuladas. Los especialistas de la inteligencia policial juzgan que se trató de una explosión de jóvenes a los que la sociedad niega trabajo, dignidad y futuro. «Como un acto suicida», comentó un comisario.

El demógrafo Emmanuel Todd, teórico de la fractura social, tiene otra convicción: «Los jóvenes que protestan en los suburbios están más integrados de lo que ellos mismos creen. Por eso mismo protestan». ■



La violencia vivida en París es un fenómeno que recorre muchos suburbios de ciudades industriales: bolsos de marginalidad y exclusión que no encuentran su ubicación en el mercado.

En Francia hay un París

JORGE LUIS CRUZ¹

La situación social en Francia tiene una sazón que podría confundirse con la peruana: protestas callejeras, racismo, falta de oportunidades, migración. Pero la distancia que separa al Perú de Francia ha crecido con los años, al punto que los escolares no pueden ubicar a los galos en un mapamundi. A pesar de la peliaguda crisis francesa, los peruanos siguen cruzando el charco, aunque valgan verdades, cada vez menos y sin el entusiasmo de antes.

Hace un par de semanas, una vozera de la policía francesa anunciaba que «durante la noche solo se han quemado 93 automóviles en las afueras de París», a diferencia de los cuatrocientos que ardían diariamente las primeras noches. Lo que debía sonar a tragedia, era la única señal de esperanza en un escenario de violencia y descontrol.²

En los suburbios parisienses reside un gran número de población migrante. Viven hacinados en grandes residenciales, y la mayoría son africanos y musulmanes. Los problemas a los que se enfrentan diariamente parecen calcados de un país como el Perú: son discriminados en las discotecas, no califican en las entrevistas de trabajo y son vistos con desconfianza por la población blanca. Son la versión *bleu* del «cholo de mierda» que, bastante más sofisticados, no solo queman llantas, sino el carro entero.

Probablemente los franceses nunca han hojeado un periódico peruano, y leer diariamente sobre vandalismo y protestas debe causarles estremecimiento y herirles el orgullo. Los que protestan son jóvenes sin perspectiva, sin trabajo, y molestos con un gobierno que, según ellos, los ha olvidado.

1 Estudiante de la especialidad de periodismo de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.

2 Las protestas comenzaron a inicios de noviembre, cuando dos jóvenes de origen africano —ambos menores de edad— murieron electrocutados luego de escalar la pared de una subestación de energía eléctrica y caer encima de un transformador. Aparentemente, estaban escapando de la policía. Estos dos jóvenes eran negros, pobres y anónimos, como muchos habitantes del suburbio de Clichy-sous-Bois, al noroeste de París.

Imagino a algunos compatriotas participando en esas protestas. Peruanos que viajaron a Francia con la esperanza de vivir el pluralismo europeo, el estado de bienestar y terminaron recreando la misma situación que vivían en el Perú.

El Perú se ha convertido en un país exportador de peruanos básicamente de dos tipos: los primeros son los que viajan conscientes de las dificultades de ir a una tierra extraña. Han asimilado la frustración y la soledad antes de vivirla y parten con la consigna de sacarle el jugo a la experiencia. No son los que van por dinero, sino por la oportunidad de mamar de la cultura, la bohemia, la bebida y las mujeres de su nuevo país. Probablemente en pleno *tour* francés, si es el caso, piensan en Vallejo y otros poetas, novelistas, pensadores y peruanos en general que la hicieron en el extranjero.

El otro grupo es menos afortunado y menos preparado para un viaje tan largo. Son los que viajan escapando de la marginalidad, de la falta de oportunidades y del estrés de vivir en el Perú. Son los que van en busca de mejores ingresos y el ascenso social fruto de su trabajo, los que creen a ciegas en las maravillas del primer mundo. Son, en resumen, a los que la realidad los agarra de lleno, lejos de sus casas, sin un cobre en el bolsillo, ni fuerzas para luchar en el extranjero contra la misma situación de la que escaparon. Es en esta clase de compatriotas en los que pienso cuando leo sobre los disturbios en las afueras de París.

Literalmente están entre la espada y la pared. Viajaron con el sueño del primer mundo y viven como en el tercero. El gobierno francés ha declarado que si se repiten disturbios como los del mes

pasado, todo extranjero que participe de ellos será arrestado y deportado con las mismas. En esta época en la que la jerga turística se ha instalado en el ámbito económico y se declara el fin de las *fronteras comerciales*, hablar de 'migración' suena a *contrabando*.

Para estos peruanos, y africanos, magrebíes y musulmanes, el drama no acaba con la primera generación que cruzó el charco. Sus hijos, y los hijos de sus hijos, no tienen más oportunidad que sus padres. Algunos franceses, los blancos de pura cepa, no les perdonan llamarse Sownen o Alí, ni ser de ascendencia extranjera. Para estos jóvenes la situación no pinta bien: «Francia hay dos: la blanca y la del resto».³

Pero la marginación en las sociedades modernas es también una forma de adaptación: se agrupan alrededor de su exclusión, crean una identidad y una nueva forma de ser franceses. Crean nuevos modales, nuevas costumbres, nuevas modas y nueva música. Y luego son imitados y comienza su asimilación. Así de fácil escrito en el papel, pero en realidad este es el camino largo y duro. Muchos iconos musicales salidos de estas cante-ras profetizaban en sus canciones el fuego que se prendió en Clichy-sous-Bois hace un mes. En 1995, el rapero Joey Starr lanzó la canción «Ellos no entienden», que en una de sus estrofas dice: «¿Qué es lo que estás esperando para encender el fuego? / Los años pasan pero todo sigue igual / Y yo me pregunto: ¿cuánto puede durar?». La canción «Frente a la policía» del grupo 113, proféticamente canta: «Mejor que la policía no cometa un error, o la gente se levantará / La ciudad es una bomba de tiempo».

Esta Francia quebrada en identidad también es acusada en la otra vereda. Tras el inicio de las protestas, muchos parisienses declaraban que la situación no era solo culpa del gobierno, sino de

los propios migrantes y su descendencia, incapaces de adaptarse a la manera de *ser francés* de los franceses. Probablemente piensan en la experiencia exitosa de miles de extranjeros que nunca tuvieron las dificultades que ahora se denuncian. Pero ojo, que una adaptación con todas las de la ley tampoco parece una salida exitosa en la generalidad de los casos.

Cuando en 1998, en la final del Mundial de Fútbol, Francia sellaba el tres a cero contra Brasil de París, algunos franceses tenían el televisor apagado, dolidos en el orgullo por ver que su equipo, mezcla de razas y naciones,⁴ no representaba a la Francia de los franceses.

El español Javier Reverte, en su ilustrada crónica sobre Francia, afirmaba que este país a lo largo en su historia ha gozado de «invadir más veces a sus vecinos que los otros a él. Incluso a los alemanes, aunque a primera vista parezca lo contrario». Pero ahora, sin tener de por medio guerras o revoluciones, el proceso se invierte y Francia está abierta y vulnerable a las nuevas migraciones, que poca gracia debe causar al sentido patriótico del francés.

La efervescencia que hace cuatro décadas contagió al mundo Mayo del 68 es

3 Declaración hecha al portal de la BBC en español por Federico, un joven francés de origen latino que vive en el suburbio de Bondy, en las afueras de París.

4 El defensa Marcel Desailly nació en Accra, Ghana; el padre del creativo Zinedine Zidane es de origen argelino; el padre del volante Yuri Djorkaeff es armenio y fue el técnico de la selección de fútbol de su país; el mediocampista Christian Karembeu nació en Lifou, Nueva Caledonia; el marcador Ibrahim Ba, nació en Dakar, Senegal; los padres del lateral Bixente Lizarazu son vasco-franceses; el delantero David Trezeguet es franco-argentino. Seis de los siete jugadores mencionados fueron titulares de la selección francesa que ganó en 1998 el Mundial de Fútbol en su país. Y una más para el libro: el apellido de Michel Platini, capitán e ídolo histórico de la selección gala en las décadas de 1970 y 1980, es de origen italiano.

pieza de museo. Las protestas desatadas en los suburbios parisienses, en este lado del mundo, casi no llamaron la atención y apenas nos enteramos por la escuálida sección internacional de los diarios. Desde Lima, París suena lejana. El Perú ya no mira hacia la Costa Azul, sino que

Viajamos para comprar, de vacaciones y para trabajar, por lo general siguiendo la pista de un pariente que se nos adelantó. Francia, dentro de esa línea, es muy cara, está muy lejos y no tiene tanto trabajo. Además que los conocidos escasean por allá.



Comparada con la última ola de violencia en París, la rebelión estudiantil de mayo de 1968 es una pieza de museo. Eran otras razones, otros rostros. (Foto de Giancarlo Botti)

busca su camino hacia la Florida. Para la mayoría de peruanos, Francia solo evoca panes, quesos, vinos y buenos perfumes, y a los jóvenes el país galo nos resulta tan exótico como nosotros lo debemos ser para ellos. La televisión y los periódicos no nos han preparado para comprender esa forma de ser franceses de los franceses.

La apuesta de vida que significa ir a Francia ya no es atractiva para el Perú.

«Todos debemos vivir en Francia alguna vez; sobre todo si somos jóvenes, sobre todo si es París», dice entusiasmado Reverte. La tradición de peruanos en Francia es de larga data, pero escasa en la última década. Ojalá que quienes estén pensando en emprender el largo camino a tierras galas ubiquen bien en su mapa el lugar al que quieren llegar. No vaya a ser que cualquiera de estas noches sean sorprendidos en la vereda equivocada. ■



Cuando París ya no es una fiesta

RUTH MARÍA TIMANA LA ROSA¹

UNMSM-CEDOC

desco

El ejemplo francés nos muestra los límites y el revés de la medalla del particularismo cultural. La diferencia sexual es un dato biológico que no predestina a roles ni funciones sociales. No existe una psicología masculina y una psicología femenina impenetrables.

Los avances logrados por las mujeres en la sociedad francesa (la independencia económica, el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, y la autonomía social, es decir, la respetabilidad, el hecho de ser respetada y hacerse respetar sin necesariamente tener el estatus de esposa de..., o hija de...) han contribuido a cuestionar estereotipos supremos y todopoderosos, y a abrir múltiples posibilidades de identificación a los géneros. Estos avances han sido y son aún cuestionados por el islam difundido en ciertas banlieue: una doctrina que señala a la mujer como inferior al hombre.

Bajo el lema del respeto a la diferencia cultural, y de condiciones económicas y sociales asignadas a los inmigrantes venidos después de la Segunda Guerra Mundial, una situación particular de violencia se ha desarrollado en los barrios populares.

La torre Eiffel, el Louvre, Notre Dame de París y otras representaciones forman parte del imaginario colectivo cuando hablamos de Francia. Menos representativas son las imágenes del SDF (sin domicilio fijo), la deserción escolar, la tasa de desempleo (9,9 por ciento), o las cifras de la violencia conyugal (10 por ciento de mujeres son víctimas).

En efecto, después de los avances jurídicos, sociales y políticos (en 1967 la ley que autoriza la anticoncepción, y en 1975 la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo) obtenidos en la década de 1970, y que marcan la predominancia de la cultura sobre la naturaleza, se observa una regresión en las condiciones sociales y económicas de las mujeres.

Representamos aproximadamente el 46 por ciento de la población económicamente activa (80 por ciento de 25 y 49 años) y continuamos siendo las más expuestas al desempleo y a los empleos precarios. De los 4 millones de puestos de trabajo de medio tiempo —sea este escogido ya que permite la conciliación entre vida profesional y vida familiar, o sopor-tado a falta de encontrar un trabajo a tiempo completo—, 83 por ciento están ocupados por mujeres. Por el mismo puesto, una mujer gana 25 por ciento menos que un hombre. Altamente representadas en los servicios administrativos y en los servicios ofrecidos a las personas y a las empresas, las mujeres nos mostramos más discretas en la industria del automóvil, en la construcción de obras públicas, en la ingeniería informática o en la investigación científica. Y somos rarísimas en la cima de la pirámide: solo 30 por ciento

1 Estudió sociología en la PUCP. Radica en Francia.

ocupan puestos de dirección (paradójicamente, representamos el 55 por ciento del conjunto de diplomados), 3 por ciento son PDG (presidentas, directoras y gerentas) de empresas con más de quinientos empleados y estamos también subrepresentadas en los órganos de decisión de las grandes sociedades, en la administración pública y en los sindicatos.

Del total de personas beneficiarias de la renta mínima vital (RMI), 80 por ciento son mujeres y la tasa de desempleo femenino es más elevada que la de desempleo masculino. Más difícil de enumerar y observar estadísticamente es la degradación de las relaciones sociales entre los jóvenes y las jóvenes, particularmente en las zonas desfavorecidas. ¿Qué condiciones sociales pueden explicar esta situación inédita en Francia? ¿Qué es lo que en la sociedad francesa genera las condiciones sociales que favorecen estas conductas y diferencias?

EL MALESTAR DE LA BANLIEUE Y LA FRACCIÓN SOCIAL

La situación de precariedad económica y gueto social que se ha ido constituyendo desde hace varias décadas en ciertas *banlieue* (barrios compuestos de conjuntos habitacionales situados en la periferia de las ciudades), es una de las principales causas. En efecto, es en estas zonas que se encuentran las tasas más altas de analfabetismo, de deserción escolar, de desempleo, y en general de bajos niveles de vida. En estas zonas el porcentaje de inmigrantes provenientes principalmente de África del Norte y de las ex colonias francesas es importante. Anotemos que la inmigración de la primera generación fue considerada como temporal, mano de obra barata y sumisa, y no fue organizada como una inmigración de instalación. Los migrantes de la primera generación fueron traídos para cubrir la necesidad de mano de obra para la reconstrucción del país luego de la Segunda Guerra Mundial. Así, hasta la década de 1970 los

inmigrantes fueron más bien de sexo masculino, analfabetos, de origen rural y de confesión musulmana. La crisis petrolera de 1974 cambió brutalmente las orientaciones de esta tendencia migratoria, en ambos agentes. Por una parte, los inmigrantes no realizaron la migración de regreso, a pesar de los incentivos económicos propuestos por el Estado francés. Al contrario, los trabajadores extranjeros hicieron migrar a familias enteras y se instalaron en el territorio. Por otra parte, el gobierno, a consecuencia de la ausencia de una política de inmigración y de un proyecto de largo plazo con las poblaciones inmigrantes provenientes de las ex colonias, debió improvisar una política de instalación. La construcción de grandes torres habitacionales permitió ubicar a estas familias en un hábitat decente, y a los obreros dejar «el cuarto de hotel».

Pero estos conjuntos habitacionales alojaron también en sus inicios a una clase media en crecimiento, que abandonó estas zonas conforme lograba acceder a la propiedad privada y a medida que estas se pauperizaban. Cuando la crisis económica se profundiza, el Estado,² los empresarios y la clase media fueron desocupando estos barrios. La ecuación *banlieue* igual «barrio difícil» iba ganando terreno. Las políticas de la ciudad para restaurar la arquitectura de estas zonas, y con ello, intervenir en el tejido social, se sustituyen sin mayores resultados. La discriminación social y la crisis económica han alimentado un profundo sentimiento de abandono en la tercera generación de inmigrantes, que son franceses y escolarizados.

En los últimos años, ciertas *banlieue* (Maintes la Jolie, Basseau) concentran una población en situación de pobreza extrema (beneficiarios de la renta mínima, refugiados políticos, etcétera) y que atraviesa diversas situaciones de ruptura

2 Los servicios públicos —correos, comisarías, escuelas— fueron cerrados.

sean de orden psicológico, económico o social. En estos barrios, los servicios públicos han sido reducidos al mínimo y no existen comercios. Las diferencias entre lo que Alain Touraine ha denominado «el centro y la periferia» continúan acentuándose, a pesar de las promesas del candidato Chirac de atacar la fractura social.

CUANDO LAS LEYES SE VUELVEN RELATIVAS

La tolerancia de la poligamia, la poca indignación que causaba la cliterectomía de las niñas venidas de África, permitieron espacios para el mantenimiento de prácticas culturales y sociales del país de origen que cuestionaban la igualdad entre los sexos y la predominancia de la cultura sobre la naturaleza. La república fue sorda a los gritos de las niñas, adolescentes y mujeres que pedían que les fueran aplicadas las mismas leyes. La universalidad de los derechos humanos fue relativizada. Bajo el lema del respeto de las diferencias, las leyes de la república fueron aplicadas en función de la cultura, frenando así el proceso de «integración» de las generaciones siguientes, que a pesar de acceder a la instrucción y enfrentar en el espacio privado la cultura patriarcal, tienen aún que enfrentar en el espacio público la representación social de sus ascendientes (analfabetos, campesinos).

A esta cultura patriarcal se suma el repliegue sobre la tradición religiosa, que transmite una concepción no igualitaria de los géneros y que asigna a hombres y mujeres un destino en función de su sexo. El discurso de la anticoncepción o de la interrupción voluntaria del embarazo, del poder de las mujeres de decidir sobre sus

cuerpos, largamente difundido en otras esferas de la sociedad, está lejos de estos barrios. Vemos entonces a adolescentes usar el velo islámico en los colegios públicos, esconder sus cabellos y su femineidad, para no ser objeto de deseo. Sin el velo islámico, la mujer es provocadora, por ende, responsable de la provocación y de sus consecuencias. La mujer es culpable de despertar deseos impuros, mientras que el hombre es inocente de sentirlos. El cuerpo de la mujer es una amenaza que hay que asexuar y convertir en inofensiva. Para un porcentaje de estas adolescentes, usar el velo islámico es una manera de responder a la discriminación étnica, cultural, social y política de la cual son víctimas. Ya que la república nos asigna los últimos lugares, el retorno a la herencia cultural y la religión aparece como una manera de apropiarse de una identidad positiva, valorizante y valorizada por el otro. Para otras adolescentes, el velo islámico les permite negociar espacios de libertad para obtener autonomía.

El debate público sobre el uso del velo islámico se enfocó sobre el ángulo del islam conquistador y se mantuvo indiferente frente a las injusticias sociales, económicas y culturales que vivían estas jóvenes en las zonas prioritarias.³ Se dejó germinar en este periodo, en estos espacios, un concepto esencialista, particularista del género, y la aplicación de las leyes se volvió relativa, legitimando así la violencia y las discriminaciones.

LA DISCRIMINACIÓN

Ocultada durante muchas décadas, la discriminación es parte de la vida cotidiana. Para los jóvenes extranjeros o de origen extranjero, las discriminaciones se dan en el acceso a los alquileres, al trabajo, el ingreso a las discotecas, y en los servicios públicos. A causa del color de la piel, del acento árabe de sus apellidos, o en función del barrio en donde viven, se ven excluidos de los derechos más fundamentales.

3 Zona prioritaria es una clasificación política que designa los territorios que merecen una mayor inversión económica del Estado, a fin de paliar la falta de dinamismo económico, cultural y social. En la mayoría de estas zonas las cifras de la delincuencia, analfabetismo y desempleo son altas.



Suburbio de excluidos. Choque de culturas en entrecasa.

Las cifras del desempleo ilustran esta situación.⁴ Según Michèle Tribalat, la tasa de desempleo entre los jóvenes de origen argelino que tienen entre 20 y 29 años de edad es de 31 por ciento, mientras que para el conjunto de jóvenes de este mismo grupo de edad la tasa de desempleo es del 15 por ciento. Además, 34 por ciento de jóvenes de origen argelino que han cursado el BAC,⁵ e incluso más, no tienen empleo, contra 9 por ciento en el conjunto de jóvenes en Francia.

Estas cifras sirven para constatar el grado de las discriminaciones, y en particular la manera en que son afectados los jóvenes

del sexo masculino. En la sociedad occidental, el trabajo constituye, como lo señala Gorz, el pilar de la identidad, pero está ausente. ¿Cómo estructura su identidad en estas condiciones un joven? La cultura y el islam que valorizan el «ser hombre», el «tener un sexo masculino»,

4 Si bien la segunda generación ha podido aprovechar los frutos de los treinta gloriosos años de la economía francesa, y de la pluralidad y la mezcla de clases en sus barrios en los años de instalación, la tercera generación ha sido afectada masivamente por la crisis económica.

5 Equivale al final de los estudios secundarios más dos años de universidad.

es decir, «la naturaleza», el dato biológico, aparecen como referencias que les conceden una mirada positiva. «Sostener los muros», «calentar las losetas», «controlar a las jóvenes del barrio» (guardianes del honor de la familia y del barrio) se convierten en actividades cotidianas. Lo que pertenecía antes a la gestión del *pater familias*, pasó a ser una gestión del conjunto de jóvenes del barrio, de los imanes autoproclamados, y del más fuerte. El control que se ejerce sobre las jóvenes, vía la reputación, busca influenciarlas en sus modos de vestir⁶ y despojarlas de sus derechos a decidir sobre sus cuerpos y sus destinos, así como de sus derechos de intervenir en el espacio público (en la escuela, en el trabajo). Este control constituye una forma de violencia. Violencia psicológica que se convertirá en violencia física si las jóvenes rechazan someterse y se rebelan contra la «autoridad».

La clausura de los servicios públicos, la partida de la clase media y el cierre de los comercios existentes en estos barrios han creado las condiciones y favorecido la libre difusión de discursos racistas, sexistas y de exclusión. Frente al abandono del Estado, se dejó un libre uso de las leyes. La ley del silencio se erige como medio regulador de la vida social en el barrio. Como señala Dider Lapeyronnie: «en estas zonas no se puede hablar de comunitarismo ya que no existen lazos de solidaridad; es un espacio de vacío social».

Quedan como preguntas el rol jugado por los representantes del Estado, los trabajadores sociales, los educadores populares, supuestos agentes de modernización y de construcción del tejido social en estos espacios.

La violencia sexista se desarrolla también en las sociedades occidentales. Hay que esperar el año 2003 y el drama de Sohane, de 17 años, quemada viva por

6 Dos representaciones sociales totalmente maniqueas están en circulación: las jóvenes que no usan el velo islámico son consideradas como putas, impuras, occidentales, afrancesadas y libertinas; y las jóvenes que usan el velo serán respetadas y elevadas al rango de «intocables y sagradas».

una banda de jóvenes en el sótano de su edificio por haber dicho «no», para que el Estado y las feministas sean conscientes de la decepción que vive la juventud (varones y mujeres) de los barrios populares, que se siente relegada y desprotegida por el Estado. Un grupo de jóvenes (tres mujeres y dos varones) van a recorrer Francia para sensibilizar a la opinión pública sobre esta situación. Con el lema «Ni putas ni sumisas», una parte de la población de estos barrios dice «no a la violencia, no a la ley del silencio», y manifiesta un rechazo al particularismo cultural, que bajo el *leitmotiv* del respeto de la diferencia tolera relaciones sociales desiguales entre los sexos, las nacionalidades, las culturas y las religiones. Este nuevo feminismo defiende tres valores: la igualdad de derechos y de oportunidades, los espacios mixtos en las escuelas e instituciones del Estado y la secularidad.

La secularidad es una de las condiciones de la emancipación de las mujeres. Recordemos que en Francia, hasta el año 1905, la educación de las mujeres estuvo en manos de la Iglesia católica. El fin de este monopolio permitió a las mujeres proyectarse en el futuro, más allá de los roles tradicionales de madre y esposa. La secularidad es también una cultura, un *ethos* que permite liberarnos de todo «dogmatismo» y de todo discurso que nos encierre en destinos preestablecidos en función de nuestro sexo. El principio de secularidad es para este feminismo un aliado de la emancipación de mujeres y de varones. Es, también, un modo específico de encarnar valores comunes y de responder a la violencia sexista y a la discriminación social. Si bien las mujeres inmigrantes sufren la doble discriminación —como mujeres y como inmigrantes—, esta situación no les otorga el derecho de convertirse en verdugos. Como señala Elisabeth Badinter, no debemos abandonar el poder de decidir sobre nuestros destinos y rechazar toda idea de un destino prefabricado y de la existencia de roles exclusivos y excluyentes para las mujeres y los varones. ■



Bad boys: Condoleezza Rice, George W. Bush y Donald Rumsfeld, halcones de vuelo rasante. Si no eres como ellos, eres sospechoso.

Buscando un ajedrecista para la política exterior estadounidense

OMAR HANDABAKA*

En los últimos años, no solo los aficionados al ajedrez sino también el gobierno de Estados Unidos se preguntaban por el paradero de Bobby Fischer. El ex campeón mundial de ajedrez de la década de 1970, considerado prácticamente héroe norteamericano en la guerra fría, había desaparecido del mapa. Los ajedrecistas especulaban sobre sus supuestas presencias en Internet, y el gobierno lo veía conspirando. El delito del ajedrecista: haber jugado en 1992 la partida de revancha contra Boris Spassky en la Yugoslavia de Milosevic, cuando esta se encontraba bajo embargo internacional. Estados Unidos ordenó su captura internacional.

Cuando a mediados de 2004 la policía japonesa lo detuvo, se inició una partida de ocho meses que Bobby Fischer logró vencer, al obtener, en la cárcel japonesa, la ciudadanía de Islandia, con lo que logró no ser deportado a Estados Unidos y recuperar su libertad.

Este despliegue desproporcionado y absurdo del aparato gubernamental de la única superpotencia de nuestros días, presionando a los gobiernos y parlamentos de Japón e Islandia para detener a un hombre desinteresado y ermitaño, encaja muy bien con el momento de desbarajuste por el que pasa la política exterior de Estados Unidos.

ANTECEDENTES

A mediados de la década de 1990, después del fin de la guerra fría, la potencia mundial no tenía enemigos, el Congreso exigía

codeterminar la política exterior y en la opinión pública reinaba un desinterés creciente por los asuntos internacionales. Al otro lado del Atlántico los europeos, con una política exterior en construcción, acostumbrados al liderazgo estadounidense, no eran capaces de resolver conflictos en la misma Europa, y en Asia regía una parálisis frente a la nueva amenaza China.

El presidente Clinton inició, por una parte, una política de multilateralismo agresiva, que abandonó rápidamente por la resistencia y oposición del Congreso; y, por otra parte, un esfuerzo por resolver o moderar conflictos internacionales como en la ex Yugoslavia y en el Cercano Oriente.

La agenda del gobierno de George W. Bush tenía como temas importantes el sistema de defensa de raquetas y el del Protocolo de Kyoto. No cabía duda de que el nuevo Presidente impondría, sin miramientos, los intereses de Estados Unidos.

Pero donde el contraste en la política exterior se hizo palpable fue en el cambio abrupto de la estrategia que se seguiría en el Cercano Oriente. Allí, George Bush redujo al mínimo el papel de mediador de Estados Unidos, lo que significó una invitación a los radicales de ambos lados para entorpecer el proceso de paz. La intifada y las acciones militares del gobierno de Sharon escalaron en forma incontrolada.

EL 11 DE SEPTIEMBRE Y LA DOCTRINA BUSH

Con los atentados del 11 de septiembre se hizo evidente que Estados Unidos es vulnerable; pero, a diferencia de su vulnerabilidad frente a las armas nucleares de la

* Polítólogo de nacionalidad peruana graduado en la Universidad de Münster, Alemania.

Unión Soviética, donde existía una relación simétrica por la capacidad de destrucción de ambos lados, ahora la sociedad estadounidense es asimétricamente vulnerable.

Con esta situación cambió el contexto de las decisiones de política exterior. Se presentaban las condiciones propicias para que el Presidente reivindicase la dirección de la guerra y reciba la más amplia libertad para actuar. El apoyo brindado por el Congreso fue incondicional.

La respuesta de la élite conservadora radical a estos atentados fue la guerra global contra el terrorismo, que correspondía a sus preferencias en política exterior. El Presidente hizo suya esta respuesta y la patrocinó vehementemente y ofensivamente. En sus discursos del 20 de septiembre de 2001 y de enero de 2002, centrados en el terrorismo, George W. Bush evitó hacer un análisis profundo. No se cuestionó los motivos y causas de este, y mucho menos se tocó la política estadounidense en el Cercano Oriente. Así, la discusión sería y profunda estuvo ausente en la opinión pública y también en el Congreso.

El anuncio de emplear el poder militar en forma preventiva contra organizaciones terroristas, contra Estados que las apoyen o contra aquellos Estados que posean armas de destrucción masiva, no resultaba del todo nuevo en la política estadounidense. Esta posibilidad ya estaba contemplada, por ejemplo, para la desactivación de instalaciones dedicadas a la construcción de armas de destrucción masiva. La gran diferencia radica en que esta medida era de carácter excepcional y estaba inserta en la política de contención de dictadores. Con la nueva doctrina se desecha la política de contención contra dictadores a cambio de promover los ataques preventivos.

Para poner en marcha la doctrina Bush del ataque preventivo basta una sospecha de amenaza de actos terroristas o de ataques con armas de destrucción masiva,

con lo que se neutralizaría a los potenciales agresores justo antes de que estén en condiciones de infligir mayores daños.

Obviamente, debido a que esta estrategia es entendida como una autodefensa legítima, la decisión de un ataque militar preventivo la tendría exclusivamente Estados Unidos, dejando de lado los mecanismos de control y de fomento de la paz internacional.

El riesgo para la paz mundial de esta estrategia es incalculable, pues una falsa evaluación del (supuesto) peligro implicaría más de una guerra innecesaria, por las altas probabilidades de una reacción en cadena. Incluso partiendo de una buena evaluación del peligro, la ventaja militar abismal que posee Estados Unidos no asegura que una guerra sea un paseo, como lo demuestra el caso de Irak.

El error de esta estrategia es que en el fondo está centrada y dirigida a Estados enemigos. A diferencia del ataque de Pearl Harbor, en los atentados del 11 de septiembre no había Estado al cual atribuir los ataques directamente. Sin embargo, se insiste en una estrategia frontal contra Estados. Esta es una muestra más del desconocimiento de la compleja red del terrorismo islamista.

Como con esta estrategia no se logrará influenciar a los grupos terroristas, es sumamente incierto pensar que los Estados bautizados por ellos como Estados *canallas* se dejen impresionar por esta política.

Esta doctrina fue complementada a fines de 2002. Estados Unidos promovería la democratización, sobre todo en el mundo árabe, en forma dirigida y gradual, con el objetivo de reducir el caldo de cultivo estructural e ideológico del terrorismo.

La guerra contra Irak representa el prototipo de la nueva estrategia: se lleva a cabo un ataque preventivo y se promueve la democracia. La pregunta es si esta nueva política se puede permitir tener como base ficciones, mentiras y caprichos. La guerra contra Irak no tenía nada



La administración Bush ha mezclado peligrosamente religión y política, haciendo de Estados Unidos un lugar altamente fanatizado y ultraconservador. ¿Dios será gringo?

que hacer con el nuevo peligro, con el nuevo tipo de terrorismo.

Lo que se consiguió con esta guerra, en primer lugar, fue descuidar gravemente las iniciativas para contrarrestar el potencial para reclutar terroristas, pues la administración Bush desplazó recursos financieros, militares y del servicio de inteligencia destinados a la lucha contra el terrorismo islamista para ponerlos al servicio de la guerra en Irak.

UNILATERALISMO A ULTRANZA

Esta columna de la política exterior estadounidense viene acompañada por un unilateralismo dominante, que expresa su rechazo a la integración internacional. Instituciones y tratados que pudieran significar algún tipo de limitación a su soberanía, por más mínima que esta sea, provocan exclusivamente repudio en Estados Unidos.

El desprestigio de la política exterior de Estados Unidos en el sistema internacional es comprensible. Hay una larga lista de temas y organizaciones internacionales en los que Estados Unidos ha mostrado desinterés; asimismo, se ha esforzado por obstaculizar el desarrollo de acuerdos, llegando incluso a boicotear iniciativas importantes para lograr acuerdos internacionales.

Estados Unidos viene tomando distancia sistemáticamente del derecho internacional y de acuerdos internacionales. Menos de la tercera parte de los acuerdos multilaterales son ratificados por ese país. Los temas dejados de lado cubren todo el espectro imaginable: protocolos adicionales a la convención de Ginebra, convención contra la discriminación de la mujer, por los derechos de los niños, sobre los derechos del mar, eliminación de armas químicas, eliminación de las minas personales —a pesar de que este acuerdo se logró por iniciativa de un movimiento nacido en Estados Unidos premiado con el premio Nobel—, Corte Penal Internacional, ratificación del Protocolo de Kyoto para el medio ambiente... Y por si esto pareciera poco, los representantes de la Casa Blanca incluso estuvieron en contra en el tema *doping* (!) y solo a último momento firmaron el código antidoping del comité olímpico internacional.

En un asunto en el que la actitud de Estados Unidos llega al nivel más bajo es frente a las Naciones Unidas, institución fundada por iniciativa estadounidense. Las fuerzas conservadoras han visto siempre en este organismo una restricción a la libertad de acción de Estados Unidos y el peligro de que se establezca una especie de gobierno mundial. Con el fin de ejercer presión, Estados Unidos dejó de pagar sus cuotas llegando al extremo de condicionar la cancelación de estas a que la ONU desista de apoyar el control de la natalidad por medios artificiales.

BALANCE

Si los intereses nacionales prioritarios de Estados Unidos son la preservación de su posición hegemónica, su seguridad y su bienestar, el camino elegido es el peor de todos, pues la actual política de ataques preventivos en defensa propia y de rechazo a las instituciones y a la cooperación internacional le traerá todo lo contrario.

Hacer del empleo del poderío militar no la última sino la primera instancia de su estrategia política mundial implica un riesgo incalculable, no solo para todo el sistema internacional sino también para el propio país.

Por más justificada que sea una guerra nunca se obtendrá nada positivo si no se logran consensos entre los aliados, en la mayor parte de la comunidad internacional y en la sociedad o país que se quiere «ayudar». Eso es lo único que puede reducir sospechas, evitar resistencias y abrir posibilidades de cooperación. Esas son las enseñanzas de las experiencias en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, o en la ex Yugoslavia.

Si el compromiso de promover la democracia es serio —a pesar de que sirvió como marco de legitimación para la guerra de Irak—, permitiría ver una senda de esperanza. Pero mientras este cambio en el discurso no esté acompañado por una política de hechos, será un motivo más de frustración, rechazo y odio hacia Estados Unidos.

La política exterior de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial estuvo dirigida hacia un sistema internacional, con organizaciones multilaterales. Esa disposición para la cooperación en organizaciones internacionales la diferenció y le dio una ventaja considerable en la guerra fría. La visión de un orden multilateral no se basa en un idealismo ingenuo, sino es el sustento para una



Diseñar la política exterior de una potencia mundial requiere estar dotado del genio y la habilidad de un jugador de ajedrez. O al menos seguir los consejos de Bobby Fischer: respetar las reglas de juego y no patear el tablero.

política estable, previsible, de una potencia mundial. Darle la espalda a esta política significa aislarse y fomentar frentes y coaliciones no solo entre enemigos, sino incluso entre sus aliados.

La administración Bush no debe olvidar que el muro de Berlín no fue derribado por ejércitos sino por miles de personas desarmadas. Esto fue el fruto de una política consistente que en conjunto se complementaba y guardaba armonía. No solo fue la política de contención de Kissinger, sino también la política de acercamiento al Este de Willy Brandt. El trabajo de los aliados en la OTAN habría sido siempre incompleto sin el trabajo conjunto de las

democracias occidentales en organizaciones internacionales, especialmente en la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE).

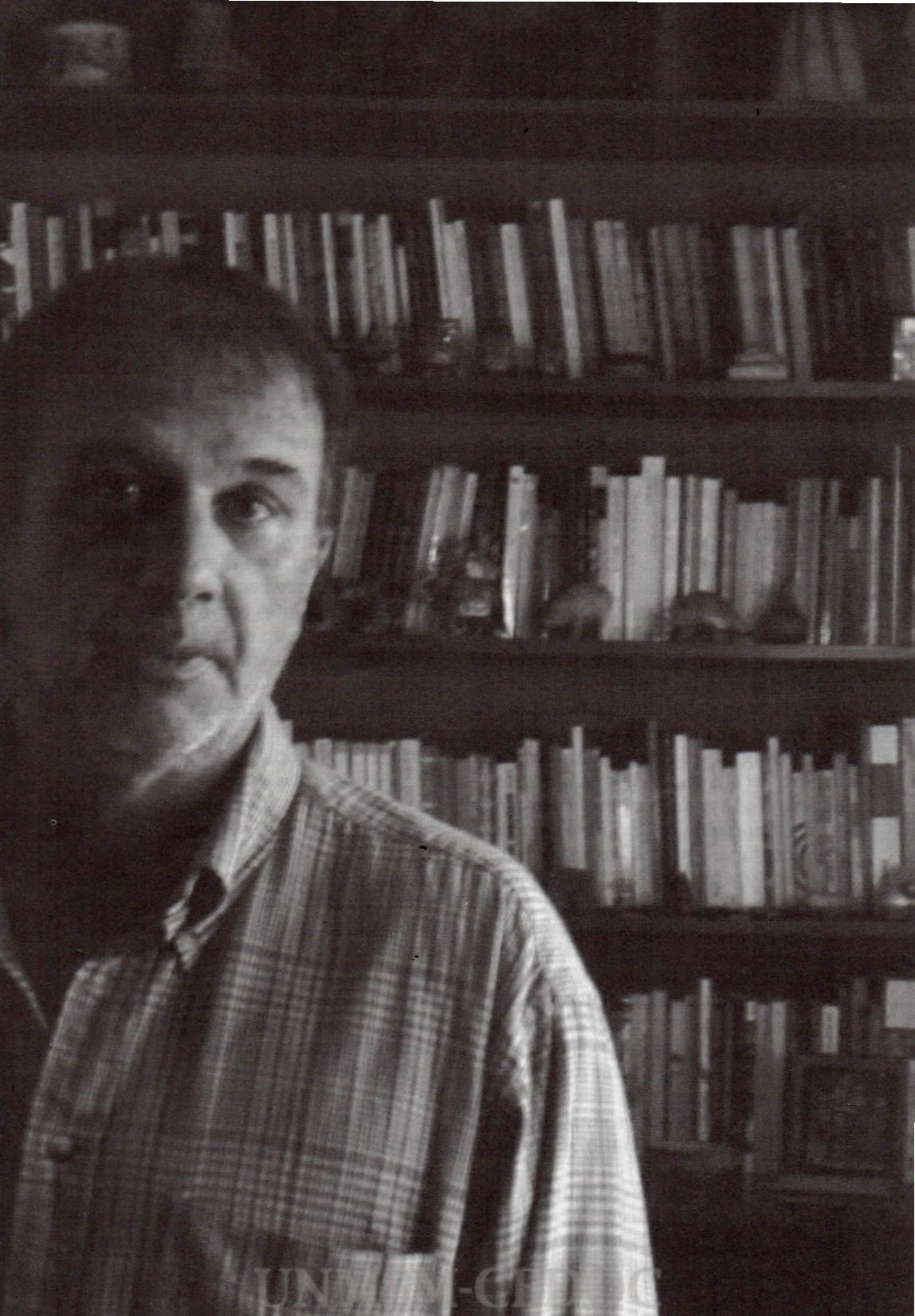
Que diseñar y ejecutar la política exterior de una potencia mundial no es fácil, no cabe duda. Para eso se necesitan cualidades propias de un jugador de ajedrez. Quizá esta sea una de las razones por las que Bobby Fischer fue tan buscado por el gobierno de Estados Unidos. Por lo pronto, lo que sí nos podemos imaginar son los dos primeros consejos de Bobby Fischer a la administración Bush: respetar las reglas de juego y no patear el tablero. ■

Viajes al ombligo del mundo

UNA ENTREVISTA CON RAFO LEÓN POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

Creador de la archifamosa China Tudela, personaje malditamente limeño, Rafo León, periodista y escritor, es también un viajero que ha recorrido si no todo, casi todo el Perú. Durante la dictadura militar de Morales Bermúdez fue miembro del famoso «comité divertido» del semanario humorístico Monos y Monadas, donde nació la China y su otrora novio Pepe del Salto. En la década de 1980 formó parte del grupo de teatro Telba. En 1991 publicó un conjunto de relatos breves: Los actos gratuitos. Desde 1999 conduce el programa Tiempo de viaje en un canal de cable. Su libro, Viajes de perro, es un peregrinaje sincero a través del paisaje más arduo e intenso: el interior.

Foto de Carla Levi



UNIVERSITY OF CALIFORNIA



Qué es el viaje para ti?

Para mí, sigue siendo lo que empezó a ser cuando me decidí a viajar de manera independiente. Es una época que la ubico en mi juventud primera, a los 16 años, cuando entro a la universidad y me libero del peso de la familia. Uso el viaje para descubrir una cosa que me ayudó muchísimo: que no era el niño tímido y débil que yo creía, sino que podía tener piernas fuertes, que podía pararme con otros amigos en la carretera, levantar el dedo, subir a un camión y llegar a cualquier sitio. En ese sentido fue una iniciación en mi masculinidad muy importante. Había pasado demasiado tiempo encerrado, deprimido y, sobre todo, recortado, pensando que no tenía las dotes que el medio exige a un muchacho, y de pronto descubrí que sí las tenía y que, además, ejercerlas me daba mucha felicidad. Es una época en la que era perfectamente posible viajar de esa manera, con casi nada de plata en el bolsillo. Los camioneros te llevaban, los ayudabas, porque les hacías conversación y no se dormían; llegabas a cualquier lugar y pedías hospedaje en una comisaría y te hospedaban. Me ha pasado muchas veces, llegar y decirle al tombo: «Jefe, ¿nos podemos quedar acá?». «Claro». Arrimaba su catre y te daba el piso para tirar la bolsa de dormir. Y todo eso además en un contexto generacional en que era parte del destete, del descubrimiento, largarse a buscar cosas que parecía que no existían o buscar mundos distintos, alternativos.

¿Viajar por el Perú es viajar a la provincia? Tú eres provinciano. ¿Cuánto de aventura tiene?

Hay grandes figuras en la cultura occidental que más bien hacen ese camino; es decir, llegado el momento, el cosmopolitismo te permite aislarte en un medio

mucho más provinciano, pero no me quiero poner en ese rol aún. Yo lo tengo muy claro y no me preocupa el hecho de que no sepa manejarme bien en los códigos de una ciudad, en los códigos de la competencia, de la tecnología, de las reglas normales de las sociedades avanzadas, y Lima tiene algo de eso. Me asusta la gente, la gente que es mi par por educación, por empleo, por clase social. Me asusta, no me gusta mucho. Me siento mucho más cómodo en la diferencia, en un mundo que tiene otras reglas a las que yo no pertenezco, pero que puedo observar con más objetividad, con menos compromiso. Eso me parece bacán.

¿Cómo te sientes como forastero? Arguedas se sentía un extranjero en su propia patria. ¿Tú te sientes como alguien de paso, que no tiene las raíces en ese lugar?

Sí, sin duda. Pero lo que me ocurre cuando salgo es que me mantengo encerrado en mis propias cosas, pero encuentro conexiones placenteras, objetivas y muy interesantes. Una cosa que me sigue deslumbrando es cierto personaje, que es un prototipo que encuentro inevitablemente en cada viaje. Son personas de edad avanzada, generalmente jubilados del magisterio, que son grandes concedores de su zona, que están muy comprometidos con su zona, que han sobrellevado momentos terriblemente difíciles como los veinte años de guerra con Sendero y se quedaron; son verdaderos compendios de cultura local, de naturaleza, de tradiciones, de leyendas. Es un capital muy interesante.

A la par de ese sentimiento hay una reflexión tuya que podría parecer frívola, pero no lo es, sobre la estética, sobre este prurito kitsch que está presente en cada plaza provinciana. ¿Cuál es tu relación con lo estético peruano provinciano y qué valor le das?

A fuerza de viajar tanto he ido variando eso que tú señalas. En los primeros programas que producía o en las cosas que escribía, acentuaba muchísimo lo que llamaba esa falsa modernidad *kitsch*. Con el tiempo, la realidad te obliga a repensar

que carecen de conciencia y de mecanismos de control sobre sus gestiones, y donde la corrupción es muy fácil. Ya no me escandalizo por la huachafería; es más, eso que yo consideraba como huachafería es una cosa que he aprendido a



Paul Bowles (sentado, de blanco) en Marruecos, en julio de 1961, rodeado de los chicos beatniks Allen Ginsberg, Gregory Corso, William Burroughs, entre otros. Bowles, autor de El cielo protector, define claramente la diferencia entre un viajero y un vulgar turista.

las cosas. A mí me sigue irritando que una gran cantidad de estas cosas se haga, por ejemplo, más por un afán de lucro que por ignorancia. Creo que ahora lo veo así; lo incómodo, lo inquietante de esta cosa achichada en el urbanismo va por el lado de la imposición arbitraria de decisiones de los alcaldes en poblaciones

asimilar, a entender, y trato de comprenderla como parte de lo que es un nuevo gusto del Perú de ahora. Y no solo en el Perú. He estado en China y la huevada es igualita.

Concepción, por ejemplo, es mejor ciudad que Huancayo, pero en la plaza hay una fuente veneciana.

Uno encuentra cosas peores. El paradigma de esto fue durante mucho tiempo el Paseo de las Musas, en Chiclayo. Era una referencia de los urbanistas conservacionistas. Yo he estado mil veces antes y después del Paseo de las Musas y no se puede negar algo que es extremadamente importante: eso era un terreno baldío donde te asaltaban, había ratas, era un muladar, los vecinos estaban desesperados y, de pronto, la zona fue recuperada. Ahora es una de las zonas más apreciadas en la ciudad. Frente a eso yo me abstengo, no tengo ningún derecho a imponer mi gusto. Sí me molesta lo que se está haciendo aquí, en la Costa Verde, en las narices de los civilizadísimos residentes de Barranco y Miraflores, que son incapaces de articular una protesta frente a algo que los va a afectar directamente, porque los va a llenar de bulla, les va a abaratar el valor de sus departamentos, les va a arruinar la visión del mar. Ahí sí salto porque creo que hay una invasión mucho más fenicia que en otros casos, donde hay una verdadera recuperación de espacios. Esa es una cosa muy complicada. En todo caso, ahora no me interesa buscar el proyecto andino, precioso, con balconcitos y puertas talladas, porque creo que eso no existe más. Y lo que existe tiende a desaparecer. Y lo que existe, conservado y protegido de manera deliberada por los alcaldes, es porque tiene una meta de turismo, pero eso ya no pertenece al terreno de la famosa identidad cultural peruana.

¿Haces tuya esa definición del viajero de Paul Bowles con la cual inicias tu libro; aquel que se siente incómodo en su propia cultura y va hacia otra distinta? ¿Es posible sumergirse totalmente en una cultura distinta viajando por el Perú?

Creo que Bowles no buscaba sumergirse en una cultura distinta. Él sabía, y sus novelas son muy claras en ese sentido, que no podía hacerlo ni en la propia. A mí me gusta la escritura de Bowles y la de su generación, pero creo que el viaje descompagina a una gente menos torturada

existencialmente. Estaba releendo el texto de un austriaco, un hombre de ciencia y, sin embargo, después de haber recorrido el Perú y Bolivia a mediados del siglo diecinueve, empieza su texto diciendo que hay que tener, frente a una expedición como la que él ha realizado, mucho cuidado en no ser demasiado riguroso. Creo que el viaje sigue siendo, si lo sabes hacer, un destape de tus propias motivaciones para viajar y para vivir. Un reto a la razón, a las emociones y, sobre todo, a los pensamientos habituales. Por eso es que me sigue interesando.

Viajes de perro es un libro de viajes más personal, subjetivo. ¿Qué necesidad tienes de replantearte ahora, de adulto, lo que en el libro dices que ya forma parte del pasado?

De repente, la diferencia con respecto a la historia es que yo sigo viviendo así. Y lo voy a continuar haciendo en la medida en que lo pueda hacer. En el libro, en efecto, hay algunas marcas generacionales muy fuertes, que tienen que ver con la decepción, con haberte imaginado que el mundo podía ser de una manera distinta, pero que de pronto se sigue mostrando igual de duro, de vacío.

Uno puede pensar que la familia y lo sedentario es lo opuesto al viaje; que uno tiene que irse de la familia para ser y crecer. ¿Ves a la familia como un cepo?

¿Cómo es la familia? No sé. La de ahora es muy distinta que la de antes. Ya nada es como antes. La familia de nuestra generación estaba en una crisis feroz, pero nadie se daba cuenta. En mi caso, no teníamos nada de plata, ni un céntimo, pero el mensaje era muy contundente: no se preocupen, somos blancos y conocemos a todo el mundo. Había esa cosa ambivalente.

¿Por qué no tenían plata? ¿Cómo sentías que no tenías plata? ¿Qué dejó de haber?

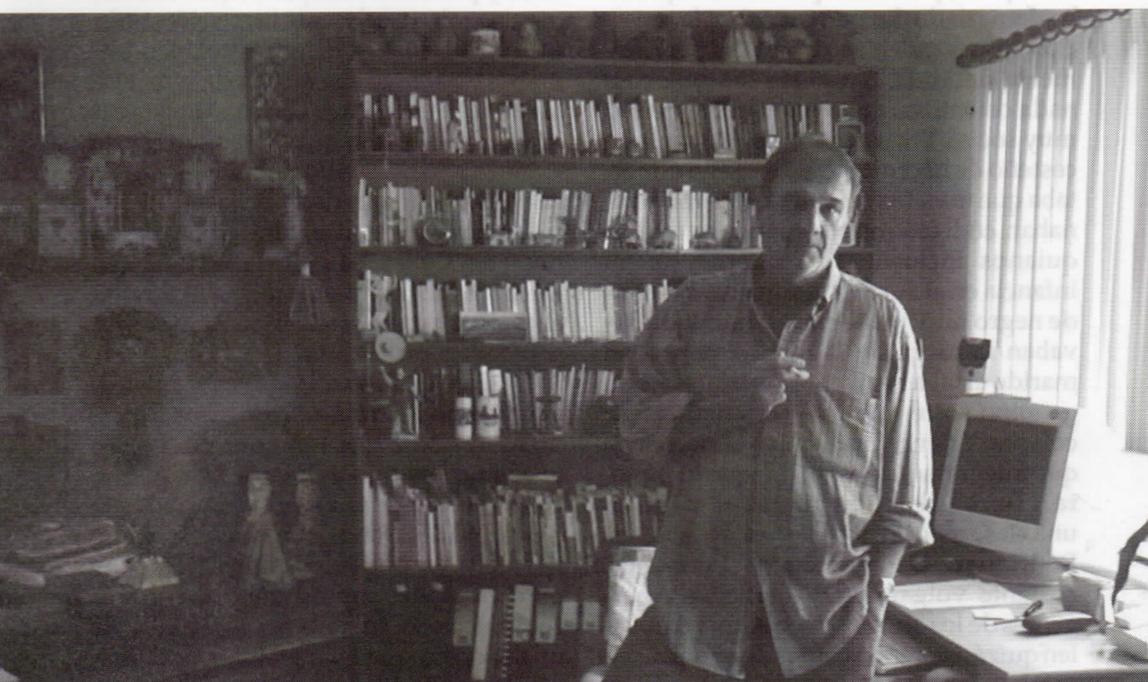
Es que nunca hubo. Así de simple. Había que gastar en ómnibus, había un carro que usaba mi papá. No teníamos más que la ropa elemental. La casa era

pobre, pobretona. Yo tenía otras referencias de amigos que sí tenían dinero y para mí eso era muy conflictivo. Y, bueno, ya estoy hablando de la China Tudela.

¿En qué colegio estudiaste?

En el Champagnat, un típico colegio de clase media mirafloresina. Hay una parte en mi infancia que ahora considero

de mucho respeto. Yo me pasaba el día ahí y a las seis de la tarde regresaba a esa casa donde los niños se tiraban pedos, se sacaban los mocos y todo el mundo gritaba. Yo vivía una cosa muy escindida, que me hace, por mucho tiempo, añorar un mundo que nunca me perteneció. Y ahí está la China Tudela.



Con el personaje de la China Tudela, Rafo León dio en el clavo de la huachafaría limeña, la actitud cínica, ofensiva y paranoica. (Foto de Carla Levi)

muy interesante. Cuando yo nazco, mis padres tienen un problema entre ellos que hace que la relación trastabilles. Era difícil para ellos tenerme en la casa todo el día porque yo no iba al colegio, tenía 4 años. Entonces me depositaban diariamente en la casa de una prima de mi abuela León. Y esta señora, casada con un señor Salcedo, hacendado del norte, tenía una casa en Colón, hermosísima, que ahora es una academia de computación, y estaba el tío, la tía, las hijas solteras y todo este mundo perfecto, donde todo funcionaba en silencio, en escenarios de gran discreción, calidad, finura, de muy buenos modales,

Tu padre era militar.

Sí, pero a su vez tenía una sensibilidad que tuvo que estrangular por su carrera. Era una persona muy inteligente, muy culta, muy intuitiva. Lastimosamente, queda huérfano desde muy niño y mi abuela tiene que meter a cada hijo en un arma porque no había otra posibilidad de sobrevivir. Él era de caballería y amaba los caballos, pero de ahí a estar de acuerdo con lo que significaba ser militar en esa época hay una gran distancia; sin embargo, tenía que hacerlo.

Es una clase media provinciana. ¿Cómo la analizarías sociológicamente?

Es como que se desintegra un apellido, los De la Fuente, muy afincados en Pacasma, muy antiguo, y de repente se ven en la inestabilidad económica y social.

A mí me parece muy interesante mirar hacia atrás en el tema de la familia. Efectivamente, como tú dices, es una familia norteña muy arraigada. No sé si llegó a tener plata, pero creo que eso no importaba demasiado. La pertenencia y la sensación de ser quien se era estaba perfectamente definida. Y ese ser era una cosa nada ostentosa, nada económica, pero sí muy social. Era este mundo provinciano costeño de hacendados, donde no importaba que tuvieras o no tierras, pero dominaban códigos muy hispanos, muy lorquianos incluso. Yo recuerdo de mi infancia en el norte esas mujeres vestidas de negro muy respetuosas, que sobrellevaban la carga de la familia porque el marido estaba borracho, pero que eran el genuino sostén de una sociedad. Y eso colapsa. Y tienen que venir a Lima, tienen que integrarse en un medio que los ignora. El otro lado de mi familia es más bien una clase media típica de Jesús María, los Rodríguez. Un montón de hermanos, bastante vulgares, muy limeños emergentes de los años cincuenta, que equivalen quizá a los emergentes de ahora. Creo que hay bastante de eso. Gente que miraba directamente al dinero y sabía hacerlo, pero no le daba ningún valor a lo que venía, en mi caso, por mi parte norteña, a todo ese mundo donde las formas valían tanto. Yo creo que eso no ha sido peyorativo de mi experiencia, creo que es una cuestión generacional y habría que indagarla en otras personas.

Da la impresión de que tú te sientes más cómodo con las mujeres que con los hombres. El viaje, sin embargo, está más vinculado a lo varonil, a la hombría. Y tienes tres hermanas, además, y un hermano, pero parece que con las hermanas has hecho una especie de pacto secreto de intimidad.

Hasta ahora, mis mejores amistades son femeninas. Siempre he sentido, al

observar las relaciones de amistad entre hombres, que son una especie de competencia que, metafóricamente, te la podría describir como quién la tiene más grande. Siempre, como lo pongo en el libro, la imagen más clara es la de dos amigos que van al cine y dejan un espacio al medio, una butaca libre para que nadie piense nada y prefieren mirar un objeto externo para no mirar realmente la relación amistosa. El vínculo es bien barato, bien primario, y excluye cuestiones de sensibilidad que sí encuentro con mis amistades con mujeres, como es la liviandad, cierta sutileza y permeabilidad, mucho más de lo que la masculinidad permite.

Tomabas y te drogabas solo, en un hotel del Cusco. La cantina es la imagen de la sociabilidad masculina. Tú la rechazabas, estabas solo en tu cuarto. ¿Esa soledad es masculina?

Yo creo que es andrógina. Es anterior a cualquier definición. No lo había pensado hasta ahora que tú lo mencionas. Yo viajo muchos días al mes, y lo hago con un grupo de gente de primera, pero son chiquillos de 26 años, con los cuales tengo el suficiente poder, digámoslo así, que me dan los años para establecer o cortar la comunicación cuando yo lo decida. Es una relación que no me obliga absolutamente a nada. Por lo tanto, paso casi todo el tiempo aislado. Los códigos de la adultez que me tocarían vivir en una ciudad como Lima me dan miedo, me asustan, me incomodan, no sé cómo manejarlos.

¿Cuáles son esos códigos?

La competencia, básicamente. La vida social, la responsabilidad pública con la propia imagen. Eso me parece fatal. La responsabilidad pública frente a tu imagen es algo que yo prefiero no mirar. El ejercicio del poder en tu medio, cualquiera que este sea. La búsqueda desesperada por el dinero.

Y un cierto reconocimiento.

Exactamente. Cuando uno lo empieza a ver con más distancia, te das cuenta de que la gente vive demasiado detrás de eso. Y yo no estoy dotado.

¿Tú eres un hombre exitoso?

Hay gente que dice que sí.

Todos.

Todos, menos yo. En muchos aspectos he adherido ciertas ideas, principios, lo que coño sea, setenteros. Y uno de ellos se expresa muy bien en una frase de Simone de Beauvoir, en *Memorias de una joven formal*, cuando habla de su juventud universitaria. Y dice «el éxito estaba fuera de nuestros planes porque tener éxito era ser cómplice de algo». Eso me sigue gustando mucho, porque aparte de que quizá yo sienta que no lo merezco, que es lo que menos importa, creo que la noción de éxito que guía al promedio de la gente en la sociedad en la que estamos está cargada de infelicidad, de renunciadas, de caretas, de cosas impuestas y asumidas, y eso es cada vez más marcado. Las llamadas universidades modernas que han ido apareciendo en los últimos años apuestan únicamente a eso, y creo que es lamentable. Me parece que es una cáscara de un huevo vacío. No sé si tú has tenido la oportunidad de tratar con muchachos de esas universidades. Yo he trabajado en alguna de ellas y me dan mucha pena porque sienten que a los 17 años tienen las cosas absolutamente resueltas y que el camino es uno solo y es ese camino infame de Og Mandino y el cielo sin límites. Desde esa perspectiva, y en muchas otras cosas, sigo pensando que esa manera de mostrar el éxito sí implica una cierta complicidad, pero ya no con un sistema injusto con los pobres, sino con cualquier ser humano.

Abordemos el tema que te ha hecho famoso: la China Tudela. ¿Es una mujer que fue, que tiene vigencia, una mujer que mira a un Perú desfasado?

A mí me hace acordar mucho al personaje que Jorge Benavides construyó a partir de Gloria Helfer, que es esta señora huachafona llena de remilgos y dengues pero que después se va emancipando del referente y se convierte en un retrato de la boticaria, digamos, de la clásica mujer de clase media puritana.

Algo de eso ha pasado con la China Tudela. Creo que es imposible en este momento decir que corresponda a cualquier atributo de la pituquería. Me parece que no la expresa más que en ciertos decires o referencias; en cambio, sí expresa esa cosa limeña que a mí me irrita tanto, pero a la vez me debe gustar, que es esa cosa cínicca, tremendamente ofensiva y paranoica. El personaje expresa eso, que no son características que correspondan a la pituquería, ojo, sino que cruzan a la sociedad peruana.

Y eso hace que la puedan leer y entender diversos grupos sociales.

Sí, pero cada quien a su manera.

¿Cómo crees que la lea una mujer de treinta años de Comas?

No conecta.

¿Y por qué no?

Porque la China tampoco conecta con ella, no conoce ese medio más que a través de lo que le cuentan sus amigos economistas del Banco Mundial. Ese cambio peruano, que es absolutamente real, para la China Tudela es un dato académico, culturoso, que le sirve para desenvolverse en una conversación con Diego García Sayán, pero no tiene por dónde verlo. No hay manera.

Ella tiene un diálogo generalmente con hombres de la izquierda refinada. Por ahí distingo unos sentimientos encontrados. Ellos pertenecen a tu generación, pero tú tomas distancia y los criticas. ¿Qué es lo que te fastidia de esa izquierda refinada? Diego García Sayán, por ejemplo, la podría representar.

O Gino Costa o Yehude Simon, todos con los que ella tiene aventuras. Pero lo común, y ahí sí te puedo decir que es algo deliberado en la construcción del personaje, es poner en ridículo a esos muchachos que son tan perfectos y un poco calzonudos. La gente izquierdosa, refinada, que tú mencionas juega públicamente a todo, menos a ser sexual por ejemplo. Ahí hay algo de puritanismo. Y la China desmonta eso, en un afán de crear el ridículo.

Gino Costa o Diego García Sayán tienen una preocupación por su estado físico, por ser atractivos. ¿O no lo crees?

Y el otro también, y el otro también. La tienen, pero la ocultan.

Creo que va más por el lado de que son buenos. No hay nada en ellos que sea malo.

Por eso, son muy perfectos. Son de una sola pieza.

¿Y tú crees que la gente desconfía de ese político preocupado por los derechos humanos?

Rotundamente. Creo que esa es la razón por la que, por ejemplo, la respetabilísima Susana Villarán no va a pasar de donde está. Exactamente por esa razón.

¿Y por qué el pueblo peruano desconfía de esa gente y le gusta más un político pícaro, corrupto?

Creo que domina una doble moral muy machista. Volviendo a lo anterior, eso de buscarle el lado oscuro y sacarle la vuelta a las cosas a través de la picardía es un rasgo más masculino que femenino, no me cabe ninguna duda. Y algo muy interesante que veo y te sugiero que toques en *Quehacer* es cómo muchos de esos rasgos que parecen inherentes a la peruanidad no son tan marcados; es más, se están poniendo en cuestión con el crecimiento de los grupos evangélicos. Esto es muy notorio en provincias, supongo que en Lima también, pero lo que pasa es que uno no lo ve. De manera creciente encuentras que es completamente distinto tratar con un campesino católico que hacerlo con un campesino que pertenece a un grupo evangélico. Son dos maneras, y no lo digo yo, lo dicen las mineras. Yo lo he visto en Las Bambas, días antes de la entrega de la concesión de la mina, donde el ambiente estaba muy agitado. Le presté mucha atención a las emisiones radiales que venían de un lado y de otro. Tú encontrabas clarísimamente la posición de las comunidades católicas y los voceros de las ONG, y la de las comunidades evangélicas, que se distinguía porque no les

preocupa en absoluto el tema del pasado, la identidad, pues una de las primeras cosas que hacen al entrar a un grupo evangélico es dejar de cantar, dejar de bailar, dejar de beber, dejar de celebrar las fiestas. Esta es una cuestión muy nueva que va adquiriendo protagonismo y no está siendo registrada por nadie, como si no existiera. Eso me llama la atención y creo que está diseñando una nueva moral pública muy distinta de aquella que señalabas, que le gusta la salida pendeja.

En tu reciente libro eres bastante cáustico con las ONG del Cusco, por ejemplo, volviendo al tema de los buena gente.

Creo que hay una pequeña plataforma en común que es la sospecha que te genera cualquier tipo de organización que tiene un discurso vicariante y que se presenta como solamente buena. Estamos ahora hablando de las ONG, pero te podría decir lo mismo de los partidos políticos o del Club de Leones. Es un poco triste, pero este descreimiento frente a la organización es un rasgo que se acentúa con los años.

¿Viajaste en la época de la guerra con Sendero? ¿Qué efectos posteriores ves?

En algunos lugares donde hubo mucha presencia de Sendero, me refiero a ciudades como Huamanga, Huancavelica, zonas de Apurímac o poblados menores de Ayacucho, la sensación que tengo es como si a una cubeta de hielo le hubieras quitado el armazón y los hielos empezaran a derretirse y a mezclarse y hacer desaparecer lo que había estado estructurado. Y es que, mal que bien, la vida cotidiana de la gente desapareció y esta tiene que enfrentar al otro de una forma brutal y cortante.

¿Qué ideología o mensaje de Sendero fue entendido e hizo carne en los Andes?

Hay una cosa que ha hecho carne, pero no sé si corresponda a una porción ideológica de Sendero, y es que la brutalidad fue peor por el lado del Ejército. Eso lo escuchas sin cesar por todos lados. La gente se toma su tiempo para decirlo. Si tú te tomas el tiempo para escucharlo,



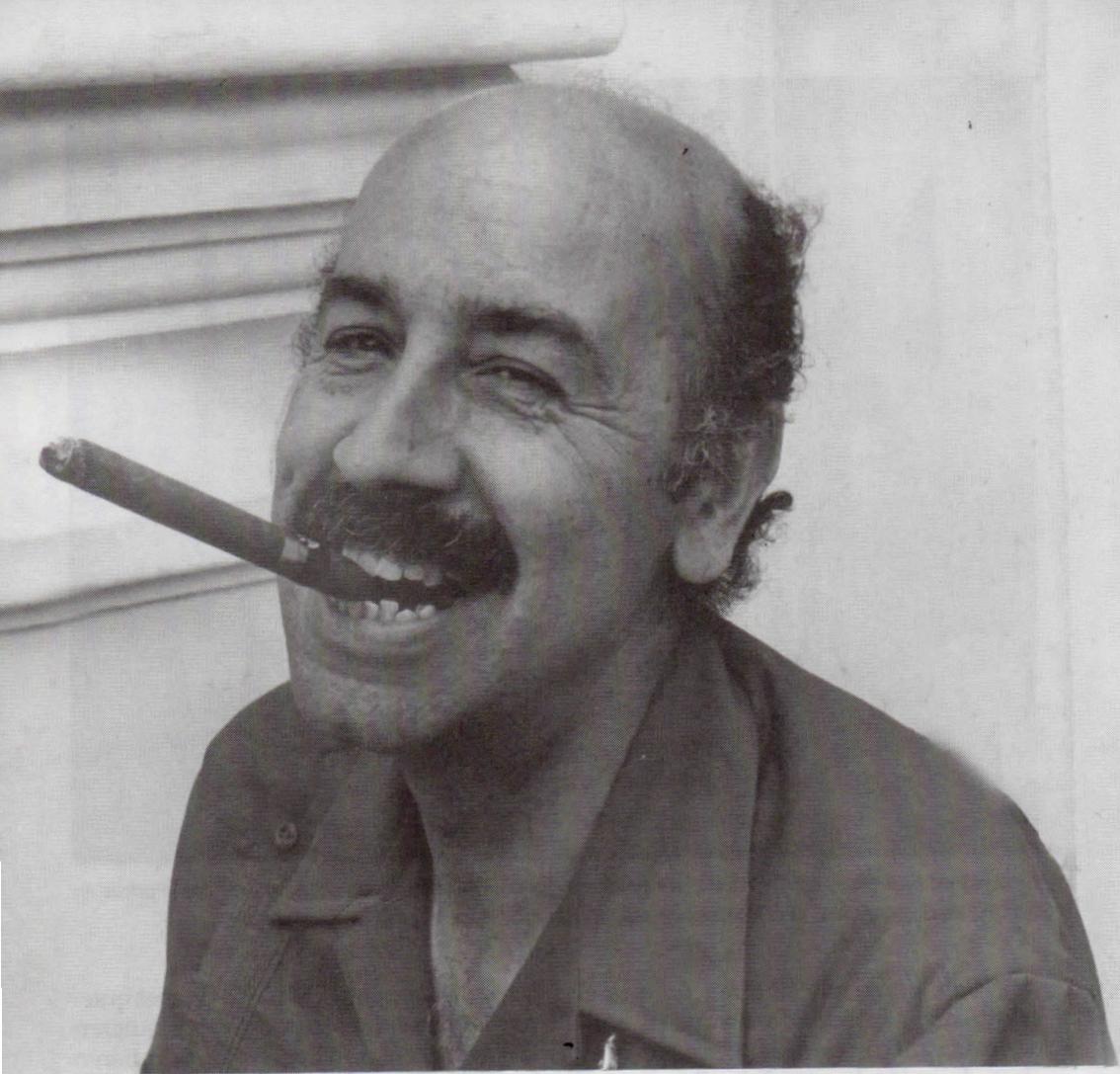
Gringas en San Blas, con perrito y sin brichero. La ciudad del Cusco, cosmopolita como pocas en el país, es el epicentro, el kilómetro cero de la narración en Viajes de perro.

sale. Sale como un síntoma de que el asunto no ha terminado, de que las heridas están ahí con una identificación muy clara de quién las produjo. Por eso me irrita tanto cuando la derrota de Sendero se coloca como uno de los logros de Fujimori. Creo que se paró una parte, solo una parte de Sendero y se dejó un trauma muy claro que se sigue embalsando. Se piensa que eso ya se acabó, pero yo creo que se expresa de otras formas.

¿Crees que haya jóvenes andinos que no quieren migrar, que quieran quedarse en su tierra? ¿Hay posibilidad de que se queden? ¿Prefieren vivir mal en Santiago de Chile que vivir más o menos bien en Huancayo?

Detrás del pedido incesante de universidades en el interior del país lo que veo es el deseo de no tener que migrar

compulsivamente. Que si los jóvenes quieren largarse, por supuesto que quieren largarse, y cuando llegan a Lima quieren largarse del Perú. Eso es indudable. Hay una pequeñísima cantidad de gente que está descubriendo que hay posibilidades muy interesantes de formarte, trabajar, ganar dinero y de quedarte. Por ejemplo, vinculadas al turismo, a ciertos manejos de recursos ecológicos, pero eso no hace una tendencia considerable. En este momento algunos limeños han empezado a migrar al interior, sobre todo con la agroindustria y no solo a Ica, sino a Jauja, Tarma, al norte, al centro con el boom de producción de alcachofa, que sale con valor agregado y con una modificación genética que hace que ya no tenga pelos ni púas. Pero falta que se conozcan esas cosas, para empezar. ■



Editor
JUAN "Caicho"
Laredo
autor de
"Ubu Presidente"
por Luis Peirano
June, 1980.
Puelfoer
Desa

El teatro de Cancho Larco

LUIS PEIRANO*

FOTOS DE LUIS PEIRANO / ÁNGEL COLUNGE

Era el año de 1979, y el gobierno militar llegaba lentamente a su fin. Queríamos algo diferente, necesitábamos trabajar propuestas teatrales más propias sin por eso renegar de nada. Buscábamos un nuevo teatro latinoamericano que no echara por la borda lo que se había hecho en la historia del teatro universal, pero que fuese más propio. No pretendíamos que fuese teatro de temática exclusivamente peruana, sino que fuese más nuestro, más cercano, y eso era para nosotros lo latinoamericano. Necesitamos romper, otra vez, con el teatro tan fuertemente europeo que habíamos venido haciendo los últimos años, pero «sin botar al niño con el agua sucia», como decíamos forzando la expresión británica.

Para entonces ya me había hecho amigo de Juan Larco, que desde su regreso al Perú había trabajado en la reforma educativa, en el sector tal vez más interesante y productivo de esta, que era el de extensión educativa y de educación no formal. Lo conocí cuando el equipo de educación de Desco, que yo dirigía, fue contratado por el Ministerio de Educación para hacer una evaluación de la

reforma educativa con acento en la situación de los maestros, el llamado «magisterio peruano», que liderado por el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP) se había opuesto frontalmente a la reforma.

«Esto no es, si alguna vez lo fue, un gobierno revolucionario; esto es una caricatura de gobierno revolucionario». A Juan «Cancho» Larco le dolía mucho que se le dijera esto cuando conversábamos sobre el fracaso del proyecto militar, en el que había creído y trabajado desde que llegó de Cuba.

Cancho era un entusiasta del cambio social y no le quitaba el cuerpo al calificativo de revolucionario, a pesar de su carácter más bien tranquilo, su reposado ritmo de vida y su amor por las artes, especialmente por el teatro. Había vuelto de Cuba, a principios de la década de 1970, entusiasmado con el proceso de reforma iniciado por los militares y creía, honesta y sinceramente, que, desde la unidad de extensión educativa, podía contribuir no solo al cambio, sino también a la revolución. En Cuba había trabajado hasta en la zafra, cortando caña, y en ocasiones mostraba la foto que probaba su condición de trabajador a pleno sol, algo que resultaba difícil imaginar. Pero disfrutaba mucho más contando sus experiencias en el teatro cubano, su amistad con la extraordinaria Raquel Revueltas y con Roberto Blanco,

* Sociólogo y director de teatro. Especialista en temas de cultura y comunicación. Actual decano de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.

que fue un gran actor y director con el que estrenó *María Antonia*, la gran obra de Eugenio Hernández en la década de 1960, y que murió hace pocos años.

El trabajo de Cancho Larco en La Habana había sido de *dramaturg*, usando la expresión alemana que sirve para refe-

hizo a los montajes de *Tartufo*, *Los calzones* y *La gaviota*, que vio con ojos de espectador privilegiado. Con gran conocimiento, habilidad y cuidado, comentaba las funciones que veía y sugería con inteligencia y modestia algunos cambios, énfasis, cortes o añadidos.



Alberto Ísola y José María Salcedo en el montaje de *Ubú Presidente* en 1980.

rirse a aquella persona que forma parte de las instituciones de teatro más consolidadas —que no es necesariamente escritor, director, actor ni técnico— y se ocupa de buscar y escoger las obras para el colectivo, cuidando su traducción o adaptación, su adecuación con los propósitos del director, el productor y los actores, acompañando y aconsejando el proceso de montaje y las funciones. Cancho me probó que era de verdad un *dramaturg* con los comentarios que me

No es fácil comentarle su montaje a un director cuando ya acabó el proceso, y no conozco todavía a nadie en el teatro que reciba bien comentarios críticos si no son hechos con mucho fundamento y delicadeza; pero Cancho tenía el don de hablar al corazón de quien quería por sus conocimientos así como por su calidad profesional y humana.

«Pero entonces, coño, ¿por qué tú no escribes, chico!», lo desafiaba con cariño. Eso ya era otra cosa: Cancho escribía muy

bien pero con una lentitud y una capacidad autocrítica destructiva. «En el mundo de los que no escriben se encuentran los que no saben escribir y los que saben pero no pueden escribir fácilmente. Nosotros estamos entre estos segundos.» Podría haber dicho esta frase, que yo asumo con empatía natural. Desde que lo conocí, nunca dejé de invitar a Cancho a mis ensayos o estrenos, y cada vez que podía buscaba analizar alguna obra, o película, que habíamos visto antes.

Su manera de ver y de comentar era muy singular y productiva. Siempre pensé que Larco hubiese podido ser el crítico que el teatro peruano necesitaba. Pero mejor aún, uno de los dramaturgos que necesitábamos. «Yo soy un hombre con mucho futuro por detrás». Esta sí era una frase que recuerdo textualmente y a la que recurría cuando le planteábamos lo que podría escribir. Decía que ya habían pasado su tiempo y su hora, pero el talento y la pasión por el teatro lo llamaban permanentemente a tratar de colaborar con sus protagonistas más activos.

Durante los primeros años de la reforma educativa había llegado al Perú Augusto Boal, el ya célebre director de teatro brasileño, para dirigir unos talleres de concientización a través del teatro. Paulo Freire era su gran inspirador, como en buena parte lo había sido también de toda la reforma educativa, liderada por el filósofo Augusto Salazar Bondy. Cancho creía firmemente en el proyecto, pero tuvo que aceptar que este llegaba a su más estrepitoso fracaso no bien iniciada la segunda fase del gobierno militar. La revolución no se hace con el teatro, Cancho, ya lo decía Atahualpa del Cioppo, y tampoco con una reforma educativa en el papel, sin recursos ni dinero y, sobre todo, con casi la totalidad de los maestros en contra. «Esto no va más, chico», le decía yo. No le gustaba nada la idea, pero tuvo que aceptarla.

«Hagamos teatro, Cancho, ya no te metas en política», le insistía yo, pero su vocación por la política era muy fuerte. «Pero si yo soy químico, yo terminé Química en la Universidad Nacional de Ingeniería, en la UNI», me esgrimía como excusa. «Pues Augusto Boal también es químico, como tú», remataba yo. No sé si me creyó, y si pensaba que era un recurso para ganarle la discusión, o lo llegó a comprobar; pero yo sabía que ambos eran químicos y amaban el teatro por igual, aunque Cancho, como un amante indeciso, más a lo lejos.

Por ese entonces se había fundado el Partido Socialista Revolucionario, el PSR, y Cancho era uno de sus entusiastas militantes convocado por un grupo de amigos comunes, como Rafael Roncagliolo, quien tuvo que dejar el país perseguido por el gobierno, y Marcial Rubio Correa, entonces subdirector de Desco.

«Me ha dicho Marcial que vaya a trabajar a Desco, que quieren fundar una revista». «¡Estupenda idea, Cancho!», lo animaba yo, «vente, yo estoy metido en eso también hasta la cabeza, pero al final del día hacemos teatro. Fíjate que en Desco ya está Balo Sánchez León, que es poeta y quiere escribir también teatro. Ya seríamos tres!».

Al final de cada tarde —cuando no había función, claro— nos juntábamos para hablar de teatro y política. Comentábamos obras y en ocasiones leíamos juntos, también, sin dejarle de insistir en que escribiera una, cada vez que él me contaba de su experiencia europea, donde se hizo amigo de Tomás Gutiérrez Alea, el gran «Titón», antes de que hiciera *Memorias del subdesarrollo*, y hablaba con entusiasmo de sus trabajos en el teatro en La Habana. Repasábamos ideas, argumentos, personajes, e incluso rudimentos de diálogos en situaciones precisas. Hablábamos de teatro, y siempre de la importancia de reconocer las bondades

del teatro clásico, de la literatura dramática, del verso, pero también de reconocer que el teatro no era literatura, de la importancia de las vanguardias, de la urgencia de renovar el teatro sin destruir todo lo bueno que se había producido en él. Yo había superado ya mi juvenil entusiasmo ignorante que pretendía «enterrar a Ibsen y todo su teatro», que había marcado mis primeros años de director. Pero queríamos hacer algo diferente, desafiante, corriendo el riesgo del fracaso; un escándalo, pero que fuese productivo y renovador de nuestro escenario.

Fue así que un día de septiembre de 1979, luego de analizar un artículo mío sobre las opciones que se discutían para corregir el desastre de la reforma de la prensa —que aparecería en el primer número de *Quehacer* que habríamos de lanzar en octubre— me dice, casi de soslayo, tímidamente: «Tengo interés en escribir una versión del *Ubú Roi* de Alfred Jarry, pero ubicando la acción no en Polonia, como en el original, sino en Chiplaltenango». «Pero ¿dónde queda eso, Cancho?», le pregunté. «Pues en el mismo lugar donde quedaba Polonia para los franceses a finales del siglo diecinueve, muy lejos y muy cerca, aquí nomás o en ninguna parte. Ya estoy empezando, pero no tengo mucho tiempo y...». Me alegró tanto su idea y primera respuesta que no lo dejé terminar: «Listo, Cancho, para la siguiente reunión leeremos la primera escena».

Así empezó la historia de *Ubú*, a la que se sumaría luego con mucho entusiasmo Alberto Ísola, y, más tarde, con gratísima sorpresa para todos, José María Salcedo, en su primera incursión como actor teatral, y quien, al poco tiempo, habría de integrarse también al plantel de la revista *Quehacer*, y luego sería candidato del PSR a la alcaldía de Miraflores.

El público de Lima había visto *Ubú Rey* en versión de Atahualpa del Cioppo, con el Teatro de la Universidad Nacional de

Ingeniería, el año 1969, en una carpa ubicada en el Campo de Marte. Pero ya habían pasado más de diez años y esta propuesta sería muy diferente porque sería una obra nueva, a partir de la de Jarry.

Alfred Jarry, que había estrenado *Ubú Rey* el año 1896, produciendo uno de los más grandes escándalos de la historia del teatro occidental, tenía una personalidad y una intención muy distintas a la de Juan Larco. Jarry era pequeño, de apariencia parecida a la de un duende, y su afán original, a los 15 años, fue ridiculizar a su profesor de Física. Era un chico, casi un niño, que buscaba vengarse de la autoridad escolar, caricaturizando la ciencia y al profesor de su escuela de provincia con la creación de una «patafísica», y continuó con ese mismo espíritu toda su corta vida.

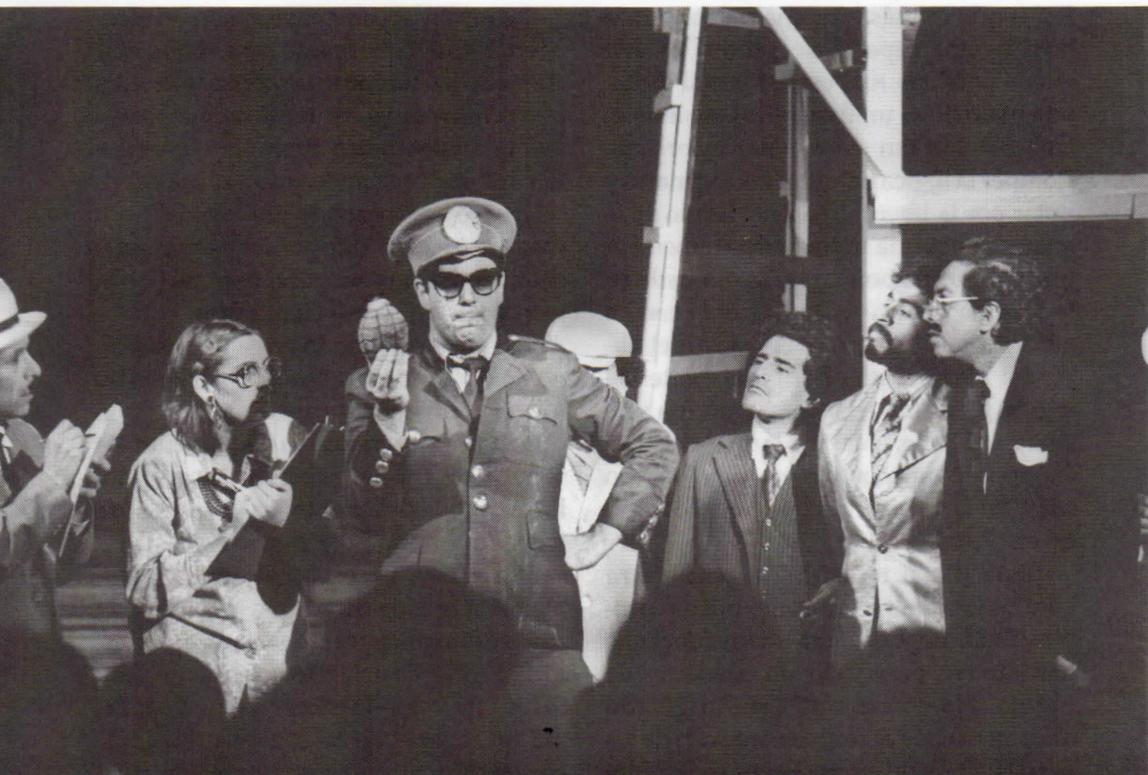
Pocos años más tarde, próximo a cumplir los 20, irrumpía en los ambientes literarios de París, anunciándose a sí mismo como «un animal salvaje entrando al ruedo»; pero, muy consciente de las aficiones por el teatro isabelino del director del teatro donde se propuso estrenar la obra, enfatizó cuanto pudo los elementos shakesperianos, parodiando en cierto modo personajes en situaciones de Macbeth, Julio César y Hamlet.

Ubú es un militar tan loco como tonto y perverso que, alentado por su mujer, llega al extremo de derramar toneladas de sangre para adueñarse del poder y todo lo que estuviese a su alcance. El resultado del estreno fue sorprendente, nos dicen los historiadores del teatro; porque, a las protestas y tumultos de rechazo que provocó, se sumó la convicción de los espectadores de no haber visto algo así nunca antes en sus vidas.

La intención de Cancho, nuestro nuevo dramaturgo —un hombre maduro, amable, alto y espigado— no era, obviamente, la misma de Jarry, sino, más bien, la de

criticar a las dictaduras de todos lados y todos los tiempos, pero especialmente a las que se habían adueñado tan perversamente de nuestros países, empezando por las que él conocía más, que eran las centroamericanas. Cancho se empeñaba en probar que el desparpajo, la desvergüenza, la

Cancho se volvió un experto en la vida de los tiranos caribeños y nos contaba situaciones que honraban ciertamente al personaje original, cosa que empezó a suceder a lo largo del siglo veinte y que no pudo ver el propio Jarry, que murió antes de cumplir 35 años y cuyo trabajo creati-



«Ubú es un militar tan loco como tonto y pervertido que, alentado por su mujer, llega al extremo de derramar toneladas de sangre para adueñarse del poder.»

ridícula apariencia de Ubú se repetía en los tiranuelos caribeños Batista, Somoza y, muy especialmente, el guatemalteco Jorge Ubico. La propuesta de Cancho buscaba honrar el original con modelos de la curiosísima especie caribeña, recuperando para el teatro el peso e impacto de la figura del *clown*, que ciertamente fue uno de los grandes aciertos del irreverente Jarry. El circo y la *commedia dell'arte* se integraban a situaciones y personajes clásicos en una mezcla agresiva y atractiva a la vez.

vo es considerado hoy como uno de los puntos clave de cambio en la historia del teatro contemporáneo.

«¿Y por qué no Fidel? ¿Por qué no Velasco?». Este era el máximo y escandaloso desafío a Cancho: hurgar en su enorme fidelidad y compromiso revolucionarios. Él respondía con cuidada tranquilidad, haciendo tiempo mientras prendía un cigarrillo cubano. «Porque ellos fueron, perdón, son, revolucionarios». Este era tema límite de conversación con

Cancho. «Los tiranos son caricaturas de los revolucionarios, por eso pueden confundir a algunos, pero no a nosotros», me dijo varias veces. Cancho resistía todas las provocaciones libertarias de sus amigos con fortaleza y fidelidad admirables a su causa.

La primera palabra del texto de *Ubú Roi* —que es más que una palabra, más bien es una especie de grito— es una «mala palabra» mal escrita y mal dicha, una maldición, un llamado al escándalo. Una palabra tan clara como incorrecta. Romper la lógica habitual del escenario y optar por la libertad hasta el límite de la anarquía era una manera de anunciar al grotesco protagonista que ha quedado en la historia del teatro, juntamente con su autor, como pioneros del teatro del absurdo: Merdre! en el original, Shite! en inglés, ¡Mierdra! en la más conocida versión castellana, que fue la que usó Del Cioppo en su montaje en Lima, el año 1969. En la versión de Cancho, se convirtió en ¡Futa!

¡Futa! ¡Futa!, repetirá siempre nuestro Ubú centroamericano como opción propia y final, luego de tantas discusiones que dan motivo para todo un cuaderno de trabajo. No conozco si Cancho guardó documentación al respecto más allá de los propios libretos —con cientos si no miles de cambios, añadidos y cortes, hasta llegar a la versión final—, pero recuerdo que la selección de expresiones lingüísticas y teatrales fue absolutamente exigente y fina, especialmente por parte de Cancho. Si bien el tono de la obra era de absoluto desenfado, Cancho tenía un cuidado excepcional por la escritura y esto debía notarse en el texto. Alguna vez un lingüista estudioso escribirá una tesis sobre esta versión tan especial que tuvo un esmerado y tumultuoso manejo del lenguaje.

Empezamos los ensayos en el verano de 1980 y solo tuvimos dos interrupciones, muy lamentables. La primera por la

súbita y penosa desaparición de un amigo común, Eduardo Ordóñez, que nos dejó ese mismo verano a los 42 años. La segunda por un terrible accidente automovilístico, a fines de mayo, que se llevó a mis dos hermanos mayores, Romano y Paco, uno de los golpes más grandes que he sufrido en mi vida.

Los ensayos comenzaron con un elenco enorme del que fueron desertando muchos y al que fueron incorporándose otros pocos. Entre estos, recuerdo muy especialmente a Gianfranco Brero, que partió a Europa acompañando a su esposa Marisol que se había ganado una beca en Londres, y a Arturo Nolte y Jaime Lértora, que se incorporaron para interpretar los varios personajes que hacía Gianfranco.

Fue una temporada larga de ensayos, no solo por los tropiezos extrateatrales que tuvimos que superar, sino porque Cancho iba escribiendo lentamente su versión conforme la íbamos ensayando. La maravilla de tener un dramaturgo, de tener una opinión y una participación «autorizada», es, en ocasiones, un problema. Algunos directores dicen que el mejor dramaturgo es el dramaturgo muerto. No estoy de acuerdo con esa opinión. Salvo una vez —la excepción que confirma mi regla— no he tenido problemas con un dramaturgo vivo y presente; pero entiendo, y no solo por una mala experiencia personal, sino porque he visto a algunos autores que por una creencia supuestamente legítima de intervenir en el montaje producen situaciones que pueden ser muy dolorosas y contraproducentes, tanto para el director como para los actores, con obvias consecuencias en el resultado.

Para alentar la escritura de nuestro dramaturgo los actores improvisaban, alentados por mí, escenas en cierto modo inspiradas en la obra original, pero que tenían obvias referencias a la situación en el Perú, que era la del retroceso de una



Alberto Ísola en el papel protagonista. La figura del clown, el circo y la comedia dell'arte se integraban en una versión desenfadada del texto original de Alfred Jarry.

dictadura militar y la convocatoria a elecciones. Usábamos para esto el material de análisis político que producíamos en Desco, especialmente la *Cronología política* que hacían Henry Pease y Alfredo Filomeno.

La escritura y el montaje —una suerte de doble escritura no siempre paralela— habían avanzado sin complicaciones hasta el momento en que nuestro protagonista, una vez en el poder, y luego de haber asesinado al presidente Bonifacio, se dedica, con la ayuda de sus gorilas, a adueñarse de todos los negocios y dependencias del país. Esto hacía que Cancho escribiera entusiasmado escenas muy largas, aunque sugerentes, sobre cómo el dictador se adueñaba de las tierras, las industrias, del negocio del pan, de la carne, de la leche, del algodón, del maíz, de las minas, en fin, de todo cuanto estuviera a su alcance, mientras combatía a la vez la subversión de los «bolceviches» que se oponían a su gobierno, y a la presencia de *maggioranza* que se le oponía por la vía civil, convocando a la protesta y a la subversión. Nos planteábamos todos los temas políticos, tan difíciles entonces como ahora, sobre la democracia y sobre la necesidad del orden, del respeto a la autoridad, a la vez que el derecho a la insurgencia.

Cancho reformulaba en términos políticos el delirio alcohólico de Jarry, pero sin perder el desenfado formal que nosotros convertimos en una suerte de criterio rector del montaje y del que él mismo se sorprendía cuando veía los ensayos. Todo en el montaje se hacía y se deshacía con suma facilidad. El dramaturgo tomaba notas y escribía sobre nuestras improvisaciones, y algo más —¡cómo no!, siempre algo más— pero... sin terminar. La salida de cada número de *Quehacer* tomaba todo su tiempo y, en esos días aciagos, perdíamos al dramaturgo.

El escenario en el que hacíamos los ensayos finales y donde habríamos de

estrenar la obra quedaba en una esquina del salón posterior del bello edificio del Museo de Arte, diseñado por Eiffel, convertido en depósito, y que nosotros mismos limpiamos reubicando las cajas y bultos en la esquina opuesta, a fin de que quedaran finalmente detrás del público, desde donde se operaban la luz y el sonido. Era una situación ideal porque nadie reclamaba ese espacio para el teatro o alguna otra actividad; el espacio era nuestro día y noche, pero demandaba mucha paciencia y disposición trabajar allí.

Avanzados los ensayos requerimos la ayuda de alguien que diseñara técnicamente y con sentido estético tanto el espacio de actuación como el del público. Nos pareció oportuno para esto recurrir a un arquitecto. Desaparecido lamentablemente Eduardo Ordóñez, llamamos a otro amigo, Eduardo Gómez de la Torre, que no pudo hacerlo, pero recomendó a Javier Sota Nadal, quien hizo un trabajo extraordinario. El diseño, cuyo boceto general guardo todavía, dejaba que usáramos una de las escaleras principales del edificio, trazando un puente adicional que permitía emplear, en varios planos, una esquina del salón. El público no estaba muy cómodo y, si el lugar se llenaba de espectadores, cosa que sucedió todo el tiempo, algunos perdían parte de una completa visión del escenario, debido a las columnas del lugar. Alfonso La Torre, uno de los dos críticos responsables que ha tenido la historia del teatro peruano en los últimos cuarenta años, se quejó y nos llamó la atención seriamente en su crítica porque eso no le gustó. No le faltaba razón, pero si les hiciéramos caso a los críticos no habría teatro.

Cuando llegamos a mediados de agosto le dije a Cancho: «Cancho, estrenamos. Estrenamos este Ubú aunque no hayas terminado de escribir la versión». Fue entonces que escribió la escena final en la que Ubú, huyendo de *maggioranza*, que

lo perseguía para meterlo preso y quitarle el poder, dice la célebre frase, parodiando a Ricardo III: «¡¡¡Mi reino por un camión!!!». Apostamos que poca gente se daría cuenta de este específico guiño a William Shakespeare, que por lo demás seguía la propia idea de Jarry, que había hecho lo mismo aunque con el propósito de convencer al dueño del teatro sobre la validez de su obra, pero nos quedamos sorprendidos de un comentario recurrente en este sentido por parte de muchos espectadores, ciertamente mayor del esperado.

Propuse al grupo, que tenía entonces casi treinta personas entre actores y técnicos, estrenar el 11 de septiembre, en memoria del desastre que había causado Pinochet en Chile, hacía ya siete años. Hubo aceptación unánime, con la excepción de Cancho, que no quería estrenar porque no sentía que estuviésemos listos. Tuve que mostrarle un documento, del que prometí entregar copias el mismo día del estreno, en el que yo asumía la total responsabilidad del montaje, liberándolo de la humillación de un estreno en el que, aparentemente, todo iba a salir mal.

Por lo demás es justo reconocer que el último ensayo general, en el que efectivamente fallaron —como suele suceder— muchos recursos técnicos y algunos actores cansados no entraron a escena a tiempo u olvidaron algunos textos, le daban razón de sobra para dudar. «Pero cómo te voy a hacer esto, chico», me dijo Cancho, y rechazó la publicación del papel.

Estrenamos así el 11 de septiembre de 1980 y le entregamos al público, junto con el afiche-programa que diseñó José María Salcedo, con ilustraciones estupendas que nos regaló Juan Acevedo, en vez del papel de deslinde de responsabilidades propuesto originalmente para dejar tranquilo a Cancho, otro de solidaridad con el pueblo de Chile, que lo complació mucho, tanto

como a Chabela, su compañera y esposa, nacida en Chile.

El público —público amigo, claro, nunca hay que confiar en los aplausos del estreno, porque vienen de la familia y amigos invitados— ovacionó a los actores y técnicos, autor y director durante largos minutos, en el depósito del Museo de Arte de Lima, mientras sonaba a todo volumen la Sonora Matancera con las trompetas de «Te metiste de soldado y ahora tiene que aprender, aprender, aprender».

Tuvimos muchas satisfacciones con el estreno de *Ubú Presidente* y Cancho recibió su diez por ciento de la taquilla, que solamente aceptó cuando le dije: «Sebastián Salazar Bondy peleó mucho por que se reconociera el trabajo de cada uno de los que participamos en el teatro. De todos. No lo hemos de contradecir nosotros». Mucha gente vino cada día por la parte de atrás del Museo de Arte, que no era el bello lugar que es hoy, y que se usaba como depósito de todo aquello que no se sabía qué era ni cómo podía mostrarse en el Museo.

Como en el caso de Alfred Jarry y su *Ubú Rey*, *Ubú Presidente* fue la única obra que estrenó Cancho Larco. Ganó luego un segundo premio en Casa de las Américas, en Cuba, y fue publicada por la revista *Conjunto*. Recientemente ha sido estrenada en Sao Paulo, Brasil. Le auguro muchos estrenos más porque es un material serio, rico, sugerente y entretenido. Alfred Jarry nunca vio estrenadas sus otras obras *Ubú Cornudo*, *Ubú Encadenado*, como tampoco lo pudo hacer Cancho, de quien no se sabe mucho qué otras cosas escribió. Conozco al menos una obra de teatro más, alentada directamente por mí, basada en la sombra y figura de Sebastián Salazar Bondy, llamada *Sebastián*, y sé de la existencia de otros textos de los que me hizo comentarios pero que nunca me llegó a mostrar. ■



Melania Urbina y Bruno Ascenzo, Lucía y Nico en la película *Un día sin sexo*, debut de Frank Pérez Garland en el largometraje.

Cine peruano: «Pero se mueve...»

MARIANO DE ANDRADE

El cine peruano, pese a todos sus problemas, sobrevive con dignidad. No hay plata, pero siempre hay directores dispuestos a arriesgar todo —o casi todo— en un nuevo proyecto. Si las que podríamos llamar, haciendo una analogía con el fútbol —que dicho sea de paso se ha convertido en la medida de muchas cosas en el país—, «las viejas glorias del cine peruano» se mantienen en actividad, algunos con más regularidad que otros, a nadie escapa que hay ya una nueva generación de cineastas que en los últimos años ha ofrecido su trabajo, sin olvidar, por supuesto, las tres o cuatro cintas que se estrenarán próximamente. Pero no es solamente eso, porque el cine peruano, habitualmente huérfano de grandes éxitos internacionales, ha cosechado ahora último más de lo que cualquier optimista oficioso hubiera imaginado: solo entre Paloma de papel (2003), de Fabricio Aguilar y Días de Santiago (2004), de Josué Méndez, ambos primeros largometrajes de sus directores, han acumulado más premios que los recibidos por cualquier filme en cualquier otra etapa del cine nacional. Justo premio a un esfuerzo que, sin duda, es descomunal. A propósito de estos y otros temas, anotamos las siguientes reflexiones sobre el cine nacional y consignamos parte de las conversaciones sostenidas con Eduardo Mendoza, director de Mañana te cuento y Frank Pérez Garland, responsable de Un día sin sexo.

Hasta hace algún tiempo, hacer una película en el Perú era una tarea casi imposible. Y no es que hoy las cosas hayan cambiado radicalmente: hacer cine por estos pagos sigue siendo difícil y complicado, pero al parecer el esfuerzo de algunos realizadores, sobre todo jóvenes, ha pesado más.

Ahora, tampoco es que los cineastas de más oficio hayan dejado de hacer películas y hayan sido desplazados por una nueva generación, pero hay que considerar que si hasta hace algunos años, al menos hablando en términos comerciales, lo más «esperable» era una cinta de Lombardi, Durant o García, por citar tres casos, hoy la oferta supera largamente esa expectativa.

Ello se debe, en parte, a una especie de explosión de jóvenes cineastas que, tanto en Lima como en provincias, decidieron

tomar el toro por las astas y hacer sus proyectos realidad, a costa, ya se sabe, de enormes sacrificios. Y esta suerte de trans fusión da la impresión de haber revitalizado la pantalla grande nacional. En ese sentido, por ejemplo, es bastante significativo que dos películas de dos debutantes como directores hayan sido probablemente las cintas peruanas que más premios internacionales han recibido: *Paloma de papel* (2003), de Fabricio Aguilar, y *Días de Santiago* (2004), de Josué Méndez. Esta, por cierto, no es una opinión crítica, sino el simple registro de un hecho.

LA TRADICIÓN: TAN LEJOS, TAN CERCA

Si algo tienen en común las cintas de Aguilar y Méndez es el tema: los años del terror. Desde ópticas distintas, ambos

directores construyen un universo coherente que, además, no escatima la crítica a la violencia. Esto podría hacernos pensar, aunque sea por un momento, en la idea de una tradición, cuyo gran referente sería *La boca del lobo* (1989), de Francisco Lombardi.

Sin embargo, una tradición exigiría mucho más que tres películas que aborden o traten un tema similar. Una tradición, ante todo, exigiría una continuidad mayor, más sostenida en el tiempo y más allá de las coincidencias en la base de la anécdota; exigiría también diversas líneas temáticas y estéticas en convivencia contradictoria, no mostrando una línea evolutiva, como quisiera algún conservador, sino dejando ver sus quiebres, sus rupturas, sus intentos por rehacerse. En todo caso, la construcción de una tradición no es una tarea concluida y definitiva, pero al menos por ahora, en lo que al cine peruano respecta, está en formación.

La percepción de algunos jóvenes cineastas no está tan alejada de esta afirmación, cuando no niegan la existencia de tal tradición. Eduardo Mendoza, director de *Mañana te cuento* (2005), señala: «La verdad, creo que existen algunos directores con trayectoria, pero no podría hablar de una tradición. Robles Godoy, quien tuvo tres o cuatro películas bastante interesantes y fue uno de los que más experimentó con el lenguaje visual, y sin duda Lombardi; de hecho crecí viendo sus películas. Es un mérito la continuidad que logró este director que ha podido, es cierto que con altibajos, desarrollar una de las filmografías más extensas de América Latina. Augusto Tamayo y Chicho Durant son otros cineastas que buscan seguir filmando».

Para Frank Pérez Garland, director de la recientemente estrenada *Un día sin sexo*, el punto central de una tradición

cinematográfica debería estar en la identidad, y hasta donde llegó nuestra conversación, él no siente tal cosa: «Admiro a Lombardi, aunque no todas sus películas me gustan; Tamayo es estupendo; Josué Méndez, Fabricio Aguilar, Álvaro Velarde, Eduardo Mendoza, son personas talentosísimas. Yo no sé. Para mí cine peruano es el que se hace en el Perú. Lo que no veo es una identidad. Hubo una época con Chasqui, Federico García y Pancho Lombardi, por mencionar algunos nombres, en que se trabajó de modo más intenso una temática social. Yo creo que *Un día sin sexo* es algo atípica en ese sentido, pues es un filme que podría ocurrir aquí o en Tailandia».

MALDITA COYUNTURA

La Ley de Cine, una suerte de promesa hecha en voz bajita, no se cumple cabalmente, pero los premios y los incentivos vía Conacine algún fruto han dado. Que lo que dan no alcanza, de acuerdo. Que en el país hay otras prioridades, sea. Pero el enemigo se llama corto plazo y mientras no haya una apuesta por cimentar una industria que podría generar en unos años empleo e ingresos significativos, seguiremos en lo mismo.

A pesar del tamaño de esta ola, provocada por las turbulencias de una burocracia conformista y poco audaz —tanto que ha borrado de su glosario la palabra futuro—, algo se mueve en el cine peruano, porque en los últimos cinco años se ha producido, estrenado y premiado un significativo número de películas nacionales. Y en ese afán productivo, que incluye también a los directores consagrados, destacan sobre todo los jóvenes, muchos de ellos con alguna experiencia previa en el terreno del corto o el documental, que no desaprovecharon la ocasión de jugársela por llegar a la tierra prometida: la pantalla grande.

UN DÍA SIN SEXO: MAÑANA TE CUENTO

En lo que va del presente año, Eduardo Mendoza y Frank Pérez Garland han logrado cosechar cierto éxito de público, que ya se cuenta por miles. Como de costumbre, las opiniones de la crítica so-

piratas y la copia espuria estaba ya en todos los polvos apenas al tercer día de su estreno oficial.

La sorpresa no ha sido solo para la estadística, sino para los propios cineastas. Eduardo Mendoza, por ejemplo, sostiene: «Nunca lo imaginamos. La mayoría de películas peruanas no pasan de las 50



«Para mí cine peruano es el que se hace en el Perú. Un día sin sexo es algo atípica en ese sentido, pues es un filme que podría ocurrir aquí o en Tailandia.» (Foto de Carla Leví)

bre estas cintas son dispares, pero el hecho es que ambas han tenido mayor éxito que el esperado, consciente o inconscientemente, por sus directores.

En el caso de *Mañana te cuento*, la película logró movilizar a más de 300 mil espectadores durante su permanencia en cartelera, mientras que *Un día sin sexo* cayó rápidamente en manos de los

mil personas y solo tres habían pasado de las 200 mil en los últimos seis años. La película llevó más de 300 mil personas y nos sorprendió a todos. Como anécdota, la película no tuvo un solo aviso de prensa y ni siquiera contó con el presupuesto necesario para contratar a un jefe de prensa, por lo que tuvimos que coordinar la mayoría de las entrevistas personalmente».

Por su parte, Frank Pérez Garland piensa que la única meta que todavía no ha logrado es, precisamente, el éxito, aun a pesar de que 100 mil personas vieron su película en las primeras dos semanas y, claro, el irónico récord de haber sido pirateada al tercer día. Pero Pérez Garland, por lo menos con esta cinta, tiene las cosas claras: «Hay que considerar que tu primera película tiene que tener algo de éxito, ¿no? La idea era hacer algo que pudiera integrarse a un circuito comercial, porque si no recuperas algo de dinero eso es complicado, pues hay un dinero que es el que inviertes tú como persona, ese par de años en que trabajas sin que nadie te pague nada. Entonces, si quieres llamarlo así, te haces este 'autosabotaje' artístico para comenzar tu carrera».

LA MAR DE PROBLEMAS

«Las cosas no son fáciles» es una frase muy manida en diversos ambientes laborales y que deja sentir cierta resignación, cierto fatalismo de parte de quien la pronuncia. En su sentido más desnudo, podríamos aplicar esta sentencia sin ningún problema al trabajo de Mendoza y Pérez Garland y, por su intermedio, a todos los cineastas peruanos. O casi todos.

Mendoza, por ejemplo, nos ofrece este relato de la génesis de su película: «Me pasé dos años buscando el financiamiento para un guión titulado "El baile de los que sobran". Este proyecto estuvo a punto de rodarse con tres productores diferentes, pero al final todo se cayó por diferentes razones. Se lo presenté a Inca Cine y, pese a la aprobación inicial, la preproducción se canceló. La situación por la que pasaban no era la mejor y no podían enfrentar un guión de esas características. Se me propuso entonces realizar un cortometraje y tratar de ganar algo de dinero con este. Filmé el corto 303, que

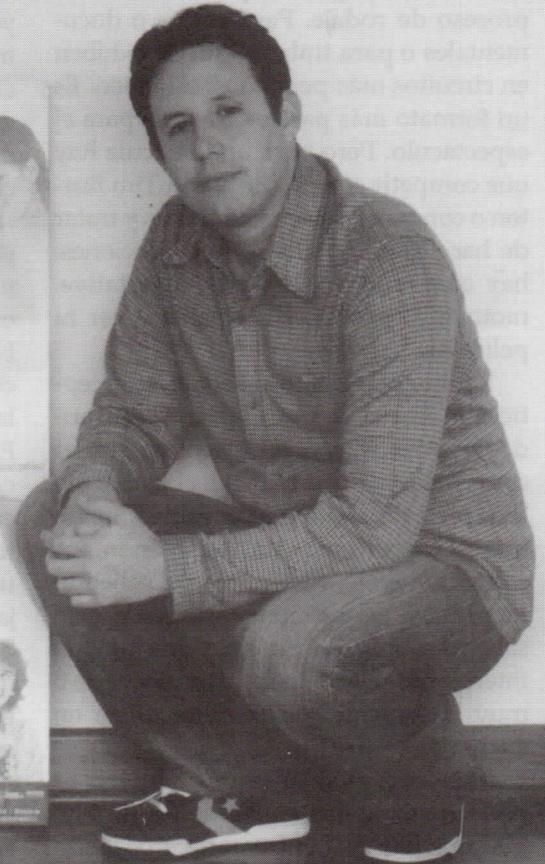
ganó varios festivales pero la mayoría de ellos no ofrecía una compensación pecuniaria. Pasaron otros cuatro meses hasta que el productor de Inca me propuso hacer una película de bajo presupuesto, que pudiera ser rodada en pocas locaciones. Le presenté tres argumentos, cada uno de ellos con una temática diferente, y terminé escogiendo el que se convertiría en *Mañana te cuento*. Dos meses después iniciábamos el rodaje, tres meses después editábamos la película en España y ocho meses después estábamos estrenándola».

Pérez Garland suspira aliviado por no haberse visto en la necesidad de venderle su alma al diablo para hacer *Un día sin sexo*. Según nos dijo, la película costó alrededor de 300 mil dólares, con muertos, heridos y contusos. Y claro, no fue fácil. Nos asegura, incluso, que la gaseosa que estamos tomando al momento de conversar es una de las que sobró de los canjes obtenidos por la producción para aliviar algunos de los gastos de la película. «Si no, estaríamos tomando agua», afirma con un amago de sonrisa. Añade: «Yo estoy fumando cigarros Marlboro y eso pasa en la vida real y eso está en la película. La gente toma cerveza, cerveza Cusqueña... entonces vas a Backus y les dices: tengo tantas escenas donde sale gente tomando cerveza... o la escena en que se compra el preservativo... ¿bueno, quién da más? Ese es otro mecanismo que te permite ahorrar algunos gastos. Luego, con otras empresas, vendes su marca en la película. Hicimos una escena en un grifo, por ejemplo. El tipo se acerca y te dice «Bienvenidos a Repsol». Al final Repsol no participó y claro, saqué la escena. La suerte es que al fin y al cabo no tuve que vender mi alma al diablo para hacer la película. Esa fue labor de la producción, de Fabricio y Ana María Roca Rey».

Los problemas de Eduardo Mendoza no fueron del todo distintos porque, claro,

«billetito manda»: «Sin duda lo más complicado fue lo ajustado del rodaje, tanto en términos económicos como de tiempo. *Mañana te cuento* era el primer largometraje de casi todo el equipo: la productora

de los actores. Las actrices ya estaban comprometidas con funciones de teatro o grabaciones de novela, y los actores tenían también sus propios compromisos, lo que convirtió el rodaje en un vértigo constante



Eduardo Mendoza, director de Mañana te cuento, logró que 300 mil espectadores vieran su película durante su permanencia en cartelera. (Foto de Carla Leví)

de campo, el director de fotografía, el camarógrafo, el *gaffer*, yo mismo como director, en fin. Un equipo muy joven, metido en un rodaje muy duro. Hubo muchas escenas de noche que terminan desgastando a la gente, eso sin contar el hecho de tener que adecuar los horarios

entre cumplir con los tiempos y lograr sacar los mejores resultados».

DE CARA AL FUTURO

Si para los consagrados sigue siendo complicado conseguir el financiamiento de

un proyecto, imagínese lo que será para los cineastas jóvenes o los que sin ser tan jóvenes logran sacar adelante su primera película.

El video digital parecía un gran remedio. Sin embargo, Pérez Garland no se muestra tan optimista en este asunto: «No sé si sea más fácil. El video digital no es una salvación, pese a que te abarata el proceso de rodaje. Para cortos o documentales o para trabajos que se exhiben en circuitos más pequeños, está bien. Es un formato más para el arte que para el espectáculo. Pero para una película hay que competir con *El Zorro*, con Tim Burton o con quien sea que compitas y tratar de hacerlo en igualdad de condiciones: hay que vender, despertar expectativa, motivar al público a ir al cine y ver tu película».

Y frente al reclamo al Estado, su escepticismo es mayor aún: «Hay otras prioridades, pues. Me parece insensato pensar cosas del tipo "qué mal que el Estado no le dé plata a la gente que hace cine". Siento que el cine peruano está despegando, eso es algo concreto, siento que está saliendo una nueva generación y eso le da otro sabor al asunto. Además hay una movida interesante en provincias y un cine serie B muy interesante y que nadie toma en cuenta».

Mendoza, por su parte, también es perfectamente consciente de los problemas que hay que enfrentar, empezando porque en el país, en vez de industria cinematográfica lo que hay es una suma de esfuerzos aislados. A eso hay que añadir la estructura de la cartelera, cada vez menos propensa a diversificar su oferta y más interesada en satisfacer a tiempo completo el gusto masivo. «Eso contribuye a la larga —piensa Mendoza— a que los gustos se uniformicen y por eso es cada vez más difícil presentar propuestas diferentes. Aun así, creo que el Estado

debería cumplir con una promoción mínima, dando las facilidades básicas para desarrollar proyectos que hayan pasado por una comisión preparada que logre escoger imparcialmente cuáles son los proyectos más interesantes. En Argentina, que no es ninguna potencia mundial de la cinematografía, se destinan 18 millones de dólares al año en aportes a proyectos, lo que permite que se estrenen más de cien películas anualmente. Con cien películas hay más probabilidades de encontrar unas cuantas buenas cintas que con las cinco o seis que se hacen aquí cada año».

Las cartas están sobre la mesa. A estos jóvenes no hace falta decirles que se han metido en la boca del lobo, en camisa de once varas o en uno de los trabajos de Hércules. No hace falta decirles, tampoco, que trabajarán en un medio en el que la carencia es la norma y en el cual el Estado no tiene diseñada ninguna política coherente y prospectiva respecto de la cultura y la producción cultural. ¿Y entonces? Nada, salvo el empuje de cada uno. «La gente —dice Mendoza— se queja de que no puede hacer películas, porque espera que alguien venga y les dé 2 millones de dólares y les pregunte qué genial idea se les ha ocurrido. No pues, no es así. La primera película la harás con 40 mil dólares, tres locaciones y solo cuatro semanas de rodaje. En la segunda, con suerte, podrás tener un poco más de tiempo y dinero. Y así, con mucha continuidad y esfuerzo, podrás desarrollar una carrera que a la larga entregue algunas obras que logren trascender y perdurar por su nivel de propuesta. Yo, por mi parte, antes de quejarme, intentaré hacerlas, así sea con una hi-8, con mi enamorada de actriz y dentro de mi casa, no hay problema». Lo que queda claro, entonces, es que la función debe continuar. Así sea. ■



Los muchachos de Hablemos de cine: Juan Bullita, Nelson García, Reynaldo Ledgard, Augusto Tamayo, Carlos Rodríguez Larrain, Fico de Cárdenas, Eduardo Ciotolla, Ricardo Bedoya, Chacho León, Pablo Guevara y José Carlos Huayhuaca, en casa de Guevara, Pachacamac, 1981.

Mi recuerdo de Hablemos de cine

MELVIN LEDGARD*

QUEHAGER

UNMSM-CEDOC

Mi nombre «Melvin», antes inexistente en mi familia, se lo debo a Melvyn Douglas, el galán de Greta Garbo en *Nightchka*. Según mi papá, nació a la hora de esa función de cine que en el listín cinematográfico de los periódicos recibía el nombre de un vino: «vermouth». Mi papá fue el primero de quien escuché, en versión oral, el argumento de *La ventana indiscreta*, alrededor de unos veinte años antes de ver la versión de Hitchcock a mediados de la década de 1980, porque le hice acordar a James Stewart cuando espiaba a través de la persiana de mi dormitorio con la luz apagada a los chicos mayores que yo que fumaban y tomaban cerveza en el chino de la esquina. Imágenes de Errol Flynn, Tyrone Power, Clark Gable, etcétera, eran coleccionadas por mi mamá de chiquilla para un álbum Nestlé del que me ha contado.

El tránsito de ser «cinemero», como mis padres, a ser «cinéfilo», se dio para mí en la secundaria, en esa época clave que se pasa de los 13 a los 14 años, acompañando a mis hermanos mayores, que me llevaban seis y cuatro años, al Cine Arte de San Marcos que funcionaba durante los años finales del gobierno de Velasco en el octavo piso del Ministerio de Trabajo, en un monumental edificio construido en la época de Odría, situado en la avenida Salaverry. Allí todavía podían verse, en copias de celuloide, películas como *La Dolce Vita*, *Los cuatrocientos golpes*, *Vivir su*

vida y *Ocho y medio*, que al final de la década de 1950 y al comienzo de la de 1960 funcionaron como las bisagras entre un cine clásico de Hollywood y un cine europeo de autor que marcó con más claridad que nunca la frontera entre cinemania y cinefilia. El saludo a la bandera a esos clásicos que habían abierto trocha se alternaba con las películas más recientes y en color de los mismos Fellini, Truffaut y Godard, así como también se veían filmes de diferentes épocas de Bergman, Buñuel, Kurosawa y otros. En ese cine-club se proyectaban películas que los que asistían repetían una y otra vez, y había el presentador apropiado para fomentar este tipo de culto: se llamaba Juan Bullita.

Lo bueno de Bullita era su honestidad inquebrantable, al punto que si no encontraba la película que presentaba suficientemente buena, recomendaba al público reclamar el dinero de sus entradas para que se fueran a otros cines a ver algo mejor. Por supuesto, sabía perfectamente qué películas recomendar y dónde las pasaban. Pero si la película presentada valía la pena, por ejemplo una adaptación de *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury por François Truffaut, no solo se extendía en comentarios a la filmografía de Truffaut sino que de allí pasaba a la filmografía del director de fotografía Nicholas Roeg, a su vez también un director de cine, y a la del compositor Bernard Herrmann. Gracias a Juan me fijé en todos los clásicos de Hitchcock posteriores a *La ventana indiscreta* y anteriores a *La cortina rasgada*, con música de Bernard Herrmann, responsable también del tema del

* Crítico de cine y profesor en la Facultad de Artes y Ciencias de la Comunicación de la PUCP.

Ciudadano Kane, punto de referencia indispensable de todo cinéfilo.

En esos años setenta tuve la suerte de recibir, de rebote y durante toda mi secundaria, a través de mis hermanos mayores ya en la universidad, lo que quedaba de los radicales e imaginativos años sesenta, como las burlas al Pentágono del *Doctor insólito* de Kubrick y las crónicas de los crímenes franquistas de *Morir en Madrid* de Rossif, proyectadas infinitas veces en el Ministerio de Trabajo. También vi, una mañana en el Cine Colón, *Ioán el terrible* de Eisenstein, y en el auditorio del imponente edificio del Ministerio de Educación frente al Parque Universitario, impecables adaptaciones soviéticas de Cervantes y Shakespeare. Era un escolar que discutía a algunos, seguramente perplejos, compañeros de clase, la superioridad de la presentación de la Roma antigua en el *Satyri-con* de Fellini sobre el *Ben Hur* con Charlton Heston, que se identificaba con Malcolm McDowell en *If, Si fuera así...* donde los alumnos de un colegio que me parecía igualito al mío ametrallaban a los profesores desde el techo de una capilla, y pensaba que, eventualmente, tendría que mudarme a vivir con «hombres-libro» como los del final de *Fahrenheit 451*.

Pasé de leer los números de *Hablemos de cine* de la década de 1970 a aquellos en formato más pequeño que se habían comenzado a publicar desde 1965, incluso los casi inhallables primeros números, los mimeografiados, donde escribía Bullita, el para mí ya legendario presentador del Cine Arte de San Marcos. La apasionada honestidad del Bullita oral también aparecía en el Bullita que escribía en esa revista que había fundado junto a Isaac León Frías, Federico de Cárdenas y Carlos Rodríguez Larraín, y de hecho se extendía a estos tres, así como ellos la habían fomentado en todos

aquellos que fueron alguna vez parte de la revista. A partir de *Hablemos* volví a un cine estadounidense, al que había mirado con desconfianza de cineclubista, con los ojos de un cinéfilo. Fue, por ejemplo, un gran ejercicio utilizar el diccionario de directores norteamericanos que había ido apareciendo durante varios números de *Hablemos* en su formato pequeño de los sesenta, a la hora de revisar en los canales de señal abierta, los únicos que existían, los ciclos de diferentes estrellas de la Warner como Bogart, Cagney o Bette Davis, o cotejar las películas de la Hammer inglesa que se pasaban bajo el título de cine-terror los viernes en la noche, aparte de la avalancha de películas con una antigüedad de alrededor de una década que se estrenaban en televisión, con lo que se había escrito sobre ellas en *Hablemos* cuando habían sido estrenos. Me acuerdo la pena que me dio la muerte de Howard Hawks, un día después de la Navidad de 1977, cuando leí, en Huancaavelica, en mi primer viaje a la sierra en una camioneta de Desco, el artículo de homenaje que sobre él escribió Federico de Cárdenas en el suplemento cultural *La imagen* de *La Prensa*.

Por aquel entonces debemos habernos hecho amigos Fico de Cárdenas y yo. Fue él quien me leyó el artículo que había escrito cuando murió John Ford en 1973, y quien puso a mi disposición su biblioteca de cine, en la que leí mucho en francés, desde *Cahiers du Cinéma* y *Positif* hasta *30 ans de cinéma américain*, maravilloso diccionario de cine norteamericano clásico de Jean-Pierre Coursodon y Bertrand Tavernier, este último colaborador del diccionario de directores americanos de *Hablemos de cine*, aparte de un gran realizador. El propio Fico era una fuente inagotable de información y quien me llevó a mis primeras reuniones

de *Hablemos*. Mi hermano Reynaldo ya había escrito para la revista, pero cuando yo llegué al departamento de Isaac León, la sede de las reuniones, él se encontraba en Inglaterra haciendo unos estudios de arquitectura mientras veía muchísimo

país hubiera más textos de cine que en los estantes de Chacho y Fico.

Empecé a asistir a las reuniones de la revista a fines de la década de 1970 y mi primer artículo apareció en el número de noviembre de 1980: era extenso, prácti-



Bullita, De Cárdenas, Desiderio Blanco, Isaac León, Marino Molina y Carlos Rodríguez Larraín en 1965.

cine. En 1976 ingresé a la Universidad de Lima con la idea de especializarme en cine; allí también me fui haciendo amigo de Isaac León Frías, el director de la revista. Chacho fue tan generoso como Fico en poner su espectacular biblioteca de cine a mi disposición. Dudo que entonces en el

camente un ensayo, sobre *Alien* de Ridley Scout; allí me atrevía a discutir a mi amigo Fico, el más kubrickiano de la revista, su tesis de la influencia de Kubrick sobre el cine de Scott. Algo que hizo especial mi pertenencia a *Hablemos* fue llegar a conocer a los cuatro fundadores originales.

Aparte de Chacho y Fico, a Juan Bullita todavía se le veía aparecer por el departamento de Chacho, contagiando el entusiasmo cinéfilo que había impregnado en sus propios artículos desde los primeros números de *Hablemos* en 1965; otras veces hacía sentir su ausencia y enviaba mensajes, que se preocupaba que llegaran al departamento de Chacho, en los que hacía una serie de deslindes entre sus propias posturas con aspectos que él consideraba cuestionables de la revista. Todos, sin embargo, incluyendo a los que se habían ido incorporando como Ricardo Bedoya, Nelson García, Augusto Tamayo, José Carlos Huayhuaca, Constantino Carvallo, mi hermano Reynaldo, Guillermo Niño de Guzmán, Augusto Cabada, etcétera, siempre guardaron un afecto especial por él. Juan en buena onda fue memorablemente generoso y un crítico de talento singular: sus locuras no dejaban de tener un aura romántica afín al aprecio o rechazo que le causaba mirar ciertas películas. Tampoco dejaba de asistir, en medio de sus largas estancias en el extranjero como diplomático, Carlos Rodríguez Larraín, que, si bien ya no escribía, era de los que más le hacía justicia al nombre de la revista, justamente participando en las apasionadas conversaciones sobre películas en aquel departamento en el que Chacho adornaba una pared con un póster enmarcado de Rita Hayworth en sensual vestido pegadito al cuerpo y un cigarrillo en la mano del que salían volutas de humo en *Gilda*, mientras que la pared más grande estaba empapelada con coloridos pósteres del Instituto Cinematográfico del Cine Cubano, cuando el cine cubano valía la pena.

Mientras Juan y Carlos ya no escribían mucho, cuando llegué a la revista Ricardo Bedoya era una suerte de tercer

mosquetero que conformaba su núcleo más permanente e indestructible con Chacho y Fico hasta que apareció el último número en 1986. En realidad, hasta el día de hoy, a veces al mismo tiempo de publicar otras revistas como *La gran ilusión* en la década de 1990 y participar en *Tren de sombras* a principios de este siglo, cada vez que han podido, Chacho, Fico y Ricardo han hablado sobre cine (y hoy, cuando me los encuentro, juntos o por separado, siguen hablando sobre cine).

Prácticamente durante toda la década de 1980 escribí sobre cine en diferentes periódicos y publicaciones semanales o ya no tan periódicas, y la primera mitad incluso llegué a escribir un suplemento semanal de ocho páginas sobre el tema para el ya desaparecido diario *El Observador*. En los noventa viví en Estados Unidos: los primeros cinco años hice un doctorado en literatura hispanoamericana y los otros cinco la enseñé (sin dejar de ver muchísimo cine). Cierro entonces esta historia con el último lustro: al volver a Lima a mediados de 1999 fui recomendado por Ricardo y Fico para enseñar un curso que primero se les ofreció a ambos en la Facultad de Comunicaciones de la Católica, y Alberto Servat, a quien se le veía en el departamento de Chacho en las últimas reuniones que asistí de la revista en los ochenta, me invitó a escribir crítica de cine en *El Comercio*, donde me quedé hasta principios de 2003. El nuevo milenio subrayó el hecho de que sin *Hablemos de cine* mi vida habría sido bastante distinta. Por eso, no podría dejar de celebrar los cuarenta años cumplidos desde que apareciera el primer número y dedicarle este artículo a todos los que conocí en las reuniones de los miércoles en el antiguo departamento de Chacho. ■



Celebrando los 40

La meta que nos propusimos era ambiciosa: compartir nuestro 40 aniversario con los amigos, y en el transcurso del año constatamos, gratamente, que no eran pocos ni ocasionales. No solo fue la oportunidad para el reencuentro entre los que alguna vez formaron parte de nuestra institución, los que permanecieron en ella y los que se han ido incorporando en tiempos recientes. También fue el momento para hacer un alto en el camino y reflexionar sobre lo andado, así como entrever nuestros retos, haciendo un balance de lo hecho y lo que falta realizar. Este proceso ha permitido comprobar que somos una comunidad integrada por personas que anudan lazos a veces lejanos y distantes, pero siempre firmes.

Pero, sobre todo, sirvió para reafirmar nuestro compromiso con la población peruana y sus expectativas de desarrollo. Estos 40 años fueron la ocasión para acercarnos aún más a las personas con quienes trabajamos en las diversas partes del país en las que tenemos presencia.

A lo largo de 2005 **desco** organizó una serie de eventos en los que se pusieron de relieve todos estos aspectos. El año comenzó con un Taller de Planificación Estratégica, en el que diseñamos nuestros instrumentos organizativos para los próximos tres lustros.

En el mes de mayo se dio inicio a los eventos celebratorios en las sedes de **desco**, con la semana de la Unidad Operativa Territorial (UOT) Caylloma, perteneciente al Programa Regional Sur. En junio fue el turno del Programa Huancavelica y en agosto le correspondió a la UOT Lampa*. Entre el 9 y el 13 de septiembre se llevó a cabo la semana de la UOT Caravelí* y en ese mismo mes, entre los días 26 y 30, las celebraciones fueron en el Cono Sur de Lima, ámbito en el que trabaja el Programa Urbano. En octubre le tocó al Programa Selva Central y a la UOT Pausa*. Posteriormente, en noviembre, tuvimos las semanas de celebración de las sedes de Arequipa y Lima.

Paralelamente, **desco** impulsó seminarios, conferencias, mesas redondas y presentaciones de libros. Destacaron el Seminario Internacional «La

* Pertenecientes al Programa Regional Sur.

cooperación internacional en América Latina: perspectivas en un nuevo panorama», realizado en junio junto con ALOP y Oxfam GB, en el que se programó además dos foros públicos. En julio se llevó a cabo el Seminario Internacional «Desarrollo local y participación en América Latina», con ALOP-Novib, y la conferencia «Normas y estándares de evaluación del Sistema de Naciones Unidas», a cargo de Ada Ocampo, funcionaria de dicho organismo. Asimismo, ese mismo mes se celebró la Conferencia Subregional Andina «Los Objetivos de Desarrollo del Milenio desde la perspectiva latinoamericana», coorganizado con SNV, CEPAL, Oxfam GB, ALOP y APCI.

Luego, en noviembre, en el marco de las celebraciones en la sede central de **desco**, se realizó el Seminario Internacional «Alternativas de desarrollo en el Perú y América Latina», evento que sirvió de escenario para la presentación de cuatro sistematizaciones del trabajo de promoción de nuestros programas: *¿Capitalizan los pobres? Experiencias de generación de ingresos en familias altoandinas* (Programa Huancavelica); *Rumbo a la competitividad. Aprendizajes de la promoción de la agroindustria rural en la provincia de Caravelí* (Programa Regional Sur – UOT Caravelí); *Sabor a café. Una experiencia de desarrollo con pequeños productores cafetaleros de la Selva Central* (Programa Selva Central), y *Densificación habitacional. Una propuesta de crecimiento para la ciudad popular* (Programa Urbano). Ese mismo mes se realizó la Mesa Redonda «La desigualdad en el Perú: balance y perspectivas».

Por otro lado, en 2005 se publicaron diversos textos de reflexión, entre los que destaca la serie Perú Hoy, cuyo número de julio fue dedicado a un balance de los cuatro años del actual gobierno, y el correspondiente a diciembre al tema de la desigualdad en el Perú. En octubre fue presentado el libro *La quimera del desarrollo en el Perú. Estilos de crecimiento y pobreza*, de Raúl Mauro. Además, se publicó la *Memoria 40 años 1965-2005*, que resume la vida institucional y los cambios producidos al compás de los acontecimientos nacionales.

Finalmente, un evento muy singular por nuestros 40 años fue el almuerzo que tuvo como invitados a nuestros siete ex presidentes, con la presencia de nuestra actual presidenta y el consejo directivo en pleno. Y como culminación del programa de celebraciones, el 25 de noviembre se presentaron los videos institucionales y se celebró el cóctel de aniversario.



Presentación del libro Sabor a café. Una experiencia de desarrollo con pequeños productores cafetaleros de la Selva Central, en Villa Rica. Programa Selva Central. (Foto Hugo Carrillo)



Mesa Redonda «La democracia en los países andinos». Semana del Programa Regional Sur. Paraninfo de la Universidad Nacional de San Agustín (Arequipa).

SEMINARIO INTERNACIONAL «ALTERNATIVAS DE DESARROLLO EN EL PERÚ Y AMÉRICA LATINA»



De izquierda a derecha: Eduardo Toche, moderador; Fernando Sánchez Albavera, de CEPAL; Miguel Caillaux, de CONVEAGRO; y Molvina Zeballos, presidenta de **desco**.



Panel sobre densificación como alternativa de vivienda para los sectores populares.

CÓCTEL DE ANIVERSARIO



Tres ex presidentes de **desco** departiendo: Hélan Jaworski, Federico Velarde y Eduardo Ballón.



Rememorando viejos tiempos, ex presidentes Henry Pease, Hélan Jaworski y Luis Peirano, en compañía de Fernando Sánchez Albavera, Charles de Weck, Ellen Roof, Miguel Santillana, Eduardo Palacios y Ariela Ruiz Caro.



La vida y la ficción

«¿Qué es la vida? Una ficción», recitaba, impunemente, un candidato a Calderón en 2001, con viles fines electoreros. Y si para algunos la vida no es más que un sueño, para otros muchos es una pesadilla de la que se pueden confeccionar gustosos mundos paralelos, la materia prima para crear ficciones maravillosas que cambien, aunque sea imaginariamente, la vulgar realidad. La vida sería insoportable sin ficción y la ficción se alimenta de la vida. Alonso Quijano es «desquiciado» por las fantasías de los libros de caballerías, y cree que el mundo es como lo describen las novelas de Amadís y Palmerín; sucumbe ante la fantasía. La realidad se convierte en fantasía y la fantasía se hace realidad. La ficción devora la realidad y todo se convierte en literatura. La locura de don Quijote es su hambre de ficción, de irrealdad. Mario Vargas Llosa decía que se escribía ficciones, «mentiras», para cambiar la vida que vivimos, para que los seres humanos tengan la visa que no se resignan a no tener: querer ser distinto de lo que se es. La ficción nos completa.

La verdad de la literatura, de la fantasía, es diametralmente distinta de la verdad histórica, pero son complementarias. Balzac escribió que la ficción era la historia privada de las naciones. Porque la delgada línea que separa la realidad de la fantasía es demasiado frágil para no ser traspasada sin entusiasmo. Vivimos una época en la que la realidad —noticias trágicas, derrumbes morales, catástrofes mundiales— nos abrumba, nos encadena a lo más terrenal de nuestras existencias, nos subyuga. Pero cuando un ser humano se entrega a la ficción puede, al menos mientras dure el hechizo, remontar su cotidianidad y, aunque sea momentáneamente, hacer de la prosaica realidad una vívida ficción.



René Magritte. La reproducción prohibida, 1937.

Escribir la ficción, escribir la nación: el espejo roto de Ricardo Palma

GUSTAVO FAVERÓN PATRIAU¹

La constante proximidad de los términos nación y ficción en estudios teóricos, en ensayos críticos, en investigaciones históricas, nos da, quizá, un buen indicio sobre la naturaleza de ambos: sobre el elemento ficticio que subyace a la formación de todas las naciones, y sobre el sesgo nacional, e incluso nacionalista, con que nuestra época entiende la literatura. Ficción y nación son términos profundamente entretreídos, acaso ya inseparables. Aunque la genealogía de su relación en Occidente se remonta al temprano romanticismo alemán e inglés, y al tardío romanticismo francés —el de Ernest Renan, por ejemplo, el autor de «¿Qué es una nación?»—, en el terreno de la especulación teórica contemporánea, cuatro autores parecen fundamentales para explicar la avalancha de estudios que, en América Latina, se ocupan del vínculo entre ficción y nación. Curiosa o sintomáticamente, ninguno de ellos es latinoamericano.

Uno es Eric Hobsbawm, el historiador inglés que acuñó la idea de «invención de la tradición» para referirse al mecanismo por el cual las naciones, y peculiarmente los Estados nacionales modernos, reforman sus memorias históricas y las reelaboran en función de las premisas que rigen su aspiración colectiva (o, mejor incluso, para dar vida a tal aspiración). Al

inventar un pasado compartido, ellos inventan el colectivo mismo, se inventan, proyectando sobre el pasado la sombra del ideal nacional, en una flagrante reescritura oficial de la historia. Un ejemplo notorio, por exageradamente artificial, viene a la mente: la arbitrariedad con que Fidel Castro quiso imponer en su revolución la figura del «hombre nuevo», acuñada por Ernesto Guevara, como, simultáneamente, un ideal futuro y una plasmación de rasgos ya inherentes al cubano. La nación de «hombres nuevos», así, habría de ser a una vez el *telos* de la revolución y la cristalización de un proceso iniciado antes de ella, con Martí, por ejemplo, de modo que figuras como la de Martí fueran incorporadas a la ficción nacional revolucionaria. (Esa versión de la «invención de una tradición» Borges la hubiera podido llamar «Fidel y sus precursores»).

Otro peldaño en esta escalera lo colocó Benedict Anderson, el historiador estadounidense, profesor recientemente jubilado de Cornell University y hermano del también célebre Perry Anderson. Benedict fue el autor de un texto convertido ya en clásico del tema y cuyo título se ha vuelto casi sinónimo de nación: *Imagined Communities (Comunidades imaginadas)*.² La espina dorsal del argumento de Anderson es la idea de que las naciones modernas surgieron, en gran medida, gracias a la explosión de lo que su teoría llama el «capitalismo impreso», y que supone la coincidencia, en el siglo diecinueve, de diversos fenómenos. El telón de fondo de la coincidencia, y su instrumento principal, es por supuesto anterior al siglo diecinueve: la imprenta. Los elementos propiamente decimonónicos son la producción masiva de periódicos y

¹ Crítico cultural y profesor de literatura latinoamericana en Bowdoin College, Maine (Estados Unidos). Fuera del Perú desde el año 2000, su maestría y su doctorado los hizo en Cornell University. Su tesis doctoral se titula «Disidencias: fisuras de lo hegemónico en la narrativa latinoamericana del siglo diecinueve».

² Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York: Verso, 1991 (1983).

otras publicaciones capaces de alcanzar a grandes cantidades de gente en grandes extensiones de territorio más o menos simultáneamente: los diarios permiten a un habitante de una remota provincia leer los acontecimientos de otra, y compartirlos, intuir que los sucesos ocurridos en lugares hasta entonces ajenos son en verdad parte de una historia contemporánea y propia. El mismo siglo diecinueve, dice Anderson con giro benjaminiano, vio también la coincidente aparición de una forma de novela abarcadora, totalizante, cuya narración se desarrollaba en un «tiempo homogéneo y vacío»: las grandes ficciones realistas decimonónicas, en las que se retrataban diversas acciones de diferentes núcleos de personajes, aparentemente inconexas, líneas argumentales que se iniciaban en paralelo y eventualmente se entrelazaban, pero que ofrecían al lector una mirada panorámica de la forma de una sociedad como aquella en la que él vivía. La novela de este tipo, dice Anderson, otorga a su audiencia la visión de un tejido social microcósmico que es análogo al tejido social en que habita esa audiencia. En los casos más perfectos, además, la novela así constituida tomaba como referente directo a esa misma sociedad, de modo que se convertía en un ficcional reflejo de la pequeña comunidad a la que pertenecían y de la gran comunidad a la que imaginaban pertenecer sus lectores. La idea de imaginación, entonces, se hace crucial en Anderson: es al imaginar la nación que la nación aparece, como una proyección, como un holograma creado por la mente de muchos lectores concomitantemente.

El tercer peldaño, como el anterior y como el siguiente, lo colocó también un intelectual estadounidense, marxista como Anderson, Fredric Jameson, quien postuló, aunque de modo dudoso (y curiosamente ahistórico viniendo del propulsor del lema «historizar, historizar, historizar») la idea de que todas las ficciones

escritas en el tercer mundo eran alegóricas, y que lo eran de un modo peculiar: eran, siempre y sin excepciones, alegorías de la nación.³ El razonamiento de Jameson fue la conclusión, aparentemente inevitable, de su visión de lo que él, con gesto grueso y generalizador, llama, como otros, el «tercer mundo».⁴ Para Jameson, una diferencia clave en la organización de las sociedades del «primer mundo» y el «tercero» es el hecho de que en estas últimas, debido a su posición de retaguardia en el proceso del capitalismo tardío, no se ha alcanzado aún el punto de separación entre lo que Habermas llama la esfera pública y la esfera privada de las sociedades modernas. El escritor tercermundista es, en Jameson, uno que, empeñado en contar historias privadas (quizá porque conscientemente no tiene ni la aspiración ni la capacidad de reflexionar a nivel macro), cae siempre, paradójicamente, como un Sísifo de llamativo poder creativo, en el precipicio de la representación pública: sus historias pueden pretender ser narraciones de lo individual, lo personal, lo íntimo, y en efecto mostrar solo eso en su cara más evidente, pero les es inevitable, en función de la no separación de las esferas habermasianas, convertirse, en el fondo, en representaciones de la esfera pública de las naciones de esos autores y de sus personajes. La relación entre la historia literal, la de los sujetos en el texto, y la historia escondida, la de los grupos sociales en el seno de la nación, la reconoce Jameson como alegórica (difícil entender por qué, puesto que, ya entregados a pensar en el tema, una relación tal, de darse, resuena más bien como similar a la narración tipológica en que pensaba Lukács, en la que los sujetos,

³ Jameson, Fredric. «Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism». *Social Text*, 15, 1986, pp. 65-88.

⁴ A Jameson le respondió, contundentemente, Aijaz Ahmad, en un artículo titulado «Jameson's Rhetoric of Otherness and the National Allegory». *Social Text*, 17, 1987, pp. 3-25.

sin perder su individualidad, alcanzan también a ser signos de los grupos sociales a los que pertenecen).

¿El cuarto hito? También es un libro cuyo título ha devenido nombre en clave del fenómeno al que estudia, *Foundational*

promovidos por las élites criollas de cada uno de nuestros países. El impulso de los tres intelectuales que mencioné antes es evidente en Sommer: la invención de tradiciones, al estilo de Hobsbawm; la novela como espejo en el que la sociedad puede



El historiador inglés Eric Hobsbawm acuñó la idea de «invención de la tradición» para referirse a la manera como los Estados nacionales modernos reforman sus memorias históricas. (Foto de Jorge Ochoa)

Fictions (Ficciones fundacionales), de una profesora de Harvard, Doris Sommer.⁵ La idea principal de su libro es la propuesta de que, durante el siglo diecinueve, en las décadas inmediatamente posteriores al triunfo de los movimientos emancipadores de América Latina, la narrativa del continente fue el principal campo de batalla para la extensión y coronación de los discursos hegemónicos nacionalistas

intuir sus propios rasgos y acaso completarlos imaginariamente, al modo de Anderson; la creencia en la cuasi inevitabilidad del impulso a alegorizar la nación a través de ficciones que, superficialmente, cuentan casi siempre historias personales, conyugales o familiares, es decir, la ficción privada como relato cifrado del discurso público, siguiendo la impronta de Jameson.

El corpus de Sommer es variado: va desde las narraciones sui generis de Hernández o Sarmiento en la Argentina hasta novelas de cuño romántico como

⁵ Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.

Sab, de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, o *María*, del colombiano Jorge Isaacs, e incluye épicas urbanas de un tono que se balancea entre el realismo y el costumbrismo, como la célebre *Martín Rivas*, del chileno Blest Gana, y llega hasta el siglo veinte con reinventiones reflexivas del género como *Las memorias de Mamá Blanca* de la venezolana Teresa de la Parra. El fuerte del análisis de Sommer está precisamente en las novelas, donde le resulta más fácil expandir el aliento explicativo de su teoría. Se trata, afirma Sommer con tono, en este caso, abiertamente foucaultiano, de ficciones en las que las relaciones eróticas entre los personajes, muchas veces hombres y mujeres de clases distintas (como en Blest Gana), etnias apartadas (como en Avellaneda) o religiones diversas (como en Isaacs), representan los intentos de vinculación, aproximación y reordenamiento de los diferentes grupos sociales en las embrionarias naciones latinoamericanas de ese largo periodo, pero siempre desde el punto de vista de los discursos de las clases hegemónicas. Sommer, hay que decirlo, tiene una versión limitada y acaso pregramsciana del concepto de hegemonía, en el que esta no es tanto el campo de interrelación de discursos complejamente conectados pero también, muchas veces, enfrentados y contradictorios, sino una fuerza monolítica desatada sobre fuerzas menores y casi mudas de oposición, que acaban por diluirse ante el impulso de la primera.

Hay muchas cosas que objetarle a esta teoría. Las más evidentes son dos. La primera, que su concepto de alegoría supone una forma homogénea y sin fisuras, un impulso siempre unificador, lo que hace que sus lecturas críticas tiendan a borrar las heridas y cicatrizar los hiatos de las ficciones estudiadas, construyendo totalidades allí donde, con otros anteojos, uno podría percibir enfrentamientos y disonancias. Su teoría no le permite distinguir los impulsos contraventores al

interior de esas novelas: la recuperación de la otredad de lo indígena, en *Sab*; o la reivindicación de la diferencia judía, en *María*, por citar dos ejemplos. En Sommer, todo lo que es contrahegemónico se hace imperceptible. La segunda carencia de su planteamiento es que le otorga a la novela latinoamericana una preeminencia clara en la formación de las imaginaciones nacionales del continente, a pesar de que una rápida revisión de los factores reales y objetivos en los que esas novelas fueron publicadas y leídas, como he señalado en otro artículo, demuestra que su alcance fue minúsculo y muchas veces, incluso, casi inexistente.⁶

TRADICIONES PERUANAS: UN ESPEJO EN TRIZAS

A los peruanos, por otro lado, leer el libro de Sommer nos deja con una interrogante obvia: cómo es que no hay ninguna «ficción fundacional» peruana en el corpus acopiado por la profesora en *Foundational Fictions*, un corpus que es, muy al estilo estadounidense, exhaustivo en querer tomar algo de cada tradición representativa para dotar a su teoría de un amplio poder explicativo. Hay quien cuenta que la versión original del libro incluía un capítulo sobre *Aves sin nido*, de Clorinda Matto de Turner, y que algún crítico peruano, recibiendo de Sommer el encargo de evaluar el trabajo antes de su publicación, tuvo el buen sentido de hacerle ver a la autora que la novela de Matto había sido siempre en el Perú, desde su primera publicación, básicamente, el título celeberrimo de un libro que casi nadie jamás leía, y que, por lo tanto, ningún sentido tenía otorgarle algún tipo de valor fundacional en el proceso de establecimiento del Estado nación moderno en nuestro país. El hecho es que,

⁶ Faverón Patriau, Gustavo. «Comunidades imaginables: Benedict Anderson, Mario Vargas Llosa, la novela y América Latina». *Lexis: Revista de Lingüística y Literatura*, 26.2, 2002, pp. 441-67.

como los parientes pobres de la familia, los peruanos nos quedamos sin asiento en el banquete de los «romances nacionales».

Pero podemos poner a funcionar ese vacío interesante en el corpus de Sommer: la consolidación de un proyecto de nación en el Perú no se ha dado, pero tampoco es claro que se haya dado en muchos otros países de América Latina. Nuestra falta de «romance nacional» no parece diferenciar nuestro fracaso del fracaso de los demás, y, si uno mira con cuidado, tal vez podamos concluir, así, que las ficciones fundacionales no fueron decisivas en esos procesos, ni como coadyuvantes ni, mucho menos, como obstáculos. El centro de nuestro canon para el mismo periodo que Sommer registra en su estudio fueron muy probablemente las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, narraciones mucho menos abarcadoras, una por una, que las novelas que se estudian en el tratado de Sommer, bastante más fragmentarias que cualquiera de aquellas, pero a la vez dueñas de un poder referencial directo, libres de la necesidad de alegorizar (si es que son alegorías las de aquellos otros libros, cosa que dudo, como he explicado en más de un artículo, por razones similares a las que he expuesto aquí para dudar del carácter alegórico de las novelas *tercermundistas* a las que alude Jameson⁷). Y, adicionalmente, las *Tradiciones peruanas* tienen otras dos cualidades sugerentes y subyugantes para cualquiera interesado en estos asuntos: primero, que su fragmentación narrativa les permite ofrecerse como un enorme mosaico de historias que van copando solo en parte los vacíos de la representación de su objeto, construyendo un gran referente a partir de minúsculas intervenciones en la historia, pero sin jamás consolidarlo en un discurso único e

inconútil; y segundo, que las *Tradiciones peruanas* fueron escritas a lo largo de mucho tiempo, de hecho, a lo largo de todo el periodo crucial y definitorio del proceso imaginario de construcción de la nación peruana y del proceso real de construcción de nuestro Estado en la segunda mitad del siglo diecinueve y los primeros años del veinte. La obra de Palma no es solo una reconstrucción voluntaria de nuestro pasado a partir de la modificación de nuestra memoria tradicional, sino que, me atrevo a decir, supone también una crónica de las vicisitudes de esos dos procesos en paralelo a las vicisitudes de la escritura misma de la obra.

Dudo que, dadas las limitaciones de su recepción, las «ficciones fundacionales» hayan tenido un valor crucial en la imaginación nacional de las sociedades latinoamericanas; creo, en cambio, que las narraciones breves de Palma, de tono cambiante según él fue transitando de los límites aprendidos del romanticismo a los límites autoimpuestos del género que él mismo estaba forjando, merecedoras casi siempre de una gran respuesta de lectoría en el Perú de su época, y, a lo largo de muchas décadas, centrales en la construcción de nuestra autopercepción como entidad histórica (son ellas mismas otro gran ejemplo de la «invención de la tradición» de Hobsbawm), sí pueden haber contribuido a la consolidación de muchos discursos destinados a sembrar ciertas ideas de lo peruano en diversas capas sociales de nuestra sociedad: las *Tradiciones*, hay que recordarlo, provienen en parte del *lore* popular, y, esto es aun más importante, han regresado a él bajo la forma de nuevas narraciones orales de transmisión igualmente popular. Su alcance rebasa el límite de lo letrado, desde su origen hasta ese punto de llegada donde se reinscriben en la oralidad, con una fuerza genética que solo podemos reconocer, antes de él, en la filtración fragmentaria de las ideas del Inca Garcilaso,

⁷ Véase, por ejemplo, Faverón Patriau, Gustavo. «Judaísmo y desarraigo en *María de Jorge Isaacs*». *Revista Iberoamericana*, 70.207, 2004, pp. 341-57.



Aparte de crear un género, las tradiciones, Ricardo Palma hizo de su obra una reconstrucción voluntaria de nuestro pasado a partir de la modificación de nuestra memoria tradicional. (Foto de Thiebault, 1864)

que también provienen parcialmente de la oralidad y, mediadas por lecturas ajenas, retornan a ella (en el caso del Inca, uno de esos mediadores fue, claramente,

el mismo Palma). Las *Tradiciones*, como los *Comentarios*, son productos acabados dentro de los confines de la «ciudad letrada», pero también han tenido la fuerza de

recolocarse, al menos en parte, al menos algunas de ellas, más allá de esas fronteras (allí está el melifluido relato de la muerte de Atahualpa, las historias de pacíficos matrimonios interculturales, la virilización extrema de la figuras de los libertadores, el blanqueamiento profundo de los relatos independentistas). Son, quizá, lo más similar que podemos rastrear en el siglo diecinueve a esa cultura de los grandes medios masivos que, con hálito prestado de Benedict Anderson, pero minuciosamente adaptado y contextualizado a las circunstancias de los países latinoamericanos, Jesús Martín Barbero ha estudiado en la producción y recepción de los discursos de la televisión o de la radio en el siglo veinte.⁸

Y después de Palma, es imposible detectar la presencia de otra obra literaria que haya dejado sus señales en algún sector de la imaginación popular peruana con tanta fuerza. Quizá porque nadie después de él ha tenido el desparramo de creerse capaz de lidiar con toda la cronología de lo peruano —lo republicano, lo prerrepblicano, lo prehispano— como lo tuvo él; quizá porque nadie ha vuelto a creer que fuera lícito diseñar una sola cronología con esas historias fracturadas, inventando una sola tradición allí donde se perciben muchas; quizá porque la sofisticación de las narrativas contemporáneas las ha alejado más y más de cualquier posibilidad de dejar una huella en el imaginario de la calle; quizá porque nuestra tradición se ha compartimentado hasta el punto en que pocos son los autores que se deciden a representar clases sociales, etnias, culturas ajenas; o quizá porque, precisamente, nuestros escritores notan ahora, o sospechan, que la mayor parte de lo peruano les es ajeno.

Junto al programa de releer a Palma, y saldar la deuda con él en busca de

nuestras propias «ficciones fundacionales», fuera del marco teórico de Sommer, tarea que, pienso, la crítica deberá emprender tarde o temprano con las nuevas armas teóricas que, con las objeciones que les he puesto, nos brindan Hobsbawm, Anderson o Martín Barbero (y, claro, muchos otros, como Ángel Rama o Antonio Cornejo Polar), deberíamos plantearnos algunas preguntas fundamentales, hasta ahora, pienso, no suficientemente formuladas: ¿por qué nuestra más abarcadora «ficción fundacional» es también el retrato más quebrado, el espejo más roto que tenemos de nuestra historia? ¿Es Palma uno de nuestros grandes centros de gravedad canónicos, y el crucial del siglo diecinueve, precisamente por (y no a pesar de) su irremisible tendencia a la fragmentación, a la imposibilidad de compleción? ¿Fue acaso la quebrazón, la parcialidad, la imposibilidad de construir un solo gran retrato de la nación peruana, el gran gesto realista de las *Tradiciones*?

Probablemente, olvidándonos del dudoso factor alegórico, podamos todavía recoger la idea más elemental de Sommer, y también de Anderson, aquella según la cual es posible rastrear una correspondencia analógica entre la forma del discurso de la «ficción fundacional» y la forma de la sociedad que representa, pero dándole un sesgo distinto. En las *Tradiciones* no cabría buscar tanto (o no solamente, como ha ocurrido hasta hoy) el diseño de plasmar un discurso hegemónico destinado a suturar los vacíos de la sociedad representada, y de la historia imaginada, dotándolas de una unicidad ansiada desde la élite criolla, sino el ejercicio de construir una unidad que es, siempre y a cada paso, imposible de alcanzar. Palma sería, entonces, más que el centralista reinventor de la historia peruana, el frustrado descubridor de una verdad: que la historia de un país fracturado solo puede ser, ella misma, una recolección de huesos rotos. ■

⁸ Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: G. Gili, 1987.



Antonio Carlos d'Avila

Las tramas del pasado: cinco notas

PETER ELMORE*

(PRIMERA NOTA: EL SUEÑO DE LA NACIÓN)

«La historia es una pesadilla de la que intento despertar», dice Stephen Dedalus —el otrora artista adolescente— en *Ulises*, de James Joyce. La frase es célebre y no ha sido raro encontrarla como epígrafe de varias novelas latinoamericanas. La Irlanda de Joyce era colonial, provinciana, frágil; en Gran Bretaña, su presencia no pasaba de ser menor, subordinada y periférica. De ahí, acaso, que los dilemas y los dramas que en la escritura quiso resolver Joyce hayan resonado, con un eco que no resultaba exótico, en América Latina. Un estudioso inglés, Gerald Martin, ha escrito con elocuencia sobre la impronta de Joyce en la literatura latinoamericana moderna en su *Viajes por el laberinto*, que es —el título resulta apropiado— una suerte de guía por los territorios de la ficción del continente en el siglo XX. Obviamente, *Ulises* no es una novela histórica, pero esa circunstancia no ha impedido que su visión trágica y crítica del pasado —ese pasado que conocemos sólo a través de los textos— se advierta en obras como, por ejemplo, *Yo el Supremo*, de Augusto Roa Bastos. «Tema del traidor y el héroe», el admirable cuento de Borges, no es tampoco una ficción histórica, pero ahí encuentra uno la imagen de Irlanda como un doble posible de América Latina: «La acción transcurre en un país oprimido y tenaz: Polonia, Irlanda, la República de Venecia, algún estado sudamericano o balcánico... Ha transcurrido, mejor dicho, pues aunque el narrador es contemporáneo, la historia referida

por él ocurrió al promediar o al empezar el siglo XIX». La enumeración de escenarios hace que la identificación (o la equivalencia) entre Irlanda y América del Sur se deslice sutilmente, sin énfasis. «Digamos, para comodidad narrativa, Irlanda», añade casi de inmediato el narrador, que con diestra y fatigada elegancia finge apenas bosquejar el argumento de un relato que, tal vez, escriba en el futuro. «Faltan pormenores, rectificaciones, ajustes; hay zonas de la historia que no me fueron reveladas aún; hoy, 3 de enero de 1944, la vislumbro así», dice, y esa afirmación hace que notemos la escritura como lo que, en efecto, es: un trabajo y una búsqueda. Es decir, una *inquisición*, para usar una palabra que a Borges le gustaba. En este caso, se trata de una inquisición en el pasado de un país «oprimido y tenaz». Esos dos adjetivos aluden a una experiencia de la historia en la que, comprensiblemente, esta parece una pesadilla de la que no pocos desean despertar.

(SEGUNDA NOTA: LA HORA DE LAS FUNDACIONES)

Como género, la novela histórica tiene su partida de nacimiento en Escocia, donde Walter Scott escribió *Waverley*. El subtítulo de la obra —«hace sesenta años»— sirvió luego para que la crítica del siglo XIX legislase sobre el lapso que debía mediar entre la fecha de redacción de una novela y el tiempo de lo narrado. Se sabe que Scott bregó con su original al menos durante una década: si su material se le hubiera rendido con más facilidad, la marca del medio siglo hubiera bastado. Los imitadores de Scott fueron legión a lo largo y ancho de Europa, sobre todo en

* Escritor y crítico literario. Ejerce la docencia en la Universidad de Boulder - Colorado, Estados Unidos.



Simón Bolívar ha sido motivo de más de una ficción histórica, como la novela de García Márquez, *El general en su laberinto*. (Óleo *Alegoría de la muerte de Simón Bolívar* (1834) de José Anselmo Yáñez)

países que —como la Italia en la que Manzoni escribió *Los novios*— luchaban por alcanzar una forma estatal autónoma. En el primer tercio del siglo XIX, cuando los criollos hispanoamericanos fundaban nuevas repúblicas sobre las ruinas del colonialismo español, la cuestión nacional ardía también en Europa y el nacionalismo (que suele imaginarse arraigado en tradiciones arcaicas y adhesiones telúricas) empezaba a cuajar como lo que en realidad es: una ideología moderna.

Walter Scott publicó su libro en 1814 y, temeroso del fracaso y el ridículo, prefirió dejarlo anónimo. A pesar del éxito inmediato y multitudinario de la novela, Scott reconoció pública y formalmente la autoría de la novela solo en 1827. Benedict Anderson, en *Comunidades imaginadas*, sostiene que el nacionalismo criollo en la América Hispana no replica un fenómeno metropolitano; por el contrario, lo precede o, al menos, casi coincide en el tiempo con este. En *Waverley*, el protagonista

—que es inglés, pero católico— se ve involucrado en una rebelión escocesa contra la Corona. La periferia combate al centro, el tradicionalismo lucha contra la modernización: esos temas —que son también los del ensayo y la ficción hispanoamericanos del diecinueve— se presentan en una novela redactada poco después de que, en 1810, las élites criollas de Buenos Aires y Caracas comenzaran a descubrir su propio liderazgo. De 1815 es la célebre «Carta de Jamaica», en la que Simón Bolívar considera las perspectivas del combate anticolonial y señala, famosamente: «Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y las ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil». Al ensayo epistolar y programático de Bolívar lo anima el impulso de la fundación: hacia 1825, el Libertador tendrá en su haber cinco repúblicas. La fecundidad de Scott es distinta, pero también la rige el gesto de fundar: en su caso, uno de los subgéneros cruciales de la novela decimonónica.

(TERCERA NOTA: BOLÍVAR Y EL PATRIOTA POLACO)

Polonia es otro de los escenarios posibles de «Tema del traidor y el héroe». Es polaco Miecieslaw Napierski, un coronel exilado que, en *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez, visita al ya agónico Bolívar para ponerse bajo sus órdenes y combatir por la causa hispanoamericana. El año es 1830: han pasado tres lustros desde la «Carta de Jamaica», que le fue dirigida a un súbdito inglés con claras simpatías por el proyecto emancipador, y en esos quince años se han sucedido la apoteosis y el ocaso. El héroe es ya su propia sombra y son contados los días que le restan: «Después de la muerte de Sucre quedaba menos que nada. Así se lo dio a entender a Napierski, y así lo dio a entender este en su diario de viaje, que un gran

poeta granadino había de rescatar para la historia ciento ochenta años después». El narrador se abstiene de nombrar al poeta en esas líneas, pero la alusión a Álvaro Mutis es transparente. En la noticia preliminar sobre la novela, García Márquez apuntaba: «Durante muchos años le escuché a Álvaro Mutis su proyecto de escribir el viaje final de Simón Bolívar por el río Magdalena. Cuando publicó "El último rostro", que era un fragmento anticipado del libro, me pareció un relato tan maduro, y su estilo y su tono tan depurados, que me preparé a leerlo en poco tiempo». Dos años después, la novela de Mutis era ya un proyecto abandonado. Fue entonces, dice el autor de *Cien años de soledad*, que «me atreví a pedirle que me permitiera escribirlo».

En «El último rostro», un narrador liminar declara haber rescatado fortuitamente un documento histórico. Ese documento es el diario de Napierski, en el que se registra un encuentro con Bolívar. En la novela de García Márquez, a su vez, la voz autorial prolonga un juego cómplice de citas imaginarias y rescates históricos. La índole borgesiana de ese juego es notoria. Comienza, por lo demás, con el título mismo del relato de Mutis, que supuestamente se inspira en un improbable y recóndito manuscrito medieval: «El último rostro es el rostro con que nos recibe la muerte». Ese procedimiento —el de la erudición apócrifa— no es infrecuente en Borges, y la frase misma resuena como un eco anacrónico de estos versos de «Poema conjetural»: «En el espejo de la noche alcanzo / mi insospechado rostro eterno. El círculo / se va a cerrar. Yo aguardo que así sea».

En el poema de Borges, el yo que se expresa es —como en los poemas de Browning— un personaje. Más aún, un personaje histórico. Militar (como Napierski) y sudamericano (como Bolívar, del que es contemporáneo), Francisco Narciso de Laprida pronuncia su monólogo poco antes de afrontar la muerte. Según Michel

de Certeau, la historiografía moderna asume la imposibilidad de creer en esa presencia de los muertos que marcó la experiencia de las civilizaciones antiguas; al mismo tiempo, la misma historiografía no se resigna del todo a aceptar que se ha perdido el vínculo con los que ya no están. La ficción histórica restablece esa presencia y ese vínculo, pero no bajo un manto mítico o sagrado: la resurrección no es la de la carne, sino la de los signos.

(CUARTA NOTA: LUKÁCS Y LOS HÉROES INTERMEDIOS)

La novela histórica, de Georgy Lukács, es el libro más importante sobre el género, aunque dista de ser un estudio sistemático. Es, en rigor, una colección de ensayos en la que se defiende un tipo de ficción histórica —la engendrada por Walter Scott— y se ataca otras —como la romántica o la decadente—. Marxista convicto y confeso, Lukács sigue en clave materialista la



El juego de las citas apócrifas y los autores imaginarios fue muy frecuente en la vasta obra de Borges. (Foto de Daniel Merle)

lección de Hegel en la *Filosofía de la historia* (que, al igual que *La novela histórica*, tampoco es un libro sistemático y compuesto de acuerdo a un plan previo). La historia —dice Hegel— no se ocupa de cualquier pasado: su objeto es el pasado de la comunidad organizada, de la polis. De ahí que su ámbito no sea doméstico, sino político. El ángel de la Historia se despierta en tiempos tormentosos y convulsos, cuando fuerzas contrarias se disputan las riendas del Estado. Las épocas de relativa estabilidad y armonía son apenas páginas en blanco, mientras que el cuerpo del Libro lo ocupan las guerras y las crisis, pues solo de las colisiones entre antagonistas puede surgir una síntesis superior, la plataforma desde la cual se habrá de librar la siguiente lucha. ¿Cuál sería, artísticamente, el modo más adecuado de representar la sustancia dialéctica del devenir histórico? Según Lukács, a través de un protagonista que, sin ser neutral, se debate entre dos campos: ni líder ni clarividente, el protagonista de la novela histórica tiene que vivir en carne propia y en su conciencia el drama de su tiempo. Así, por ejemplo, Waverley debe optar entre los rebeldes escoceses (que son sus correligionarios) y las autoridades inglesas (que son sus connacionales). La razón secular y moderna triunfa sobre la convicción sagrada y tradicional: en los vaivenes y la definición última del héroe intermedio se cifra el sentido de la contienda.

El modelo de Scott y Lukács —que es el del historicismo progresista— no es desdeñable, pero la mayoría de novelas históricas latinoamericanas no se ajusta a él, acaso porque en no pocas de ellas subyace un pesimismo de estirpe barroca. El doctor Francia, en *Yo el Supremo* y Bolívar, en *El general en su laberinto*, son solo dos ejemplos de protagonistas que nada tienen de medianos o intermedios. Uno percibe que existen para dirigir, que su función es la de señalar un orden y encarnar una propuesta, pero que ese orden es quimérico y que esa propuesta

resulta impracticable. En el canon latinoamericano, son emblemáticas las novelas cuyo asunto es la soledad final del héroe. Esa soledad es, en buena cuenta, la forma existencial y subjetiva del fracaso de un proyecto colectivo. La tierra prometida se convierte, como en el verso de Góngora, «en humo, en polvo, en sombra, en nada».

(QUINTA NOTA: «ZAMA» Y LOS ARRABALES DE LA HISTORIA)

En 1956, antes de que comenzara el auge finisecular de la novela histórica, Antonio Di Benedetto publicó *Zama*, esa obra maestra a la que, curiosamente, sigue cubriendo un aura de secreto. La acción (¿pero es acción?), comienza en 1790, en un puerto miserable donde el funcionario Diego de Zama espera la llegada de un barco que lo redima de su exilio burocrático. El narrador y protagonista cuenta, con estilo lacónico y ritmo entrecortado, sus casi inmóviles peripecias. Él, que quiere hacer carrera, se halla estancado: «Tenía que prepararme para sobresalir en Buenos Aires. Perú seguía en la línea de mis aspiraciones; lo más codiciado, como culminación, España». Ese itinerario, que lleva de la periferia a la metrópolis, es el que no realizará. El viaje que la novela documenta tiene el sentido opuesto: el personaje se aleja tanto del centro que, a medida que su crónica avanza, lo ganan el extravío y la pérdida. Los tres puntos cronológicos que encuadran el relato —1790, 1794, 1799— son también las escalas de un deterioro que acaba con la mutilación y el delirio. Al final, Diego de Zama es —casi literalmente— un muñón en el desierto. El tiempo avanza, pero no hay progreso. La vida continúa, y su prolongación es en realidad una resta. *Zama* es una novela histórica sui generis: el drama que muestra no es el de aquel que se ve arrastrado por el río de la Historia, sino el de quien se encuentra para siempre al margen de su corriente. Esa pesadilla es también terrible. ■



Litografía de Carlos Bernasconi, 1994

MARIÁTEGUI EN LA CONCEPCIÓN DEL ESCRITOR PERUANO

Perfilando a César Vallejo, el Cholo Universal

MANUEL BONILLA*

*El pasado es lo que los hombres no habrían debido ser;
el presente es lo que no debieran ser.*

ÓSCAR WILDE

El texto *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* supone unos retos primeros. Desde el título, nos enfrenta a una situación poco 'creíble', se habla de una realidad peruana ya por lo menos definida. Entonces el objeto de estudio que el texto impone, matiza el concepto de realidad y exige tomar con pinzas aquella sentencia. ¿Cuál es la realidad peruana? Como constructo cultural, social y político está por hacerse y como página web en ciernes, está bajo construcción continua. En ese sentido, es heroico el proyecto de Mariátegui al proponer una visión distinta que saque la vuelta a ese proceso y proponga las primeras piedras en pos de la construcción de esa identidad y realidad. Me aboca a desentrañar el proceso de la literatura en la edificación de ficciones fundacionales que contribuyen orgánicamente al imaginario de una nación. Procuró identificar las posibles coordenadas que configuran al escritor peruano desde la óptica de Mariátegui y tomando como sujeto paradigmático al poeta César Vallejo. Considerarlo el pionero de lo que tendría que ser (en el sentido más abierto de esa determinación) un escritor peruano. Quizá como primera aserción que nos satisfaga,

debemos aclarar que así como el proceso de construcción de la realidad, el proceso del escritor peruano (indesligable de esta) es igual de dialéctico y nunca científicamente determinado.

Evitando posibles sesgos, parte de la constatación donde cabe preguntarse acerca de una literatura nacional. Un signo que marca el resto de la literatura en nuestro país es el empleo del castellano como idioma. Esa sería la primera vinculación española, que fue apenas sentida en los primeros años de la colonia y más fuerte en los primeros de la incipiente república, como tenues remedos de una literatura española. Sin embargo, es de ilusos creer que existiría una literatura, como manifestación cultural, químicamente peruana, obviando el proceso simbiótico (y algo agresivo) de la conquista. Considerar aquello como premisa supone un país como una realidad estática y aislada, lo que anularía su condición dialéctica.

El pensador distingue tres etapas dentro del mismo proceso: una, colonial, como dependiente del ente colonizador; dos, cosmopolita, que asimila paralela y simultáneamente influencias foráneas; y tres, una propiamente nacional, en que se expresa modulada y casi sin sordina su personalidad y sentimiento. En la etapa colonial no solo se admite el vasallaje sino

* Estudiante de la especialidad de periodismo de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.



la «subordinación a residuos espirituales y materiales de la colonia». Y al referirse a esa personalidad y sentimiento viscerales, se habla de la influencia y el lógico tono indígena de aquella. Resulta importante el hincapié que hace Mariátegui en el tema indígena (es un eje que atraviesa todo el texto), pues en aquella época (y pienso que ahora todavía) se piensa y concibe un Estado sin el indio y contra el indio, expulsado de la contemporaneidad.

No reniega de la literatura colonial y de la posterior con rezagos de la primera, digamos de Pardo y Aliaga o Segura, pero no concibe el cariz preciosista que se le atribuye, y critica el hecho de que un gusto por el virreinato sea visto como algo distinguido. Mariátegui alude el ejemplo de la literatura argentina (Borges, Girondo, y todos aquellos agrupados bajo esa suerte de corriente denominada *martinferrismo*), abierta al cosmopolitismo pero conservando sus raíces, en aquello que se configura como el sentido de lo gaucho.

VALLEJO EL POETA SOCIALISTA

Por extraña coincidencia con el proceso de mestizaje que era la constante en la sociedad, sus abuelas habían provenido de la cultura Chimú y sus abuelos habían sido curas españoles. Su nacimiento y tempranera infancia en Santiago de Chucoc, en las serranías del departamento de La Libertad, constituyeron un periodo de carácter pastoril, acaso comienzo de lo que consolidó su posterior sensibilidad y pluma en la poesía. «Cesar Vallejo es la trama indígena y en el fondo autóctono de su arte, es muy indio», así lo anunciaba Mariátegui.

En su aventura poética, Vallejo como marxista confeso y auténtico responde con una verdadera búsqueda constante

de su estilo, de su voz y de su técnica «en continua elaboración». He aquí el primer baluarte de la figura de Vallejo en la que es considerado por el pensador, esa cualidad de construirse, de considerarse inacabado y de considerar la obra perfecta como algo infinito. Ya Mariátegui aullaba eso acerca de la identidad y de la realidad peruana.

Dice González Vigil sobre el poeta:

Tanto sus raíces andinas (o peruanas) y americanas, medulares para calibrar su sensibilidad, como su aliento innegablemente universal. No hay, pues, que encasillarlo en valores regionales, ni desencajarlo de ellos a favor de su poderosa universalidad. Cualquier deuda o influencia que se le señale, debe ir aparejada de la comprobación de que Vallejo nunca imita, sino asimila creadoramente. (González Vigil, XII)

Roberto Paoli, estudioso de la obra del poeta, dice en una sentencia: «Vallejo tuvo la voz más que los temas del Perú indio». Eso se traduce en su raíz andina, mestiza y serrana y que concibiera no un indigenismo paternalista de velar por los grupos marginados, sino una originaria identidad, un auténtico grito.

En su obra, se logra percibir su inserción dolorosa y conflictiva en la cultura occidental al alejarse del hogar provinciano (símil del arrebato que significó la conquista para la cultura inca) y sentirla como algo ajeno. Si Vallejo expresa nostalgia del mundo perdido de la provincia es porque «el costo de su incorporación al mundo occidental es la pérdida de una tradición cultural propia, de un modo de vida basado en valores sentidos como más humanos que los que rigen el occidental». Esa nostalgia, que es la del indio también, no se ejemplifica en el llanto de una quena como se pensaba a finales del

siglo diecinueve, sino en la nostalgia de ausencia, de exilio. No se añora el imperio inca como los pasadistas (en términos mariateguistas) anhelan la vuelta a la colonia. Esa nostalgia que puede ser vista como pesimismo no es un concepto ni mucho menos una neurosis, es un sentimiento. López Albújar alcanza una sentencia en ese punto: «el indio es scho-penhaurista. El pesimismo del filósofo es vanidad y teoría, el del indio es desdén y experiencia. Para uno la vida es un mal, para el otro no es bien ni mal, es realidad triste y tiene la profunda sabiduría de tomarla como es» (Mariátegui 1992: 337).

En otro plano, su sensibilidad social e inquietud ideológica no pudo permanecer indiferente a la influencia de la prédica americanista y antiimperialista de Martí, Rodó y Darío, o el afán de Valdelomar de labrar una literatura genuinamente nacional (de ahí sus cuentos criollos y sus cuentos incaicos). «El deseo de asumir toda la cultura universal, de ser cosmopolita sin olvidar lo autóctono, lo americano» (González Vigil, XXI).

ENTRE HERALDOS Y TRUENOS

González Vigil afirma que dentro de la escritura poética vallejana de esa primera época, en la de *Los heraldos negros* se identifican unos motivos constantes: «El anhelo de libertad, la libertad creadora unida a la sinceridad expresiva, la visión del hombre escindido entre el corazón y el pensamiento; el amor al pueblo, interés por lo nacional, el color local, la raza» (González Vigil, XIX-XXI).

Para la interpretación he escogido el pasaje de *Los heraldos negros* que mejor expresa su sensibilidad indígena. *Nostalgias imperiales* es aquella sección y *Nostalgias*

imperiales es el primer poema que agrupa cuatro sonetos. Entre versos se configura un homenaje (definitivamente nostálgico) al Perú Prehispánico,

[...] añora la maravillosa unidad socio-cultural del Imperio Incaico, unidad que resquebrajaron los europeos, pero sin lograr aniquilarla, porque permanece viva, aunque agónica, en ruinas que suscitan la solidaridad rebelde del poeta. (González Vigil, 119)

Porque sigue siendo cierto que en diversas zonas del país se añora la vuelta del inca (Inkarrí) que ajuste cuentas con el occidental conquistador. La manera de fijar esa sensación en versos, esa cualidad en el poeta que es *inca-nsable* e *inca-ntable* (como dirían los Les Luthiers en «El Adelantado Rodrigo Díaz de Vivar»), nos hace tomar conciencia de las raíces telúricas y que en el lenguaje se llena de sensibilidad indígena (además de la inserción de peruanismos y quechuismos) cuando lo sitúa en la hora del crepúsculo que alude al ocaso de una cultura, una raza, en medio de una sincretización de un ritual andino (beber chicha) relacionado con la eucaristía cristiana y el oro que evoca el dorado de los incas:

En los paisajes de Mansiche labra
Imperiales nostalgias el crepúsculo;
Y lábrase la raza en mi palabra,
como estrella de sangre a flor de músculo.
[...]

Un poyo con tres potos, es retablo
En que acaban de alzar los labios en coro
La eucaristía de una chicha de oro.

En el poema *Huaco* pone de manifiesto y estructura «un blasón donde proclama su filiación indígena identificándose con los animales sagrados que los antiguos alfareros peruanos representaban en sus huacos. El coricancha del sol cuzqueño

se insurge contra las estructuras del templo de Santo Domingo» como fina metáfora de la superposición impuesta en la conquista.

Yo soy el corequenque ciego
Que mira por la lente de una llaga,
Y que atado al Globo,
Como a un huaco estupendo que girara.
[...]
Soy el pichón de cóndor desplumado
Por latino arcabuz;
[...]
Yo soy la gracia incaica que se roe
En áureos coricanchas bautizados
De fosfatos de error y cicuta.
[...]

En *Aldeana* aparece, nuevamente, la figura del crepúsculo para connotar la pérdida de una cultura que decae en el atardecer. La mención a la casa paterna y natal no es gratuita, pues a esa nostalgia hogareña se vincula la nostalgia más grande y compartida, la imperial. «El buey de “bíblicas pupilas”, clara alusión al indígena sojuzgado por los conquistadores como un buey, embargado de nostalgia al recordar su pasado imperial de toro. El gallo, más que reforzar el estado viril, apunta al estado de triste alerta de quien aguarda que amanezca nuevamente el Sol» (González Vigil, 142-144).

Respecto a *Trilce* (cuya completa exposición ya no involucra, al menos sentimentalmente, a este ensayo) podemos destacar su arriesgada propuesta que revoluciona el lenguaje como la honda búsqueda de voz propia. Hernández Novas ve a *Trilce* como una rebelión frente al lenguaje: «desde la perspectiva del niño que deforma las palabras, la del indígena que se rebela ante el lenguaje impuesto o la del pobre con sus carencias intelectuales de iletrado. Impondrá una estética resentida y desafiante, la de un

ser de inerme indigencia, de desolada ternura, de Charlot del lenguaje que da piruetas infelices, resbala, se levanta, vuelve a caer».

Se diferencia de Chocano como cantor, que figura la montaña como un símbolo de exuberancia y posee una mirada alejada pero elocuente, «no se oye la voz de un hombre de la floresta. La montaña no existe casi sino como naturaleza, como paisaje, como escenario» (Mariátegui 1992: 272), que no se distancia mucho de la mirada de Riva-Agüero entre turística y geográfica en sus «Paisajes...», el *Cholo Universal* toma esa temática y la hace suya.

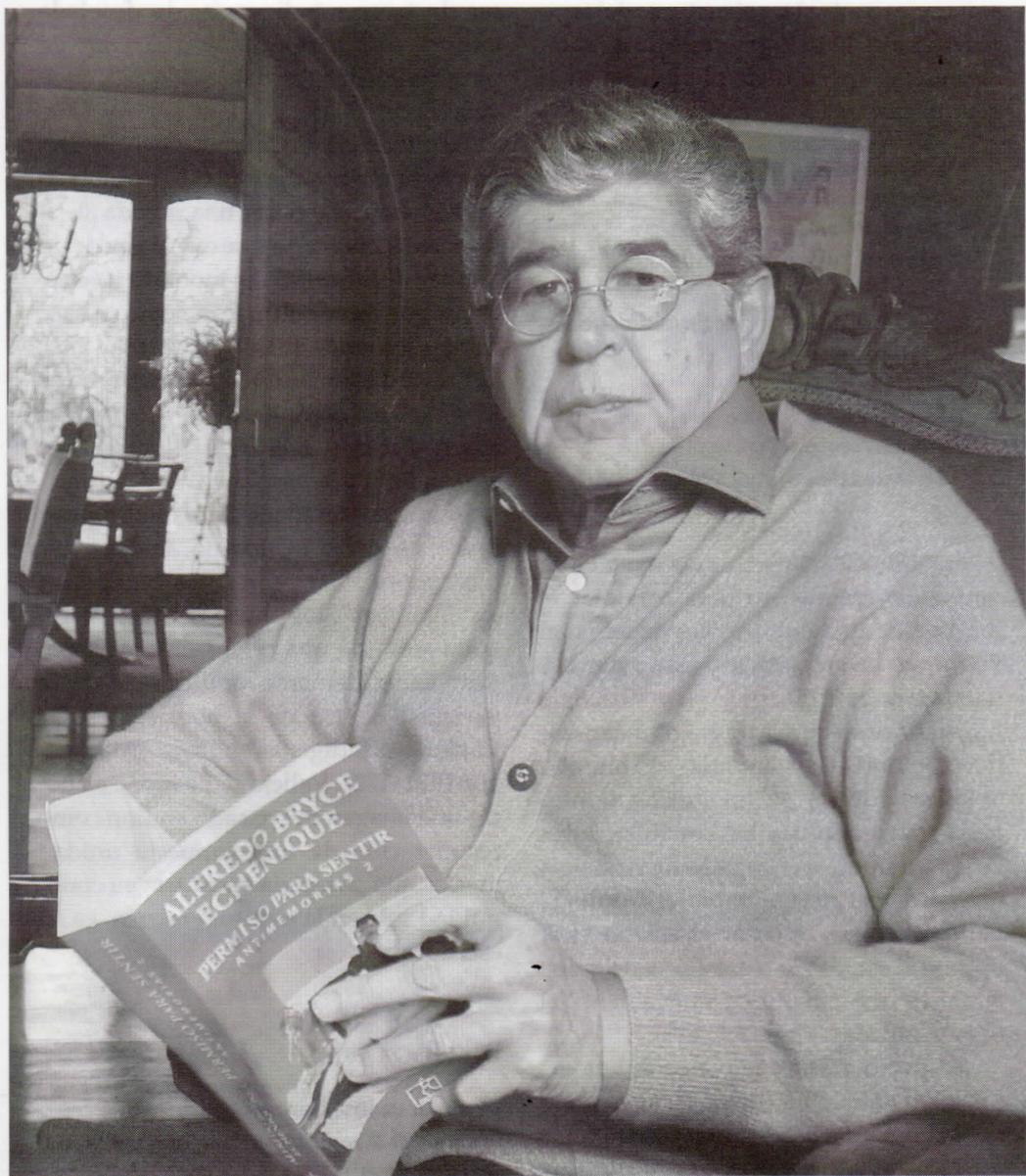
«No aparecerán los “incas sensuales y finos” de Darío y Chocano, sino los “indios tristes”, las “pallas”, los “yaravies”, los “llanques”, los “huacos” y los “coraquenques” de una celebración discreta, pero decididamente unificadora de la variedad dentro de la población y las tradiciones indígenas andinas» (Mariátegui 1992: 272). Vallejo se propone elaborar una imagen del pasado andino como recuperación de una supuesta unidad incaica que parecería encontrar su continuidad solo en la escritura misma, en su escritura.

BIBLIOGRAFÍA

MARIÁTEGUI, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Editorial Amauta, 1992.

VALLEJO, César. *Obra poética*. Edición crítica, prólogo, bibliografía e índices de Ricardo González Vigil. Lima: Banco de Crédito del Perú, 1991.

VALLEJO, César. *Obras esenciales*. Selección, prólogo y cronología de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004. ■



Caretas

PERMISO PARA INVENTAR

Bryce y la autobiografía

MARIANO DE ANDRADE

I

Los escritos autobiográficos plantean varios problemas, empezando por el plano formal. En principio, no hay un consenso en torno a la forma que debe contener la materia autobiográfica: bajo el rótulo de esta escritura podemos encontrar diversas marcas de género, cada una con algunas reglas propias.

Así, la autobiografía, el diario íntimo o las memorias suponen una identificación casi inmediata entre las figuras del autor y el narrador; se da por descontado, también, que estas tres especies textuales son narraciones, es decir, dan cuerpo a un relato que da cuenta de «la historia de uno mismo» en un marco temporal determinado, lo que nos hace pensar, a veces equivocadamente, en un orden lineal.

Este orden lineal, consagrado tal vez por el uso y algunos textos canónicos, no es una norma inmutable y tiene excepciones. Ahora bien, un diario difícilmente saltará de adelante hacia atrás, porque la expectativa frente a un texto de esta naturaleza es precisamente la de una escritura consecutiva, de un día, de una semana, de un mes a otro, sin mayor alteración calendaria, porque su naturaleza obliga a una coincidencia entre el tiempo de la escritura y el tiempo de la representación.

Sin embargo, en las memorias y las autobiografías, aunque la definición de Lejeune fije otras características, el asunto parece estar más librado a la conciencia narrativa de su autor. En efecto, Lejeune, al definir la autobiografía, encuentra tres elementos centrales. Según él, se trata de un relato «retrospectivo», «escrito por una persona verdadera acerca de su propia

vida» y en el que el asunto central es la «historia de su personalidad».

Partiendo de esta definición, podemos asumir que la autobiografía nos enfrenta a una narración que se desarrolla de manera lineal entre dos hitos temporales, que entre ambos hitos el relato aborda el pasado en secuencia ordenada y que este recuento vital es la «historia de la personalidad».

Este esquema, aunque funciona bastante bien en un significativo número de textos autobiográficos en diversas tradiciones literarias, no siempre termina por definir las reglas del género y no es suficiente para describir la dimensión de *Permiso para vivir (Antimemorias)* y *Permiso para sentir (Antimemorias 2)* del peruano Alfredo Bryce Echenique.

II

Es necesario hacer notar que los géneros autobiográficos o las formas que pueden contener esta materia no son muy frecuentes en la literatura peruana o, mejor dicho, entre escritores. Algunos títulos que vienen en este momento a la memoria son el vastísimo *Testimonio personal*, de Luis Alberto Sánchez, que sobrepasó la media docena de volúmenes o el brevísimo *De mi casona*, en el que el escritor Enrique López Albújar recuerda su infancia, transcurrida en una vieja casona familiar, en el norte del Perú. Otro ejemplo, esta vez del siglo diecinueve, aunque se discute su pertenencia a la literatura peruana, es el de *Peregrinaciones de una paria*, de Flora Tristán.

Y como ha hecho notar Ismael Márquez en un interesante artículo, por coincidencia o no, en la última década del siglo veinte aparecieron en el Perú libros autobiográficos cuyos autores eran, precisamente,

los tres narradores más importantes: *El pez en el agua*, de Mario Vargas Llosa; *La tentación del fracaso*, los diarios de Julio Ramón Ribeyro y la primera parte de las antimemorias de Bryce, *Permiso para vivir*.

De estos tres, el único que se ajusta al criterio de la temporalidad según Lejeune sería el conjunto de volúmenes hasta hoy publicados de los diarios de Ribeyro. *El pez en el agua*, de Vargas Llosa, no guarda esa misma relación con el tiempo, pues tiene un planteamiento distinto y nos coloca, en unos capítulos, en las vicisitudes de su campaña política en 1990 y, en otros, en lo que propiamente vendría a ser la «historia de su personalidad».

Con respecto a Bryce, la ruptura con la convención temporal y otros aspectos de la definición de Lejeune, es mayor. Es harto significativo, en tal sentido, que el subtítulo de sus 'permisos' sea justamente antimemorias. Y más significativo aun que el primer capítulo de *Permiso para vivir* tenga como título «Por orden de azar». Tenemos, entonces, el perfil de un alejamiento deliberado de aquello que el canon considera indispensable para la construcción de las reglas del género.

La expectativa de la linealidad se rompe y en su lugar se instaura un régimen en el que la memoria es dominada por el azar, por una selección de hechos y asuntos que no necesariamente quieren alcanzar la organicidad del orden, porque su estructura es más bien una sucesión de escenas aparentemente desordenadas, pero cuyo principio es el estilo y la conciencia de que se está haciendo algo por encima de las reglas canónicas, como sugiere el autor en la página 16 de *Permiso para vivir*: «Las únicas autobiografías que existen son las que uno se inventa [...] Este *Permiso para vivir* no responde para nada a las cuestiones que normalmente plantean las memorias, llámense estas "realización de un gran designio" o "autointrospección". Solo quiero preguntarme por mi

condición humana, y responder a ello con algunos perdurables hallazgos que, por contener aún alguna carga latente de vida, revelen una relación particular con el mundo».

Este pasaje, sin duda, puede ser útil en tanto podría revelar una posible clave de lectura del texto. Esa sospecha se confirma al abrir el volumen segundo de sus antimemorias, *Permiso para sentir*, y en las notas del autor hallamos lo siguiente (oh coincidencia, también en la página 16): «¿Qué por qué antimemorias, como André Malraux, y no memorias, como todo el mundo? Pues exactamente por las mismas razones, ahora, en este *Permiso para sentir*, que entonces, en aquel *Permiso para vivir*: porque uno ha leído demasiado sobre memorias, autobiografías y diarios íntimos (la cantidad de epígrafes citados sobre el tema es buena prueba de ello), antes de ponerle un subtítulo a esta sarta de capítulos totalmente desabrochados en su orden cronológico y realmente escritos "por orden de azar", en el caso de la primera parte de este libro, o dejándose arrastrar por los más ardorosos desfiladeros de la emoción y la reconstrucción, *golpe a golpe*, cuando de *la patria* se trata, en la segunda parte. La tendencia a mezclar aquellos tres géneros, la tendencia a enrevesar memoria, diario íntimo y autobiografía es muy grande, a cada instante, aun cuando yo solo me propongo narrar hechos, personas, lugares, que le dieron luz a mi vida, antes de apagarla después».

¿El azar, la invención, la voluntad de narrar para diferenciarse de otros textos de su especie, a través de una suerte de fusión, no nos ponen frente a una estrategia narrativa que sitúa lo autobiográfico en un plano muy cercano a la ficción? ¿El Bryce que firma *Permiso para vivir* y *Permiso para sentir* es el Bryce de carne y hueso que vive en Europa y de cuando en cuando viene al Perú a curarse la melancolía? ¿Cuánto le deben estas notas a los



El escritor y diplomático francés André Malraux fue el creador de las antimemorias, como las de Alfredo Bryce: una mezcla de memoria enrevesada, diario íntimo y autobiografía.

prólogos de Cervantes, una de cuyas funciones es revelar la naturaleza artificiosa del texto que preceden y denudar algunos de los mecanismos de su construcción?

Sin duda se trata de preguntas muy pertinentes. Estamos frente a dos textos que, al menos nominalmente, pertenecen

a un género cuyas normas pensamos del todo establecidas. Sin embargo, una lectura atenta de las *Antimemorias* nos ofrece una desviación, una variante, e incluso, por momentos, la parodia de un orden textual cuyos límites no son, pues, inquebrantables.

III

Una autobiografía, en teoría, responde a una planificación. Su forma final tiene que ver con un diseño previo, consciente o inconsciente, de esa materia que es la vida propia. Una especie de transposición del esquema dramático que sostiene muchas narraciones realistas: un planteamiento, un nudo, un desenlace, con una pequeña salvedad y es que en la autobiografía los puntos de tensión narrativa los determina la calidad de una anécdota o una vivencia y no el logro de un efecto determinado en el lector. Eso se debe a que en la autobiografía la trama es continua, acumulativa, y la historia, aquello que se cuenta, tiene un final librado a la voluntad de su autor, no necesariamente al dictado de una transformación o un cambio en el personaje central, al autor-narrador.

La memoria, además, es el epicentro de la materia narrativa. Y todo lo que el autor extrae de ella, al acomodarse entre los límites de lo «autobiográfico», parece quedar sujeto a juicios de verdad o falsedad. ¿Pero como conciliamos esta expectativa de lectura, muy razonable cuando se está fuera de la ficción, al momento de leer unas memorias, como las de Bryce, en las que su autor afirma no solo que su texto es la mezcla de varios géneros, sino que abraza la idea de que no hay mejor autobiografía que la inventada?

Ismael Márquez, al analizar los rasgos de la autobiografía en Bryce, señala: «Los pequeños episodios biográficos, la chata realidad, solo cobran relevancia en la medida en que contribuyen a la relación que Bryce quiere establecer con el mundo. Pero su memoria no actúa en contraposición a su imaginación; más bien se le subordina».

Bien mirado el asunto, podemos encontrar que las antimemorias de Bryce nos ofrecen una curiosa analogía, un

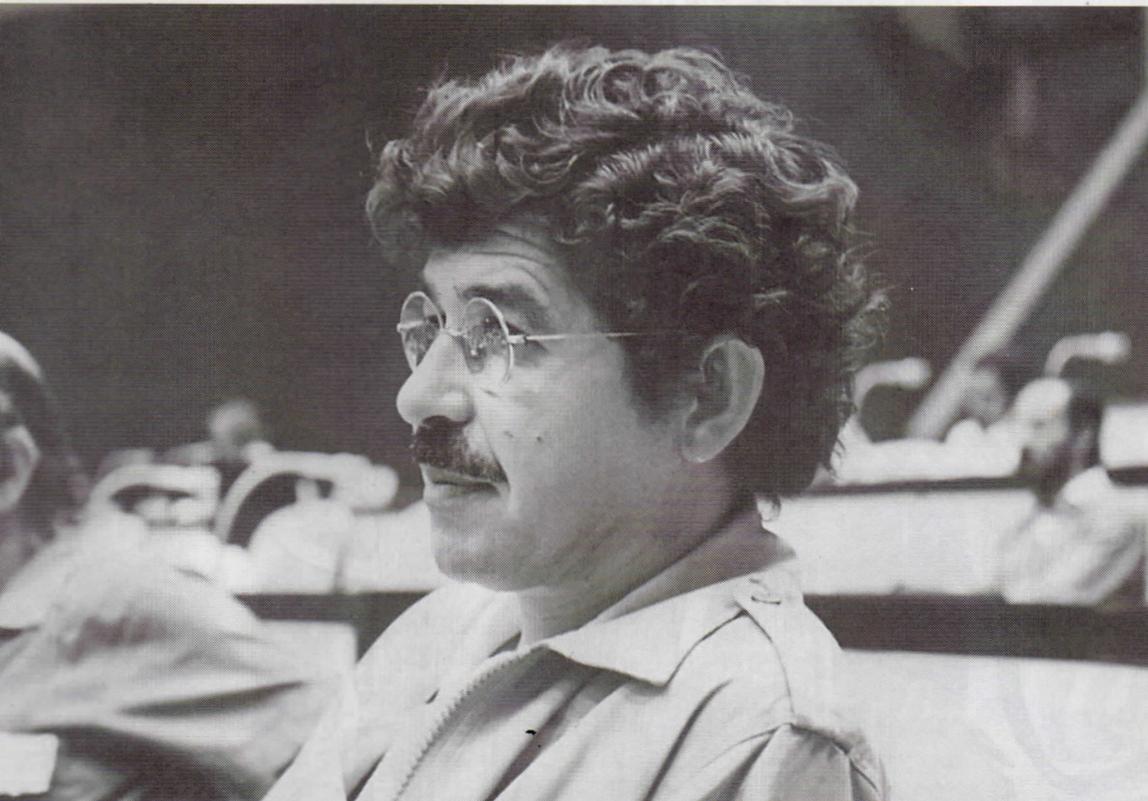
parentesco más que casual, con su propia obra ficcional. Esta relación especular, sin duda, tiene que ver con el estilo narrativo de Bryce, un estilo marcado por la voracidad de la digresión y lo aluvional de los recuerdos, los diálogos, las escenas que va recreando. Lo difícil, entonces, puede ser determinar el eje central del texto, ya que se trata fundamentalmente de una amalgama en la que se entremezclan la memoria familiar, la experiencia doméstica, diversas escenas de lectura, reflexiones literarias, en un huracán textual que seduce por su ritmo y, cómo no, por su valor confesional, aunque los términos de verdad y falsedad tengan poco que jugar aquí.

Y claro, con eso en mente, puede haber lugar para más de una distorsión. Decir que novelas suyas como *Un mundo para Julius*, *La vida exagerada de Martín Romaña* o *No me esperen en abril* tienen un fondo «autobiográfico» puede ser a estas alturas un lugar común —que consiste en considerar a los personajes de estas novelas como meras extensiones de su creador—, pero es algo que pone en riesgo la autonomía de los escritos verdadera o presuntamente autobiográficos, como es el caso de estos dos volúmenes de *Antimemorias*.

Eso confirma, entre otras cosas, lo que ya había adelantado Silvia Molloy en su brillante *Acto de presencia*, cuando al estudiar la autobiografía en el ámbito hispanoamericano en los siglos diecinueve y veinte señala que los textos de esta naturaleza carecen de un lugar propio en la percepción de la crítica, pues suele ocurrir que las autobiografías son contextualizadas «dentro de los discursos hegemónicos de cada época, se las declara historia o ficción [...] El lector, al negar al texto autobiográfico la recepción que merece, solo refleja, de modo general, una incertidumbre que ya está en el texto, unas veces oculta y otras evidente».

Por otro lado, decir que no hay mejor memoria que la que uno inventa, es también preparar al lector para una aventura en la que el relato de la propia vida está o puede estar teñido de ficción o, en todo caso, disloca su condición de discurso veraz, comprobable, pasible de ser

género unos parámetros más flexibles, menos dependientes de una fórmula retórica o una receta de escritura, como puede notarse en el espacio que el autor concede a otras voces, en aparente desmedro de la historia de su propia personalidad, como reza Lejeune. Pero, al mis-



No hay mejor memoria que la que uno inventa. Alfredo Bryce en la Habana, 1981. (Foto de Luis Peirano)

cotejado con lo ocurrido en la vida real. A estos problemas, Molloy añade que las autobiografías pretenden, en general, un imposible: «narrar la historia de una primera persona que solo existe en el momento de su enunciación». Lo curioso es que ese imposible adquiera siempre, o casi siempre, una forma convincente.

Estas ambivalencias han enriquecido la concepción misma que Bryce tiene de la autobiografía y de paso aportan al

mo tiempo, han convocado la perplejidad de la crítica y, sobre todo de los lectores, acaso acostumbrados al prestigio de 'verdad' que se atribuye casi mecánicamente a los textos autobiográficos, sin considerar, como acertadamente sugiere Márquez—cuyo estudio remite al volumen primero, pero es aplicable sin problemas al segundo—, que las *Antimemorias* de Bryce son «un acto de ficción que es en sí autobiográfico». ■



Max Ernst, Marceline-Marie abandona el árbol canibal (1929-30)

Entre la ficción y la realidad

EDMUNDO PAZ SOLDÁN*

Hace unos tres años, cuando terminaba de escribir mi novela *El delirio de Turing*, un recuerdo de mi adolescencia comenzó a inquietarme. A los 18 años, mi papá, para alentar mis veleidades literarias, me llevó a La Paz a conocer a un tío escritor muy respetado pero poco leído. Cuando entré al despacho de mi tío, descubrí, entre los retratos de grandes escritores como Goethe y Dante, la foto en blanco y negro de un conocido dictador boliviano de la década de 1960. La foto llevaba una cariñosa dedicatoria a mi tío. Cuando le pregunté a papá qué hacía allí esa foto, él me contestó que, ahí donde lo veía, mi tío había sido el escritor de discursos del dictador.

Me había olvidado de esa historia, pero dos décadas después reaparecía con fuerza: decidí que mi próxima novela tendría como personaje central a un intelectual obsesionado en convertirse en escritor de discursos de un presidente. Pensé que así podía tocar algunos temas que me interesaban: el intelectual como un cortesano del poder, el lugar central de la escritura

—a pesar de la marginalidad de la literatura— en nuestras sociedades. Comencé la novela alrededor de agosto de 2003, sin una idea clara del contexto en el cual se desarrollaría; lo único que sabía era que el relato debía situarse en La Paz y no en Río Fugitivo —la ciudad imaginaria de mis tres últimas novelas—, y que debía transcurrir en el presente. Poco después, en octubre, el panorama se me aclararía: ese mes, después de un prolongado y sangriento enfrentamiento que terminó con más de sesenta muertos, el presidente boliviano Gonzalo Sánchez de Lozada renunciaría al poder y se exiliaría en los Estados Unidos. El gobierno de Goni Sánchez de Lozada había durado catorce meses y estuvo signado por «la guerra del gas»: la lucha por decidir qué haría Bolivia con ese recurso natural del que se habían descubierto reservas en abundancia. Se me ocurrió entonces que mi escritor de discursos trabajaría para un gobierno con muchas similitudes al de Sánchez de Lozada. La novela narraría esos catorce meses que iban desde el retorno eufórico al poder (Goni había sido presidente en los noventa), hasta la caída estrepitosa. Mi personaje, entonces, sería asaeteado por el conflicto de tener que desarrollar la retórica para un proyecto de gobierno en el que no creía.

* Nació en Cochabamba, Bolivia. Es profesor de literatura en Cornell University (Nueva York). *El delirio de Turing* (2003) y *La materia del deseo* (2001) son sus dos últimas novelas.

Para darle más verosimilitud a mi novela, comencé a investigar qué había ocurrido durante «la guerra del gas». Hablé con la gente, leí periódicos. Descubrí que el conflicto era más complejo de lo que había pensado originalmente. Y caí en la trampa en la que caen muchos novelistas interesados en narrar hechos históricos de trascendencia: comenzar a pensar como cronista, como un historiador aficionado, y no como novelista. Mis personajes tenían muchas deudas con los verdaderos actores históricos del drama. Creía que era fundamental para la novela que yo

desenmarañara la complejidad y encontrara la explicación, el porqué de lo sucedido. Por supuesto, también había un interés personal de por medio: como boliviano interesado por el destino de mi país, quería explicarme cómo era posible que hubiéramos llegado a la situación desesperanzada en la que nos encontrábamos.

Terminé mi primera versión en mayo de 2004, y comencé a hacer circular el manuscrito entre un grupo de amigos. La respuesta fue contundente: el texto era en realidad una crónica, su tono correspondía más al de una investigación periodística que a una novela. Además, era muy local: ¿a qué lector no boliviano podrían interesarle unas discusiones acaloradas sobre qué hacer con nuestras reservas energéticas?

Después de algunos meses de desazón, volví al trabajo. Traté de pensar en «la guerra del gas» no como un hecho histórico sino como un contexto digno de una novela. Dejé de respetar fielmente la

cronología de los acontecimientos, comencé a tergiversar algunas cosas de acuerdo a las necesidades propias de la novela. Me dije que lo que el libro necesitaba no era la explicación definitiva de «la guerra del

gas» —eso era trabajo de historiadores de generaciones venideras—, sino una explicación coherente que funcionara dentro de la novela, que se desprendiera de la lógica interna del texto y no de la externa. Mis personajes también comenzaron a independizarse: el presidente de la novela recordaba, sin duda, a Sánchez de Lozada, pero ya no había un intento de hacer un retrato fidedigno. Hice, en fin, lo que

debía haber hecho al principio: confiar en las armas del novelista, liberar la imaginación, dejar que el lenguaje encuentre sus propias verdades. El texto debía, sobre todo, funcionar como novela. Que también pudiera servir para otras cosas era tentador, pero no debía preocuparme.

El proceso no fue fácil. Hubo seis o siete versiones más, las nuevas siempre un poco más desprendidas del referente real que las anteriores. Terminé la novela en octubre de este año. Quizá todo me hubiera tomado menos tiempo si, desde el principio, hubiera asumido que los recuerdos que tengo de ese encuentro con mi tío un par de décadas atrás son, sobre todo, inventados. Sí, ocurrieron cosas similares a las que recuerdo, pero con los años estas se fueron transformando en algo distinto, adquirieron un peso simbólico que quizá poco tiene que ver con ese encuentro entre un escritor imberbe y su tío. La batalla no es tanto entre realidad y ficción, sino entre las formas que tenemos de darle un significado a los acontecimientos. ■



Publicaciones recientes



EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

UNMSM-CEDOC

DISTRIBUYE

editorial

horizonte

Última publicación

Perú Hoy

La desigualdad en el Perú:
situación y perspectivas



desco



EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

DISTRIBUYE

editorial

horizonte